

85-0

BA

88

63

89

芝蔴花

MAGELANEA

63

芝蔴花

BX2163

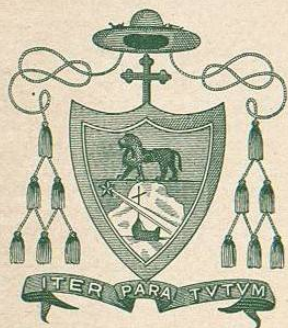
P61

C.1

004588



1080026435



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

MES DE OCTÚBRE

CONSAGRADO A LA DEVOGION

Formada —DEL— *naquin*

Santísimo Rosario

POR EL

Prmo. Ildefonso Portillo,

Cura y Vicario Foráneo de Guaymas



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Teller

LEON.-1901.

TIP. GUADALUPANA DE CAMILO SEGURA.

41760

Bx2163
P61



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Visto el dictamen favorable del Sr. Promotor fiscal, Pbro. D. Marino de J. Correa, concedemos Nuestra licencia para que, el Sr. Cura de Guanajuato D. Ildefonso Portillo imprima y publique el manuscrito intitulado «Mes de Octubre consagrado á la devoción del Santísimo Rosario,» con calidad de que no vea la luz pública, sin que previamente sea cotejado el impreso con el original por el mismo Sr. Censor. Lo decretó y firmó el Ilmo. Sr. Obispo.

M. F. El Obispo.

Angel Martínez,
Srio.

004588

El Ilmo. Sr. Dr. D. Atenógenes Silva, Dignísimo Arzobispo de Michoacán, se ha dignado conceder ochenta días de indulgencia á todos los fieles cristianos de su provincia por la práctica de las oraciones y meditaciones correspondientes á cada uno de los días de este mes, consagrado á la devoción del Santísimo Rosario.

ORACION PREPARATORIA.

Señor mío Jesucristo, mi padre y sumo bien á quien amo con todo mi corazón y de lo íntimo de mi alma te pido humildemente que ostentes en mi favor tus misericordias, perdonando mis pecados y dándome tu gracia para meditar con fruto los sagrados misterios que se nos proponen en el Rosario, y de esta meditación se inflame mi corazón en tu divino amor, procurando imitar las virtudes que resplandecen en ellos; logrando la enmienda de mi vida y la sujeción de todas mis inclinaciones á tus adorables mandamientos, como lo espero de tu clemencia paternal.

Convierte tu alma al Señor.

Vuelve alma mía hácia tu centro y no pierdas estos momentos que tu Dios te concede para obrar tu salvación. El pasado ya no existe; el futuro es incierto,

El Ilmo. Sr. Dr. D. Atenógenes Silva, Dignísimo Arzobispo de Michoacán, se ha dignado conceder ochenta días de indulgencia á todos los fieles cristianos de su provincia por la práctica de las oraciones y meditaciones correspondientes á cada uno de los días de este mes, consagrado á la devoción del Santísimo Rosario.

ORACION PREPARATORIA.

Señor mío Jesucristo, mi padre y sumo bien á quien amo con todo mi corazón y de lo íntimo de mi alma te pido humildemente que ostentes en mi favor tus misericordias, perdonando mis pecados y dándome tu gracia para meditar con fruto los sagrados misterios que se nos proponen en el Rosario, y de esta meditación se inflame mi corazón en tu divino amor, procurando imitar las virtudes que resplandecen en ellos; logrando la enmienda de mi vida y la sujeción de todas mis inclinaciones á tus adorables mandamientos, como lo espero de tu clemencia paternal.

Convierte tu alma al Señor.

Vuelve alma mía hácia tu centro y no pierdas estos momentos que tu Dios te concede para obrar tu salvación. El pasado ya no existe; el futuro es incierto,

y el presente no dura más que un momento, y este presente se te concede para que medites en las finezas del amor de tu Dios, te inclines á El y ganes la eternidad. Tres pensamientos deben ocuparte ¡oh alma mía! Dios te ve: Dios te oye: Dios está cerca de tí. Dios te ve. ¡Ah, Señor! ¿qué véis? Un ser muy débil, miserable y enteramente indigno de ponerse ante tus ojos. ¡Ay! que tus miradas, al ménos, no se muestren ofendidas de mi ligereza y flojedad.

Dios te oye. ¿Qué oyes Dios mío? el lenguaje de una pobre criatura aquejada por mil y mil pesares que no sabe como decirlos.

Dios está cerca de tí. Si te hallases en presencia de un rey de la tierra ¿cuál sería tu respeto y prudencia? Estás delante de Dios, presente en las aras: el Rey por quien los reyes ocupan sus tronos, el Rey de los reyes. ¿Tendrás bastante osadía para mostrarte ligero y distraído?

Espíritu Santo, á tí toca el derramar las luces para aclarar la inteligencia, encender el amor en el corazón, y el es-

píritu de piedad en el alma entera. Dame, Señor la abundancia de tus dones, á fin de que sea ménos indigno de acercarme á un Dios que me llama hácia sí. Permíteme, ¡oh Señor! que mi atención se fije en los puntos que voy á meditar.

Léase el punto de la meditación del día. Después de la lectura, la siguiente

ORACION.

Os adoro, Dios mío, con todo el afecto de mi alma y os pido gracia para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas al servicio y alabanza de vuestra divina Majestad.

Hablaré á mi Señor, siendo yo polvo y ceniza.

ORACION

PARA DESPUES DE LA MEDITACION.

Gracias te doy, Señor, porque te dignaste recibir en tu presencia á la más pobre y más débil de tus criaturas. Me prosterno á tus pies para pedirte perdón

de mis distracciones y de mi indolencia. Confío ¡Dios mío! á tu bondad las buenas resoluciones que me has inspirado: solo tú puedes hacerlas eficaces con tu concurso poderosísimo: no me las niegues.

¡Oh María! la más tierna de las madres. Ven también en mi ayuda y no me abandones; alcánzame la gracia de permanecer fiel á tus promesas y de poder cumplir exactamente las resoluciones que he tomado, á las plantas de mi Dios.

¡Oh Angel bondadoso de mi guarda! suplicote que me recuerdes mis resoluciones y ayúdame á seguirlas fielmente. Amén.



1.º DE OCTUBRE. MEDITACION

SOBRE LA DEVOCION DEL SANTISIMO ROSARIO.

PUNTO 1.º

Considera que la devoción del Rosario es muy agradable á María Santísima, y muy provechosa á los pueblos. Así lo declaró la misma Señora á Santo Domingo, al tiempo de instituirlo: «*Est mihi gratissima et populis valde salutaris.*» Le es muy agradable por las oraciones de que se compone. Un día pedían ansiosos los apóstoles á la Majestad de Nuestro Señor Jesucristo, que los enseñara á orar, según nos dice el evangelista San Lucas. Y cuando el Señor les enseñó aquella breve y misteriosa oración del Padre Nuestro, se creyeron felices, porque tuvieron por cierto que Dios, de allí en adelante, atendería sus ruegos. Tenían segura confianza de que serían agradables aquellas palabras que habían aprendido de la boca de su Hijo unigénito. Es verdad que no se puede

señalar á Jesucristo por autor de todas las partes que componen la oración del Santísimo Rosario, pero como empieza por la del Padre Nuestro, y continúa por la del Ave María, es en todo admirable por su origen. Porque la oración del Ave María la componen las palabras que pronunció el Arcángel San Gabriel, las de Santa Isabel y algunas que le añadió la Santa Iglesia. Y no es ménos admirable por el orden y distribución de sus partes, como inspirada, en fin, por Dios á Santo Domingo, y aprobada por muchos pontífices.

Cuan agradable sea á la Santísima Virgen, basta hacer una poca de reflexión en la dicha que le acordamos, saludándola con el Angel. Fué sin duda el día más feliz para María, Señora Nuestra, aquel en que San Gabriel bajó del cielo á decirle que ya se había cumplido el tiempo deseado de los justos, esperando de los profetas, y prometido á los patriarcas. Ya había llegado el tiempo de que las nubes llovieran al justo, la tierra brotara al Salvador, y la vara de Jesé produjera la flor del campo. Ya ha-

bía llegado el tiempo, en que había de venir al mundo el Hijo de Dios á hacerse hombre, para redimirle. ¡Qué nuevas tan alegres! Y aun más le dijo: Que ella era la nube fecunda, la tierra virgen, la vara de Jesé, la Madre del Dios Redentor del mundo. ¡Qué felicidad! Ni puede concederse á pura criatura, ni puede concebirse mayor dicha. Pues esta es la que acordamos á María Santísima, cuando tantas veces en su Rosario la saludamos con el Angel.

PUNTO 2º

La oración del Santísimo Rosario es muy provechosa, no ya para conseguir las riquezas, las dignidades á que anhelara nuestra ambición y vanidad, no para conseguir los placeres que apetecen los sentidos, sino para operar nuestra eterna salvación, para reformar las costumbres, extirpar los vicios y promover las virtudes. Y estos efectos produjo en el mundo, cuando la instituyó el gran patriarca Santo Domingo. Clara señal de que su oración tenía las calidades que

la hacen agradable á María Santísima, y provechosa á los hombres. Para que sea también para nosotros debemos hacernos cargo de la alta dignidad de María Santísima con quien hablamos: que es Reina del cielo y de la tierra: que es Madre de Dios: que su poder y misericordia son inmensos, y así debemos acercarnos á su trono, con mayor respeto y confianza que al del príncipe más poderoso y liberal del mundo. Es preciso también que la atención acompañe nuestras palabras: que nuestro pensamiento no esté voluntariamente distraído en asuntos culpables, ó á lo ménos impertinentes, porque entonces nos dirá María Santísima lo que la Majestad de Cristo á los judíos: «Esta gente me honra con los labios; pero su corazón está muy lejos de mí.» También es menester que vaya acompañada de la devoción, que no consiste en palabras, en genuflecciones ni exterioridades, sino en una voluntad pronta de entregarnos á todo lo que es del servicio y del gusto de Dios, como lo enseña el angélico Santo Tomás. Consideremos si, cuando rezamos el Rosario,

hay en nuestra voluntad una entera disposición y prontitud para hacer lo que sea de su agrado. Sin ella bien podíamos ser muy puntuales en rezarlo todos los días, que no por eso seremos devotos de María Santísima. Poco importa que digamos: ¡Ave María! ¡Ave María! si no hacemos la voluntad del Padre celestial, no entraremos en el reino de los cielos. Pidamos al Señor este espíritu de verdadera devoción, manifestándole á María, no con nuestras palabras, sino principalmente con nuestras obras, que somos sus verdaderos devotos.



2 DE OCTUBRE. MEDITACION

SOBRE LA ANUNCIACION A MARIA SANTISIMA.

PUNTO 1º

Considera como queriendo el Señor hacer á los mortales el infinito beneficio de hacerse Hombre en las entrañas purísimas de una Virgen, y pudiendo hacerlo sin avisarle, ni darle parte, como supremo Señor, que puede hacer de sus criaturas, y obrar sin ellas, lo que le pareciere, no quizo usar de ese absoluto dominio, sin avisar, dar parte y esperar el consentimiento de su criatura. Quería dar á entender, dice Santo Tomás: que venía á desposarse con la humana naturaleza, esperando por esto el sí de nuestra Reina, en nombre de toda ella. ¡Oh dignidad altísima de Dios, por la cual el Criador busca á sus mismas criaturas! Manda para esto una embajada á María Santísima, y escoge al Arcángel Gabriel, y por medio de este le revela el inaudito misterio de la Encarna-

ción. «Anda, le dice, á ese cielo animado que está en Nazaret, á ese paraíso de mis deleites que está en el mundo: Salúdala diciendo: «Dios te salve, llena de gracia,» y dile que por Ella quiero trocar la maldición de la inobediente Eva, en bendición eterna para los hijos de Adán.» Parte el Angel alegre y regocijado; penetra en el humilde aposento en que estaba encerrada nuestra Reina, leyendo, según el sentir de San Alberto y San Vicente, aquella profecía de Isaías: «Una Virgen parirá y concebirá un Hijo.» Leída que fué esta profecía se levantaron en su corazón unas ansias vivas y abrasadísimos deseos. Pensaba y consideraba entre sí diciendo: ¡Oh que Virgen tan admirable esta, de quien habla Isaías! Su pureza, su santidad su excelencia y dignidad ¿quién la podrá ponderar? ¡Virgen que ha de concebir al mismo Hijo de Dios! ¡Virgen que ha de ser Madre de su mismo Dios y Criador! ¡Virgen y humana criatura que ha de ser Reina de las cielos y de todo el mundo! ¿Qué tal será? ¡Oh, que bendita! ¡Qué admirable! ¡Qué grande y sublime

Virgen! ¡Ventre en donde se ha de encerrar el Hijo de Dios! Madre que le ha de dar á luz, pechos que le han de alimentar, brazos que le han de cargar, manos que le han de vestir y desnudar, y gremio santo en donde ha de dormir y descansar. ¡Oh bendito sea tal gremio! ¡Bendito el Ventre! ¡Benditas las manos! ¡Benditos los brazos y pechos que han de servir al Hijo de Dios! Miremos cuan lejos estaba de pensar ser ella la escogida para ser Madre de Dios, y consideremos el aprecio que hacía de la escogida para tan grande dignidad. Miremos cuanto la estimaba, las alabanzas que le daba y las ansias que tenía de ser su esclava.

PUNTO 2º

Considera que, estando María deseando el remedio del linaje humano, entra el Angel y le dice: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre las mujeres.» ¡Qué respeto, que sublimes elogios en esta salutación del Angel y sus expresiones! Le dá tres títulos de incomprensible grandeza.

El primero, respecto á ella, llena de gracia: esto es: tú eres la más santa de todas las criaturas, un tesoro de todas las virtudes por la inocencia de tus costumbres y por la pureza de tu vida. El segundo, respecto de Dios: el Señor es contigo: esto es: tú eres de él acariciada, protegida y acompañada: él está en tí, él es contigo, tú estás en todo gobernada por su espíritu. El tercero respecto á los hombres: bendita tú eres entre las mujeres: esto es: tú eres bendita, distinguida y ensalzada sobre todas las mujeres. ¿Habló por ventura jamás un ángel á una criatura en términos tan respetuosos y tan magníficos? ¡Con que respeto enderezamos nosotros estas mismas palabras á María, cuando rezamos el Santísimo Rosario!

Lo que habiendo ella oído, se turbó á sus palabras, y estaba pensando: ¿qué salutación fué ésta? María responde solo con el silencio, pero en este silencio ¡oh, y cuántas virtudes! ¡Qué humildad! Su corazón huye las alabanzas que le dan: nada se apropia á sí mismo, y toda la gloria la atribuye á Dios. ¡Qué modes-

tial! Las alabanzas mismas la inquietan, la turban y la atemorizan. ¡Qué prudencia! Examina que cosa sea esta salutación, de donde venga y á donde se endereza. Si los elogios de un Angel que no habla de otra cosa que de Dios, turban á María ¡cuánto debemos temer las alabanzas de los hombres! Pidamos al Señor, por intercesión de nuestra Reina, el espíritu de verdadera humildad, despreciando toda alabanza y teniéndonos en un bajísimo concepto delante de Dios. Este es el fruto que debemos sacar de esta consideración.



8 DE OCTUBRE. MEDITACION

SOBRE LA ENCARNACION DEL VERBO DIVINO.

PUNTO 1º

Considera como el Angel revela á María el grande misterio de la Encarnación, y María le propone sus dificultades. El Angel, viendo la turbación de nuestra humilísima Reina, le dice: «No temas, María, porque has encontrado gracia delante de Dios: mira, concebirás y darás á luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David su Padre, y su reino no tendrá fin. Miremos como el Angel, para sosegar la turbación de María, la llama por su nombre, y después de confirmar todo lo que ha dicho, le revela que ella será la Madre del Mesías ¡Oh María! ¡Cuántas grandezas para vos! ¡Cuántas gracias para los hombres! Qué gloria para vuestro divino Hijo! ¡Qué felicidad para el Universo! Hu-

tial! Las alabanzas mismas la inquietan, la turban y la atemorizan. ¡Qué prudencia! Examina que cosa sea esta salutación, de donde venga y á donde se endereza. Si los elogios de un Angel que no habla de otra cosa que de Dios, turban á María ¡cuánto debemos temer las alabanzas de los hombres! Pidamos al Señor, por intercesión de nuestra Reina, el espíritu de verdadera humildad, despreciando toda alabanza y teniéndonos en un bajísimo concepto delante de Dios. Este es el fruto que debemos sacar de esta consideración.



8 DE OCTUBRE. MEDITACION

SOBRE LA ENCARNACION DEL VERBO DIVINO.

PUNTO 1º

Considera como el Angel revela á María el grande misterio de la Encarnación, y María le propone sus dificultades. El Angel, viendo la turbación de nuestra humilísima Reina, le dice: «No temas, María, porque has encontrado gracia delante de Dios: mira, concebirás y darás á luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David su Padre, y su reino no tendrá fin. Miremos como el Angel, para sosegar la turbación de María, la llama por su nombre, y después de confirmar todo lo que ha dicho, le revela que ella será la Madre del Mesías ¡Oh María! ¡Cuántas grandezas para vos! ¡Cuántas gracias para los hombres! Qué gloria para vuestro divino Hijo! ¡Qué felicidad para el Universo! Hu-

mildísima María, daos prisa, volad al colmo de las grandezas á que vuestro Dios os llama. Pronunciad una palabra, pues de vuestra respuesta, están pendientes los cielos y la tierra, los ángeles y los hombres, los justos y los pecadores, los vivos y los muertos. ¡Virgen hermosísima! Virgen nobilísima! ¡Virgen única y singularísima! hablad, hablad. Pues todo el mundo cautivo debajo de la miserable esclavitud de Satanás está dando voces y os lo pide con lágrimas. María está unida á Dios, ella lo ama, y no ama otra cosa que á Dios, es pura, es virgen, y no quiere cesar de serlo, porque sabe que este estado le agrada á Dios, que es la misma santidad. Por eso le responde al Angel: ¿Cómo ha de ser esto porque no conozco varón? Yo soy virgen y Dios me inspira que lo sea siempre. Gabriel le explica circunstanciadamente la manera con que se debía obrar este gran misterio. El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la virtud del Altísimo te hará sombra, y por eso también lo Santo que nacerá de tí será llamado Hijo de Dios. Y mira que Isabel,

tu parienta, ha concebido un hijo, en su vejez, y ya está en el sexto mes la que se decía estéril. María no dudaba; pero el Angel quizó colmarla al mismo tiempo de esta doble alegría, y añade á un milagro la relación de otro, diciendo: Porque ninguna cosa es imposible á Dios. María responde: «Ved aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra.» ¡Oh poderosísima palabra! con otro hágase semejante á éste, obró la divina Omnipotencia todas las obras de la creación, pero con éste se hace la redención del mundo.

PUNTO 2º

Considera como apenas salen de la boca de María estas palabras: «Hágase en mí según su palabra,» al mismo punto, de la sangre purísima de sus entrañas se forma y fabrica un cuerpo perfectamente organizado: al mismo punto se le infunde el alma, y al mismo tiempo alma y cuerpo se hallan unidos al Verbo de Dios: en el mismo punto se halla el Niño lleno de gracia, de toda santidad,

ilustrado de todos los dones de Dios, con la visión clara de la Divinidad. Bienaventurado, y tan lleno de sabiduría, gracia y gloria, como ahora lo está á la diestra de su Padre. Miremos cuanto sobrepujan estas obras á las de la creación. ¡Oh prodigio jamás visto! Oh pasmo del cielo, de la tierra y de todo el mundo! Aquel que no cabe ni en los cielos, ni en la tierra, se halla encerrado en el estrecho albergue del vientre virginal de María: la infinita é inmensa grandeza se halla abreviada en un tierno Niño: el inmortal, é impasible, se halla pasible y mortal: Dios se halla hecho hombre y el hombre Dios. Este es el prodigio y milagro de los milagros y el mayor sacramento de humildad, pues en él aparece Dios hecho hombre, que es lo mismo que nada, según el testimonio del Apóstol. Saquemos de esta consideración otro motivo más para humillarnos, al ver que así se humilla el Dios de gloria y majestad. Nosotros cómo nos llenamos de soberbia siendo como somos polvo y ceniza.

4 DE OCTUBRE. MEDITACION

SOBRE LA VISITACION DE LA SANTISIMA VIRGEN
A SU PRIMA SANTA ISABEL.

Considera que tres motivos determinaron á María á hacer esta visita. Primero, la fidelidad á la inspiración divina. María Santísima no va á ver á Isabel por asegurarse de cuanto el Angel le había dicho: su fe es perfecta: mucho ménos con intención de participar á su parienta el misterio que en ella se había obrado: lo esconde á su mismo Esposo, á quien parece que estaba obligada por tantas razones á manifestarlo; mas, atenta y dócil sigue en todo los movimientos del Espíritu Santo que la guían, y por esto visita á Isabel, juzgando que el Señor tiene en esto sus designios. Los tenía en efecto: quería santificar al Precursor, manifestar la gloria y el poder de su Hijo, desde los primeros momentos de ser concebido, y llenando á ambas madres de una nueva abundancia

ilustrado de todos los dones de Dios, con la visión clara de la Divinidad. Bienaventurado, y tan lleno de sabiduría, gracia y gloria, como ahora lo está á la diestra de su Padre. Miremos cuanto sobrepujan estas obras á las de la creación. ¡Oh prodigio jamás visto! Oh pasmo del cielo, de la tierra y de todo el mundo! Aquel que no cabe ni en los cielos, ni en la tierra, se halla encerrado en el estrecho albergue del vientre virginal de María: la infinita é inmensa grandeza se halla abreviada en un tierno Niño: el inmortal, é impasible, se halla pasible y mortal: Dios se halla hecho hombre y el hombre Dios. Este es el prodigio y milagro de los milagros y el mayor sacramento de humildad, pues en él aparece Dios hecho hombre, que es lo mismo que nada, según el testimonio del Apóstol. Saquemos de esta consideración otro motivo más para humillarnos, al ver que así se humilla el Dios de gloria y majestad. Nosotros cómo nos llenamos de soberbia siendo como somos polvo y ceniza.

4 DE OCTUBRE. MEDITACION

SOBRE LA VISITACION DE LA SANTISIMA VIRGEN
A SU PRIMA SANTA ISABEL.

Considera que tres motivos determinaron á María á hacer esta visita. Primero, la fidelidad á la inspiración divina. María Santísima no va á ver á Isabel por asegurarse de cuanto el Angel le había dicho: su fe es perfecta: mucho ménos con intención de participar á su parienta el misterio que en ella se había obrado: lo esconde á su mismo Esposo, á quien parece que estaba obligada por tantas razones á manifestarlo; mas, atenta y dócil sigue en todo los movimientos del Espíritu Santo que la guían, y por esto visita á Isabel, juzgando que el Señor tiene en esto sus designios. Los tenía en efecto: quería santificar al Precursor, manifestar la gloria y el poder de su Hijo, desde los primeros momentos de ser concebido, y llenando á ambas madres de una nueva abundancia

de gracias, hacerles gustar los más dulces consuelos. En los buenos movimientos que Dios nos inspira, cuantas gracias se hallarán en las que se manifiesta la gloria de Dios, ó que sean útiles para provecho del prójimo ó para nuestra perfección y consuelo; pero nosotros las hacemos inútiles por nuestra resistencia. Temamos que Dios enojado nos retire sus gracias. La amistad es el segundo motivo que determina á María Santísima á hacer el viaje, María é Isabel eran parientes: las dos habían llegado á ser madres por milagro, bien que de orden diferente. Las dos llevan en su seno, la una al Mesías, y la otra al Precursor. ¿Qué nudos más dulces podían formar una tierna unión entre estas dos afortunadas Madres? Los santos no son insensibles á los alicientes de la amistad fundada en la virtud, sobre la semejanza de las gracias recibidas, y sobre la conformidad de la vocación; antes son más capaces de gustar sus dulzuras, y más exactos en cumplir sus deberes. Examinemos si nuestras amistades se fundan en la virtud; si no es así sepa-

rémolas de nosotros para no perder la amistad de Dios. La caridad es el tercer motivo que empeña á María á hacer esta visita. Isabel era mujer entrada en edad y avanzada en su interesante estado, y en la situación en que se hallaba su marido, tenía necesidad en casa, de una persona de confianza que la pudiese ayudar y consolar: este es el fin que determina á María á emprender su viaje. El amor de Dios, el espíritu de humildad, la frecuencia de la oración la tenían retirada; pero la caridad con el prójimo la hace salir de su retiro. Esta virtud la guía y la anima, y es la que debemos de pedir en esta consideración.

PUNTO 2º

María Santísima deja el retiro y quietud de su casa y sube á las montañas de Judea, para que conozcamos que, cuando Dios viene á una alma, no viene para tenerla ociosa, sino para que, levantándose del ocio y descanso, suba por el ejercicio de las virtudes, y especialmente por la caridad, al reino de los cielos.

Este es el camino de aquellos (dice San Ambrosio) que estando llenos de Dios, porfían por subir á la altura de la perfección, y para eso dejan lo mundano, huyen de lo bajo, desprecian lo terreno, renuncian el descanso, y por el trabajo de la caridad procuran avecindarse en el cielo. María, cuando se trata de socorrer á un prójimo, no vé ni el cambio que se ha operado en su persona. La Sierva del Señor no conoce aquellas leyes del mundo, que la conveniencia y dignidad han establecido, y que la vanidad hace observar con tanta exactitud. Está bien lejos de aquel orgullo que muchas veces nos impide cumplir nuestras obligaciones con el prójimo. María muestra un ánimo y un valor heroico, que nada puede vencerlo, ni el rigor de la estación, ni la dificultad de los caminos, ni los peligros de las montañas que tenía que atrevesar. Su situación, su juventud, la delicadeza de su sexo no son para ella motivos de dispensarse de cumplir con la caridad de Dios, y de volar á donde el deber la llamaba. La caridad luego que está en un

corazón, lo mueve y lo estimula á hacer por el prójimo todos los servicios de que es capaz, á no mirar á las propias penas ni á las propias inquietudes, y sobre todo á unir á los oficios de la amistad los nobles y sublimes efectos de la caridad. Procuremos subir con lijereza á Dios por el ejercicio de esta preciosa virtud.



5 DE OCTUBRE. MEDITACION

SOBRE LA SALUTACION

Y CANTICO DE LA SANTISIMA VIRGEN.

PUNTO 1º

Considera como, entrando la Santísima Virgen en casa de Zacarías, saludó á Isabel. No saludó á Zacarías, porque estaba mudo y sordo: saludó á quien la oía y tenía consigo á Juan, que significa gracia: saluda á quien le saluda y no se hace sordo á sus salutaciones. Estaba el niño Juan cautivo y enfermo con el contagio de la culpa original: quizo el Señor que saludase primero Nuestra Señora á Santa Isabel, porque quizo santificar por medio de ella al Bautista. Apenas hubo María hecho sentir su voz á esta, cuando se obra uno de los mayores milagros y favores singulares. Jesús desde el vientre de su madre hace sentir su virtud divina sobre Juan. Santifica su alma según la promesa del Angel á Zacarías: le dá á conocer el ministerio de

Precursor á que está destinado, y aún se lo hace ejercitar por medio de Isabel: finalmente lo llena de una alegría celestial que lo hace saltar. De la misma manera la presencia de Jesucristo en el augustísimo sacramento del Altar obra los más admirables efectos, sobre los verdaderos fieles, y ellos reciben mayores ó menores fuerzas y gracias, á proporción de sus disposiciones. La salutación de María obra en Isabel un efecto milagroso. Esta mujer llena del Espíritu de Dios é iluminada de lo alto, conoce y anuncia los sublimes misterios cumplidos en María: la Encarnación del Verbo y la divina maternidad. Intérprete de los sentimientos del Hijo, que lleva en sus entrañas, hace por él, el oficio de Precursor y celebra las grandezas de Jesús y de su Madre. Gracias tan extraordinarias como estas, que provienen de la visita de María, nos enseñan lo que debemos esperar del cielo, por su mediación, y como debemos alabarla y bendecirla. La primera gracia comunicada á los hombres por el Verbo encarnado, y el primer milagro que obró fué desde el Vien-

tre y por medio de la voz de María. ¡Oh Madre de gracia, y cuán poderosa es tu voz! Hacedla sentir á mi corazón, ó á lo ménos hacedla sentir á vuestro Hijo en favor mío. Lo aprenderé de la boca de Santa Isabel.

PUNTO 2º

Considera como Isabel exclamó en alta voz, y dijo: «*Bendita tú, entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!*» ¿Y de dónde á mí esto, que la madre de mi Señor venga á mí? Porque mira: apenas llegó á mis oídos el sonido de tu salutación, saltó por el júbilo en mi vientre el niño. Y tú eres bienaventurada, que has creído. Porque se cumplirán las cosas que el Señor te ha dicho. La llama bendita entre las mujeres. El Angel le había dado este título, é Isabel añade: y bendito el fruto de tu vientre, como si hubiera dicho: ¡Oh Virgen Santa! ¿Qué suerte de gracias podrá faltarte á tí, que llevas en tu vientre el fruto, el autor, la fuente y el origen de todas las bendiciones? Éste elo-

gio lo repetimos continuamente cuantas veces en el rosario rezamos la salutación angélica ¿la repetimos con el espíritu de Isabel? ¿Y de dónde á mí esto, prosigue, que la Madre de mi Señor venga á mí? Ella se muestra penetrada de los mismos sentimientos de modestia y de humildad de que María fué tan abundantemente prevenida. ¿Tenemos nosotros los mismos sentimientos por Jesucristo, cuando nos visita? ¿Su divina presencia y su gracia en el adorable sacramento de su cuerpo y de su Sangre imprimen en nosotros los mismos efectos de júbilo? Si nosotros tuviéramos la fé y la piedad, la humildad y reconocimiento de Isabel, con que afectos manifestaríamos nuestra admiración, nuestro respeto y nuestro amor y daríamos voces, diciendo: ¿De dónde á mí esto, que mi Señor y mi Dios se digne visitarme? Nuestra Señora absorta toda en Dios, al oír tales alabanzas, prorrumpe: «Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se llena de júbilo en Dios mi Salvador. Porque miró el Señor la humildad de su esclava, por eso todas las generaciones me acla-

maron por bienaventurada. Porque él es poderoso y su santo nombre hizo para mí cosas grandes, y su misericordia, de generación en generación para los que le temen. Ostentó el poder de su brazo y dividió á los soberbios en lo interior de su corazón: derribó del asiento á los poderosos y levantó á los humildes. Recibió á Israel su siervo, recordándose de sus misericordias, así como lo dijo á nuestros padres, Abraham y sus hijos,» Isabel engrandece á María, y esta gran Señora, como que responde á la Santa: ninguna obra por grande que sea tiene que gloriarse, ni alegrarse de verse engrandecida, porque la grandeza y hermosura que tiene, es del artífice que la hizo y la puso en ella, y así como la obra cuanto mayor es, tanto más se engrandece el poder y sabiduría del artífice, así mi alma magnifica y engrandece al Señor que la hizo y engrandeció: conoce que todo lo que tiene digno de bendición y alabanza es del Señor. Conoce por esto que en tí no hay cosa buena que sea tuya, por la cual se te deba honra, estimación y alabanza, y sí mucho ma-

lo por donde se te debe el desprecio, las injurias y afrentas. Y así, si te vieres honrado y estimado ó alabado, no eres tú á quien te hacen estas honras, sino al que en alguna manera, por sus misericordias se contempla en tí. Aprendamos de María á volver al Señor toda honra y alabanza.



6 DE OCTUBRE. MEDITACION

SOBRE EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS.

PUNTO 1º

Considera como César Augusto mandó á todos sus vasallos que se empadronase cada uno en su país. Para obedecerle María y José pasan á Belén. Admiremos la obediencia que el Hijo de Dios ha querido prestar á aquel Príncipe, que promulgaba el edicto para conocer las fuerzas de su imperio, y para imponer á sus vasallos un nuevo tributo. Jesús nació por la obediencia, y por la obediencia también quizo morir: esta es la primera y última lección que nos ha dado. María y José que obraban por impulso de aquel divino Niño, no discurren acerca del edicto, ni pretenden eximirse de obedecer á aquel Príncipe, aunque tenían consigo al Rey de la tierra y del cielo. No se excusan por el rigor de la estación, la distancia del camino, la situación de María ya próxima al par-

to; antes bien obedecen ciegamente á á Dios en la persona de sus ministros: obedecen con intrepidez en una cosa árdua y al mismo tiempo de grande humildad: obedecen prontamente y sin dilación y le obedecen con alegría, sin murmurar y sin quejarse. ¿Es así como nosotros obedecemos á Dios y á nuestros superiores? Llegan á Belén, buscan hospedaje; pero no pudieron hallarle, porque eran pobres. ¿Por qué María busca hospedaje para su hijo Jesús? Por el respeto con que le miraba. ¡Alma mía, vé aquí á Jesús que desea entrar y hospedarse en tu corazón! ¿Le negarás la entrada? ¿Lo enviarás á que se aloje en un establo? ¿Qué hubieras hecho, si estando tú en Belén, María y José te hubiesen pedido que los recibieses en tu casa? ¿No eres tú más culpable que los judíos, que no le conocían? ¿Cuánto tiempo hace que Jesús llama á la puerta de tu corazón? ¿Cuántas veces le has negado la entrada, y cuántas le has arrojado después de haberle recibido? ¡Miserable! ¡si supieras quién es el que te pide hospedaje! ¡Oh, y cuánto más digno de lás-

tima, si lo sabes y no lo recibes! ¿Qué le responderás en el día del juicio universal, cuando echándote en cara tu ingratitude te dirá: «Estuve peregrino en la tierra y no me hospedaste?»

PUNTO 2º

María y José, no habiendo hallado quien los quisiera admitir en su casa, se vieron obligados á salir de la Ciudad y recogerse en un establo descubierto, en una cueva al pie de una colina que servía de albergue á los animales. La Reina de los cielos entra en aquel palacio de pobreza, con una modestia angélica, sin quejarse ni hablar contra aquellos habitantes, y mucho ménos contra la divina Providencia. Habiendo entrado, se pone de rodillas y dá gracias á Dios por haberla reducido á aquel estado de pobreza, de humillación y de paciencia: se prepara para el parto, y á la media noche, cuando estaba en oración, y todo el mundo en silencio, dió á luz á su hijo Jesús, que salió de sus purísimas entrañas, como pasa el sol por un cristal, sin

manchar, ni ofender su pureza. ¡Oh Dios y Señor mío cuán profundos son vuestros juicios y cuán admirable vuestra conducta! ¡Quién hubiese creído jamás que este Niño fuese vuestro Hijo, viendo lo poco que le cuidabáis en la apariencia, no deparándole para su nacimiento sino un establo! ¿Qué motivo tengo yo para quejarme de la pobreza y de las otras miserias de la vida mortal, viendo la conducta que observáis con estas tres personas que os eran las más amadas del mundo? ¡Oh Virgen Santísima! ¡Qué sentimiento me causa el veros tan mal tratada de los hombres, y en la precisión de retiraros á un lugar que tan mal conviene á vuestra condición! ¡Oh, si nosotros hubiésemos vivido en aquel tiempo, y os hubiésemos conocido como os conocemos ahora, cuanto nos hubiésemos regocijado de recibirlos en nuestra casa! Empero, también podemos ahora tener la misma dicha, y prestaros el mismo servicio, recibiendo en nuestro corazón á vuestro divino Hijo. Venid, pues, Santa Madre nuestra: traednos ese divino Niño y pedidle que

entre en nuestra alma. En verdad, es un establo bien pobre y miserable; pero ya que ha preferido el establo de Belén á los palacios magníficos de los reyes, no se desdenará de entrar en nuestros corazones, si vos se lo pedís. Venid ¡oh Sabiduría de Dios! ¡Oh raíz de Jesé! ¡Oh llave de David! ¡Oh Emmanuel! ¡Oh legislador y reparador del mundo! Venid á libertarnos de la esclavitud del demonio. Venid á sacarnos de las tinieblas del pecado en que vivimos sepultados tantos años: venid ¡sol divino! á ilustrarnos con vuestras luces y á encendernos en vuestro amor. Venid ¡Salvador divino! cumplid la promesa que nos habéis hecho por vuestra Santa Iglesia; arrojad vuestros enemigos de nuestro corazón: borrad con vuestra gracia todos nuestros pecados y reinad en nosotros pacíficamente en el tiempo y en la eternidad.



7 DE OCTUBRE. MEDITACION

SOBRE EL MISTERIO DEL NACIMIENTO

DEL HIJO DE DIOS.

PUNTO 1º

Jamás se ha mostrado Dios tan grande como cuando se ha hecho pequeño, ni se ha dejado ver tan poderoso como cuando se ha mostrado débil, ni ha parecido más amable, que cuando le hemos visto pobre y menesteroso. Cuando vemos á un Dios que se hace hijo del hombre, consideramos que el hombre puede llegar á ser Dios, y esto nos consuela. Cuando le vemos en un establo, concebimos que es menester humillarnos, y esto nos asombra; cuando le vemos sobre pajas, conocemos que todas las grandezas de la tierra son basura, y esto nos obliga á despreciarlas; cuando lo vemos llorar, gemir y temblar de frío, inferimos que es necesario padecer, y esto nos dá ánimo para abrazar las mortificaciones y padecimientos. Alma mía mira el cuer-

entre en nuestra alma. En verdad, es un establo bien pobre y miserable; pero ya que ha preferido el establo de Belén á los palacios magníficos de los reyes, no se desdenará de entrar en nuestros corazones, si vos se lo pedís. Venid ¡oh Sabiduría de Dios! ¡Oh raíz de Jesé! ¡Oh llave de David! ¡Oh Emmanuel! ¡Oh legislador y reparador del mundo! Venid á libertarnos de la esclavitud del demonio. Venid á sacarnos de las tinieblas del pecado en que vivimos sepultados tantos años: venid ¡sol divino! á ilustrarnos con vuestras luces y á encendernos en vuestro amor. Venid ¡Salvador divino! cumplid la promesa que nos habéis hecho por vuestra Santa Iglesia; arrojad vuestros enemigos de nuestro corazón: borrad con vuestra gracia todos nuestros pecados y reinad en nosotros pacíficamente en el tiempo y en la eternidad.



7 DE OCTUBRE. MEDITACION

SOBRE EL MISTERIO DEL NACIMIENTO

DEL HIJO DE DIOS.

PUNTO 1º

Jamás se ha mostrado Dios tan grande como cuando se ha hecho pequeño, ni se ha dejado ver tan poderoso como cuando se ha mostrado débil, ni ha parecido más amable, que cuando le hemos visto pobre y menesteroso. Cuando vemos á un Dios que se hace hijo del hombre, consideramos que el hombre puede llegar á ser Dios, y esto nos consuela. Cuando le vemos en un establo, concebimos que es menester humillarnos, y esto nos asombra; cuando le vemos sobre pajas, conocemos que todas las grandezas de la tierra son basura, y esto nos obliga á despreciarlas; cuando lo vemos llorar, gemir y temblar de frío, inferimos que es necesario padecer, y esto nos dá ánimo para abrazar las mortificaciones y padecimientos. Alma mía mira el cuer-

po de ese Niño, es el templo augusto de la sabiduría: todas sus acciones son reglas de sabiduría; lecciones sus gemidos y elocuentes expresiones sus lágrimas. La sabiduría tiene ahí su escuela y academia en el establo, su trono en el pesebre, su voz es el silencio y su sueño el éxtasis de excelsa virtud. Entra, pues, en ese establo y aprende de tu divino Maestro el desprecio de todo lo que estima el mundo. ¡Oh Dios de Sabiduría, que habéis escogido un establo para palacio de vuestra Majestad, y un pesebre para trono de vuestra gloria! ¿En dónde me ocultaré de vuestra presencia? ¡Qué confusión para un soberbio, ver á su Dios sobre un poco de henol! ¡Qué arrogancia en un gusano de la tierra, querer levantar la cabeza, viendo á un Dios tan humillado! ¡Oh, nó! la sabiduría divina no puede engañarse ni engañarnos; el mundo es el que nos burla, cuando estima lo que vos despreciáis, y desprecia lo que vos estimáis. Os he tenido siempre como Dios; pero ahora me veo obligado á amaros bajo la forma de hombre, y de un pequeño niño. El Señor es

grande. ¿Quién puede no alabarle? El Señor se hace pequeño. ¿Quién puede no amarle?

PUNTO 2º

¡Oh Jesús mío! ¡Cómo se engaña y se alucina el mundo! Mas ¿Jesús puede engañarse? ¿A cuál de los dos debemos creer? Jesús ha condenado todo lo que ha desechado, y si yo amo lo que aprecia el mundo, seré condenado con él. Mas, si no me asemejo á este Niño, jamás me salvaré. ¡Oh divino Niño! ¡Oh el deseado de todas las naciones que estamos esperando tantos siglos! ¿Cómo entráis vos en el mundo? ¿Cómo os reciben vuestros vasallos? ¿Es éste el magnífico aparato con que debíais aparecer en la tierra? ¿Quién hubiese creído jamás que un Dios queriendo hacerse hombre, naciera en un establo y llorase como un niño? ¡Oh lágrimas de mi Salvador, como consoláis á los afligidos y amedrentáis á los voluptuosos del siglo! Ahora no tendrás compasión de este Niño que comienza á pagar tus deudas, y

que satisface con su llanto á la justicia de Dios que tú has irritado? ¿Es posible que aún busquéis los deleites sensibles, viendo á tu Dios que empieza y acaba su vida padeciendo? ¿Gustarás todavía de los honores y bienes de la tierra, viéndole tan pobre y despreciado. Ama lo que él ama; desprecia lo que él desprecia; has lo que él hace; sufre lo que él ha sufrido, porque mira que ha venido al mundo á instruirnos con sus palabras y con sus ejemplos; que es el camino, la verdad y la vida, y que si no sigues sus pasos, te extraviarás de la verdad y no llegarás nunca á la vida eterna. ¡Oh amado Hijo de María! venid á mis brazos, descansad en mi corazón: bañadme con vuestras lágrimas: bendecidme con vuestras manecitas. Me olvido de lo que soy, viendo que vos os habéis olvidado de lo que eráis. ¡Oh Jesús y Salvador mío! me estremezco cuando os considero en el trono de vuestra gloria; pero, cuan penetrado me siento de alegría, de amor y de confianza, cuando os veo fajado en un pesebre ¿Os habéis hecho niño para que os te-

man? ¿Os habéis hecho hombre para condenarme? ¡Ah! si me pierdo no será por vuestra culpa, sino por la mía; pero no permitáis, Señor mío, que esto suceda, ya que habéis bajado del cielo á la tierra para buscarme, no huyáis de quien os busca, ni consentáis que me condene, porque veniste al mundo para salvarme.



8 DE OCTUBRE. MEDITACION

SOBRE LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA.

PUNTO 1º

Considera como habieudo llegado el tiempo de la Purificación de María, según la ley de Moisés, llevaron á Jesús para presentarlo al Señor, según lo que está escrito en la ley, todo varón primogénito será consagrado al Señor. María es Madre de Dios, y quiere ser tenida por Madre de un hombre ¡qué humildad! María es pura como el Sol, y viene al Templo para cumplir la ley de la purificación: ¡qué pureza! María no está sujeta á la ley, y se somete voluntariamente: ¡qué obediencia! María no tiene sino un Hijo, que le es infinitamente amado, y le sacrifica á Dios, poniéndole en los brazos del Sacerdote, y al mismo tiempo en los de la Cruz: ¡qué caridad! Imita estas cuatro virtudes de la Santísima Vir-

gen; conserva como ella un corazón humilde, el cuerpo puro, un espíritu obediente y manos generosas. Ofrece á Dios lo que tienes de más estimado; sacrifícale tus hijos y tus bienes, tus deseos y tus temores. Entrégale sobre todo tu corazón, éste único y primogénito que le pertenece y que manda se lo presentes: entregáselo todo entero sin dividírle ni partírle: no lo perderás ofreciéndoselo; al contrario, le librarás de la esclavitud del demonio, será libre y feliz y le procurarás el reposo, que no hallará jamás fuera de Dios. ¿Dónde vas alma cristiana? Al Templo con el Santo Simeón. ¿Qué vas á hacer? A recibir á Jesús en tus brazos. ¿Quién te lo dará? Dios Padre y la Virgen su Madre, por manos del Sacerdote. ¿Qué le harás? Le pondrás en tu corazón; le harás descansar en tu pecho; lo ofrecerás á Dios en sacrificio, para la remisión de tus pecados, y en acción de gracias por tantos favores que te ha dispensado. ¿Y después que harás? Te volverás cantando con aquel Santo Anciano Simeón un cántico de júbilo.

PUNTO 2º

Alma mía, vivirás en paz si no deseas otra cosa que á Jesús. Morirás en paz si amas solo á Jesús. Entrarás en el cielo si murieres en los brazos de la Madre de Jesús. Habiendo ella presentado á Jesús, que es la cabeza, puedes esperar que también presentará los miembros; y habiendo ofrecido á Dios el primero de los predestinados, también los otros serán presentados por sus manos. No puede agradar al Padre sino lo que le presenta y ofrece su divino Hijo, ni puede agradar al Hijo sino lo que le presenta su Santa Madre. Considera la obligación que tienes de amar, de honrar y servir á la Santísima Virgen. Es menester ser hijo de la Virgen para que nos presente por sus manos; y para ser hijo suyo debemos elegirla por Madre propia, siendo como ella humildes, castos, obedientes, y como ella llenos de caridad. ¡Oh Virgen Santa! ¡Oh digna Madre de Dios! ¿Querrás ser Madre de un pecador, y del mayor de todos los pecadores que soy yo? Sí, mi amada Señora;

así lo confío, detestando mis pecados. Porque si vos habéis consentido el ser Madre de un Salvador, fué para ser madre también de los pecadores. ¿Podéis aborrecer á los que ha amado vuestro Hijo divino? ¿Podéis desechar á los que ha buscado y recibido con tanta bondad en su compañía? ¡Oh Santa Madre de Dios! yo pongo mi alma en vuestras manos y os ruego que la guardéis. Aunque perversa, es el precio de la sangre de vuestro Hijo, y por ella ha dado su vida; para redimirla habéis vos sacrificado á este Hijo divino, y entregádolo á la muerte; no podéis menospreciar lo que tanto os ha costado, y que Jesús ha amado con tanta ternura. Si mi alma está en vuestras manos, la considero segura, y si vos os dignáis presentarla á Jesús, infaliblemente me salvaré, porque le es agradable lo que le presentáis y lo que os pertenece es suyo también.



9 DE OCTUBRE. MEDITACION

SOBRE EL CANTICO Y PROFECIA DE SIMEON.

PUNTO 1º

Considera como el Santo anciano, llevando á Jesucristo entre sus brazos, y mucho más aún en su corazón, se abandona al exceso que lo anima, y bendiciendo en alta voz á Dios, manifiesta el júbilo de su alma y celebra las grandezas de Jesús, diciendo: «Ahora dejaréis ¡oh Señor! que se vaya en paz vuestro siervo, según tu palabra: porque mis ojos han visto al Salvador dado por tí. Sí ¡oh Dios mío! estoy cercano á dejar la tierra, y conozco que me llamas á vos. Yo la dejo sin sentimiento. ¿Y qué haré yo aquí más largo tiempo, ya que según vuestras promesas, habéis satisfecho mis deseos? He visto con mis ojos Aquel que yo esperaba, aquel Mesías que habéis enviado para ser el Salvador del mundo! ¡Oh cuán dulce me será el morir de una tal alegría! Vos me lo habéis prometido,

Señor, y ya lo poseo. Vos sois verdadero en vuestras promesas. ¡Oh, y de cuánto consuelo es el seros fiel y el servirlos! ¡Oh si nosotros pudiéramos después de cada comunión, si pudiéramos á la muerte, después de haber recibido el Santo Viático, gustar una semejante paz y desear morir en el Señor! Simeón continúa celebrando las grandezas de Jesús. «El Salvador dado por tí, el cual has expuesto á la vista de todos los pueblos: luz para iluminar las naciones, y para gloria de tu pueblo Israel.» A este deben mirar todos los pueblos como Autor de la gracia y Reparador de su salud: y por él solo pueden ser reconciliados con Dios, agradar á Dios y reunirse con Dios. En vano busca en otra parte su salud una impura y orgullosa filosofía, Jesús es la salud ofrecida y presentada á los ojos de todos los pueblos, prometida al principio del mundo, concedida en medio de los siglos, y anunciada por toda la tierra. Jesús es la luz para iluminar las naciones. Por él los gentiles han salido de las tinieblas de la idolatría, y han abierto los ojos á la luz del Evan-

gelio. Demos gracias á Dios por habernos hecho nacer en medio de esta resplandeciente luz. Pero ¿caminamos nosotros iluminados por su resplandor? ¿No andamos, por ventura, tras las máximas del demonio? ¿No practicamos todavía las máximas de las tinieblas? Jesús es la gloria del pueblo de Israel. No de aquel Israel viejo que por una ceguedad obstinada, mereció las desgracias predichas por los Profetas, sino de un Israel nuevo que ha sido instituido en su lugar: nosotros somos este nuevo pueblo: pongamos toda nuestra gloria en conocer á Jesucristo, en seguirlo y en amarlo.

PUNTO 2º

El Santo anciano, habiendo devuelto á María y á José el Santo Niño Jesús, les anunció á los dos gracias proporcionadas á la felicidad de que gozaban, los bendijo, esto es, enderezó por ellos al Señor sus votos y sus súplicas, después volviéndose á María, se explicó en términos que fueron otras tantas profecías, respecto de Jesús, respecto de ella y res-

pecto de los hombres. «El Niño que has dado al mundo, le dijo, mira que está puesto para ruina y para resurrección de muchos en Israel: y para señal á que se hará contradicción. Ha venido al mundo, para ser su Salvador, y será verdaderamente el origen y principio de su salvación para muchos que participarán de su redención, por la fé á sus palabras, y por la correspondencia á sus gracias; pero para otros muchos incrédulos á su voz, y rebeldes á su llamamiento, vendrá á ser, aunque contra su intención y á pesar suyo, una piedra de escándalo y ocasión de caída. Aquellos que lo contradicen se llevan sobre sí su perdición; aquellos que lo siguen se aseguran su propia salvación. ¡Qué felicidad para éstos! ¡Qué desgracia para aquellos! ¿De qué número somos nosotros? No nos engañemos: se contradice á Jesucristo con no someterse á su espíritu y á su doctrina propuesta por la Iglesia, y con no regular sus costumbres según sus máximas y su ley. ¡Ay de mí! ¿Toda mi vida no ha sido hasta ahora una continua contradicción al Evangelio? ¿Prose-

guiré viviendo aún en este estado? Respecto de María, Simeón le predice las pruebas que debe sufrir. El cuchillo de dolor que traspasará su alma. María debe ver el corazón de su Hijo traspasado de una lanza, y debe tener también el suyo traspasado de dolor. ¡Oh gran Dios! ¿No bastaba que María fuese destinada á este cruel tormento, sin hacérselo anunciar treinta años antes? Alimentad con diligencia este amado Hijo ¡Oh Virgen Santa! crecerán con él vuestros dolores: vuestro martirio durará tanto cuanto dure su vida; y aun crecerá cada día á menudo que este tierno Cordero se irá acercando al tiempo designado para su sacrificio. ¡Ah! ojalá que pudiese mi vida pasarse como la vuestra, en el retiro, en el dolor y en las lágrimas, con la memoria de los dolores de mi Salvador y los vuestros. Respecto á los hombres, Simeón añade: «A fin de que se manifiesten los pensamientos de muchos corazones. El hierro de la persecución abre los corazones y hace conocer en ellos las más secretas disposiciones. Examinemos aquí nuestro amor para con Dios, y nuestro ape-

go á la religión, examinemos nuestro corazón. ¿Está dispuesto á perder los bienes, el reposo, la reputación y la vida? ¡Ah cuánto sufre á la sola pérdida de un placer, de un interés y á la más ligera contradicción! Aseguraos ¡oh Jesús mío! de este débil corazón: no permitáis que me engañe, ó que yo apruebe jamás sus rebeldías contra vos. Dadme una fidelidad constante y generosa, que me haga declararme tu discípulo delante de los hombres, para que en el último día no sea desechado delante del Padre celestial.



10 de Octubre. MEDITACION

SOBRE LA PERDIDA DEL NIÑO DIOS.

PUNTO 1º

Considera como luego que llegó el Niño Jesús á la edad de doce años, habiendo ido sus padres á Jerusalén, según la costumbre de aquella solemnidad, pasados los días cuando se volvían, se quedó en Jerusalén el Niño y no lo advirtieron sus Padres. Y pensando que estuviese con los compañeros, caminaron una jornada, y lo iban buscando entre los parientes y conocidos, y no habiéndolo encontrado, se volvieron á Jerusalén á buscarlo. José y María perdieron á Jesús no por su culpa, sino por desig-nio formal de la sabiduría de Dios. Si Jesús se quedó, sin saberlo ellos, en el Templo de Jerusalén, su objeto era de una parte, el preparar á los Judíos á reconocer en él una sabiduría sobrenatural y toda divina, y de la otra el despertar en José y María la idea de su divinidad

y de su independencia, y de hacer al uno y la otra el modelo, el refugio y consuelo de las almas visitadas con internas desolaciones. ¡Oh Dios mío y Padre Eterno clementísimo! que me habéis dado á vuestro Hijo y yo me descuido en guardárosle! Dirá, exclamando de lo más profundo de su alma nuestra Reina ¡Oh Señor y Dios mío, que lo perdí tal vez por mi descuido! ¡Oh altísimo Dios y poderosísimo Rey mío! confortad mi alma en tan grande tribulación. Atended, Padre mío dulcísimo, que desfallece mi corazón asaltado de repente de una tan impensada fatiga. ¡Oh Señor! usad de vuestras misericordias con vuestra esclava y decidme ¿en dónde está mi esperanza y todo mi bien? ¿En dónde está mi vida y todo mi consuelo? ¿En dónde podré hallar al Hijo de mis entrañas, y á mi Dios ausente y perdido? ¡Oh amantísimo Hijo mío! ¿Qué os habéis hecho? ¿A dónde os fuistéis, dejándome sola y desamparada? Bien sabéis que esta es la primera vez que me hallo sin vos, después que me hicistéis vuestra Madre. Sois Dios verdadero y sabéis que sin vos

004588

es imposible que viva. ¿Pues qué haré? ¿En dónde os buscaré? ¡Ángeles Santos! ayudadme en este trance y socorredme en este aprieto: mirad que os conjuro de parte de vuestro Criador, que me busquéis á mi Señor, y si lo halláreis me déis aviso para ir yo á él y gozar de su presencia. Estos clamores diría nuestra Reina, afligida con inmensa pena, porque sabía bien lo que era tener á Dios, y perderle. Llégate á tu Señora y ofrécete á buscarle en su compañía.

PUNTO 2º

Considera cuan grande es la pérdida de Dios. Es tan grande mal, cuanto Dios es el sumo bien. El que posee á Dios, lo posee todo. El que pierde á Dios lo pierde todo, quedando el más desventurado de los hombres. Dios es el bien por esencia; el trono de todas las grandezas; el centro de todos los movimientos; el manantial de todos los deleites, y el océano de todas las consolaciones. ¡Oh qué pérdida la pérdida de Dios! Es mayor que la pérdida de una infinidad de mun-

dos! Dios es el fin del hombre, su felicidad, su paz y su bien eterno; así el que pierde á Dios, necesariamente ha de ser miserable, ya no puede hallar ni paz, ni reposo, ni alegría, ni consuelo en su corazón; necesariamente se siente agitado de perturbaciones é inquietudes en su alma; es la imagen de un condenado, pues que el infierno le forma la pérdida de Dios! ¡Qué grande mal es perder á Dios! Es lo mismo que perder todos los bienes de la naturaleza, de la gracia y de la gloria. ¿Cómo se pierde á Dios? Se pierde por el pecado mortal. Judas, ¿qué has hecho? Has ganado dinero, pero has perdido á tu Dios. Alma mía, ¿cuántas veces lo has perdido tú? ¿cuántas veces le has vendido por un humo de honor; por un deleite de un momento; por una sordida ganancia; por un bien imaginario; por un puñado de cebada; por un pedazo de pan, como dice la Sagrada Escritura? ¿Vive ahora en tí por su gracia? ¿No estás en pecado mortal? ¿Eres fiel en seguir su dirección? ¿Le pides su protección? ¿Deseas con ansia sus divinas consolaciones? Ojos míos, llorad sin

cesar, y deshaceos en lágrimas. Corazón mío, rómpete de dolor, que has perdido á tu Dios, á tu Padre, á tu Esposo, á tu Rey y á tu Salvador, tu paz y todos tus bienes. ¡Ay de mí! lloro de día y de noche con David, cuando me dicen: ¿en dónde está tu Dios? ¿Qué le has hecho? ¿Dónde le has dejado? ¡Ah miserable, le has perdido por tu soberbia, por tu avaricia, por tu sensualidad! Le has vendido al demonio por un deleite imaginario; le has obligado á que se aparte de tí con tu ingratitud y negligencia. ¡Hijas de Jerusalén! ¿decidme dónde está nuestro Amado, para que yo vaya á encontrarle? porque estoy resuelto á buscarle por todas partes, y reparar la pérdida que he tenido.



II DE OCTUBRE. MEDITACION

SOBRE EL HALLAZGO DEL DIVINO NIÑO.

PUNTO 1º

Considera como María Santísima y San José, luego que abrieron las puertas de la ciudad, no dejaron parte donde al Divino Niño no buscasen, ni persona á quien no le preguntaran por él. Fuéronse por las calles y por las plazas preguntando de puerta en puerta: ya nuestra Señora estaba tan muerta de la pena que daba grandísimo dolor á cuantos llegaban á preguntar; y muchas piadosas mujeres es de creer que compadecidas de su pena le preguntaban con aquellas palabras de los Cantares: «Decidnos, Señora, ¿cuál es vuestro Hijo? Dadnos sus señas y te ayudaremos á buscarlo. Daba las señas nuestra Reina, y con cada una un suspiro del más profundo centro de su alma. Mi Hijo (decía) mi Hijo es el más hermoso de los nacidos, blanco y rubio, escogido entre

cesar, y deshaceos en lágrimas. Corazón mío, rómpete de dolor, que has perdido á tu Dios, á tu Padre, á tu Esposo, á tu Rey y á tu Salvador, tu paz y todos tus bienes. ¡Ay de mí! lloro de día y de noche con David, cuando me dicen: ¿en dónde está tu Dios? ¿Qué le has hecho? ¿Dónde le has dejado? ¡Ah miserable, le has perdido por tu soberbia, por tu avaricia, por tu sensualidad! Le has vendido al demonio por un deleite imaginario; le has obligado á que se aparte de tí con tu ingratitud y negligencia. ¡Hijas de Jerusalén! ¿decidme dónde está nuestro Amado, para que yo vaya á encontrarle? porque estoy resuelto á buscarle por todas partes, y reparar la pérdida que he tenido.



II DE OCTUBRE. MEDITACION

SOBRE EL HALLAZGO DEL DIVINO NIÑO.

PUNTO 1º

Considera como María Santísima y San José, luego que abrieron las puertas de la ciudad, no dejaron parte donde al Divino Niño no buscasen, ni persona á quien no le preguntaran por él. Fuéronse por las calles y por las plazas preguntando de puerta en puerta: ya nuestra Señora estaba tan muerta de la pena que daba grandísimo dolor á cuantos llegaban á preguntar; y muchas piadosas mujeres es de creer que compadecidas de su pena le preguntaban con aquellas palabras de los Cantares: «Decidnos, Señora, ¿cuál es vuestro Hijo? Dadnos sus señas y te ayudaremos á buscarlo. Daba las señas nuestra Reina, y con cada una un suspiro del más profundo centro de su alma. Mi Hijo (decía) mi Hijo es el más hermoso de los nacidos, blanco y rubio, escogido entre

millares: su cabeza parece de oro, sus manos de cristal torneado, sus dientes de marfil, sus ojos de paloma, su cuello de alabastro, y todo él es un renuevo milagroso de la humana naturaleza, hechura milagrosa de la omnipotencia de Dios. ¡Oh la más hermosa de las mujeres (le responderían) razón tenéis en sentir tanto su pérdida! Así se despedía la Santísima Virgen, dejando señales en todas partes de su profundo dolor. Atiende tú por aquí como el Señor atribula á su Madre: mira si le amaba; y con todo la pone en tantos aprietos, tribulaciones y trabajos. Abre los ojos y considera aquella verdad repetida tantas veces en la Escritura: que Dios, á quien ama, castiga y atribula. Consuélate si eres atribulado; y teme si te falta la tribulación. Pasados tres días de angustia, entra nuestra Reina en el templo, oye voces en el aula de los Doctores, y entre ellas le pareció que oyó la del Niño Dios. Suspende el paso, aplica el oído y se certifica de la voz de su Divino Hijo; comienza á respirar y á desahogar su corazón: penetra, y llena de gozo le dice á

su Jesús: «¡Hijo! ¿por qué habéis hecho esto con nosotros? ¿no ves que yo y tu padre, llenos de amargura te buscamos? Como si dijese: Decidme ¡Amor mío y vida de mi alma! ¿no habéis visto la pena y el dolor que nos habéis costado estos tres días? ¿No vistéis aquellas ansias mortales con que os hemos buscado, sin descansar ni de noche ni de día? ¿Cómo pudieron esas entrañas de amor sufrir tanta pena en quién sabéis que os ama con toda su alma?» ¿Por qué me buscáis? ¿No debías vosotros juzgar que siendo Dios, como soy, y enviado por mi Padre para hacer su obra, debo atender á mi misión?» Esta palabra es la declaración del misterio de la Encarnación, del fin de este misterio, y de la consagración de Jesús á la gloria de su Padre y nuestra salvación. Esta palabra es una enseñanza para todo cristiano, que debe frecuentemente decirse á sí mismo, y si fuese necesario, también á los otros: estoy en este mundo para servir al Señor y para trabajar por mi eterna salvación.

PUNTO 2º

Si se pierde á Dios por el pecado, se vuelve á él por la penitencia. Un deseo malo del corazón basta para perderle, y un suspiro del corazón basta para hallarle. Una lágrima es de tanto precio, que nos puede recuperar á Dios, después de haberle perdido. No se recoge el dinero perdido, ni se recobra un hijo muerto á fuerza de llorar; más una sola lágrima nos hace hallar á Dios; después que le hemos perdido. ¡Oh penitencia, cuán maravillosa es tu virtud! Lágrimas de mis ojos, cuán preciosas soís! y cuan insensato he sido de haber derramado tantas por cosas de ninguna importancia, y ni una sola he derramado por la pérdida de mi Dios y de mi alma. ¿Eres tú del número de éstos? Se halla Dios buscándolo como la Santísima Virgen, con dolor, con diligencia, con solicitud, con trabajo, con humildad y con devoción. No hay que buscarle en el gran mundo, ni en las plazas públicas, ni entre amigos, sino en el templo, enme-

dio de los Doctores que son los ministros de la Iglesia. No nos cansemos de buscarle hasta que lo hallemos, porque nos asegura que el que busca halla; el que pide logra lo que desea; y que abren al que llama. ¿Y tú le buscas? ¿En qué templo? ¿En qué lugar? ¿De qué manera? Se recupera la unión de Dios, alejándose uno de sí mismo; se recupera su dirección especial con la obediencia á las órdenes comunes; su protección con la fidelidad en las cosas ligeras, su consolación divina con la mortificación del cuerpo y del espíritu. Se pierde su presencia con la disipación del corazón, con el desenfreno de los sentidos, con la distracción del espíritu, con el tumulto de las pasiones, con el comercio del mundo, con los vanos deseos, y con la curiosidad; y se recobra con el recogimiento, con la soledad, con el desprendimiento, con la paz y con el silencio. ¡Oh dulcísimo Jesús estábais en mi corazón como en el trono de vuestra gracia, como en el templo de vuestra gloria, como en el santuario de vuestro espíritu, como en el tálamo nupcial de

vuestro amor! ¡Cuán bien me encontraba yo viviendo en vuestra compañía y cuán satisfecho: Pero ahora, Dios mío, ni sé donde vos estáis, ni donde yo estoy; me habéis abandonado, ó por mejor decir, yo os he perdido. ¡Ah, me veo en unos desiertos espantosos, en donde no encuentro una gota de agua para apagar la sed! ¡Oh fuente de agua viva! ¿Dónde iré para encontraros? ¿Cuándo vendréis á regar mi alma que está abrasada con los ardores del Sol? Os buscaré por todas partes, y no descansaré hasta haberos hallado. En fin, he hallado á mi Amado, le hallado en el templo, le tengo bien asegurado, y ya no le dejaré ir.



12 DE OCTUBRE. MEDITACION

SOBRE LA ORACIÓN DEL HUERTO.

PUNTO 1º

¿Qué haces, alma mía, en qué piensas? no es ahora tiempo de dormir. Ven conmigo al huerto de Gethsemaní y allí verás, y verás grandes misterios. Allí verás como se entristece la alegría, teme la fortaleza, desfallece la virtud, se confunde la majestad y se estrecha la gloria. Considera como, acabada aquella misteriosa cena, se fué el Señor con sus discípulos al monte de los Olivos, á hacer oración antes que entrase en la batalla de su Pasión, para enseñarnos como en los trabajos y tentaciones de esta vida habemos siempre de recurrir á la oración, como á una áncora sagrada, por cuya virtud nos será quitada la carga de la tribulación, ó se nos darán fuerzas para llevarla, que es otra gracia mayor. Porque, como dice San Gregorio, mayor merced nos hace el Señor, cuando nos dá esfuerzo para llevar los trabajos, que

vuestro amor! ¡Cuán bien me encontraba yo viviendo en vuestra compañía y cuán satisfecho: Pero ahora, Dios mío, ni sé donde vos estáis, ni donde yo estoy; me habéis abandonado, ó por mejor decir, yo os he perdido. ¡Ah, me veo en unos desiertos espantosos, en donde no encuentro una gota de agua para apagar la sed! ¡Oh fuente de agua viva! ¿Dónde iré para encontraros? ¿Cuándo vendréis á regar mi alma que está abrasada con los ardores del Sol? Os buscaré por todas partes, y no descansaré hasta haberos hallado. En fin, he hallado á mi Amado, le hallado en el templo, le tengo bien asegurado, y ya no le dejaré ir.



12 DE OCTUBRE. MEDITACION

SOBRE LA ORACIÓN DEL HUERTO.

PUNTO 1º

¿Qué haces, alma mía, en qué piensas? no es ahora tiempo de dormir. Ven conmigo al huerto de Gethsemaní y allí verás, y verás grandes misterios. Allí verás como se entristece la alegría, teme la fortaleza, desfallece la virtud, se confunde la majestad y se estrecha la gloria. Considera como, acabada aquella misteriosa cena, se fué el Señor con sus discípulos al monte de los Olivos, á hacer oración antes que entrase en la batalla de su Pasión, para enseñarnos como en los trabajos y tentaciones de esta vida habemos siempre de recurrir á la oración, como á una áncora sagrada, por cuya virtud nos será quitada la carga de la tribulación, ó se nos darán fuerzas para llevarla, que es otra gracia mayor. Porque, como dice San Gregorio, mayor merced nos hace el Señor, cuando nos dá esfuerzo para llevar los trabajos, que

cuando nos quita los mismos trabajos. Para compañía de este camino tomó consigo aquellos tres amados discípulos, Pedro, Santiago y Juan, los cuales habían sido testigos, poco antes, de su gloriosa Transfiguración, para que ellos mismos vieran cuan diferente figura tomaba ahora por los hombres el que tan glorioso se les había mostrado en aquella visión, y para que entendiesen la amargura de su alma, les dijo aquellas tan dolorosas palabras: "Triste está mi alma hasta la muerte; esperadme aquí y velad conmigo." ¡Oh riqueza del cielo! ¡Oh bienaventuranza cumplida! ¿Quién te puso, Señor, en tal estrecho? ¿Quién te hizo mendigo de tus mismas criaturas sino el amor de enriquecerlas? Acabadas estas palabras, apartose el Señor, como un tiro de piedra, y postrado en tierra comenzó su oración diciendo: "Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz; mas no se haga como yo lo quiero, sino como tú." Y hecha esta oración tres veces, á la tercera vez fué puesto en tan grande agonía que comenzó á sudar gotas de sangre que corrían por todo su sacrati-

simo cuerpo hilo á hilo, hasta caer en tierra. Mira al Señor en este paso tan doloroso, pues representándosele allí todos los tormentos que había de padecer, y aprendiendo perfectamente los crueles dolores que se preparaban para el más delicado de los cuerpos, y poniéndosele por delante todos los pecados del mundo, por los cuales padeció y el desagradecimiento de las almas, que no habían de reconocer este beneficio ni aprovecharse de tan costoso remedio, fué su alma de tal manera angustiada, y sus sentidos y carne delicadísima tan turbados que todas las fuerzas y elementos de su cuerpo se destemplaron: y la carne bendita se abrió por todas partes y dió lugar á la sangre que manase por toda ella, en tanta abundancia que corriese hasta la tierra. Y si así estaba la carne ¿qué tal estaría el alma que derechamente los padecía?

PUNTO 2º

Consideremos en esta oración de Jesucristo tres cualidades: primero: fué una oración llena de respeto. Se postró

en tierra y oraba. En las oraciones que hacemos nos retiramos para orar con mayor recogimiento y atención. El Salvador separándose de sus tres discípulos, quiso estar aún en sitio de poder ser visto para servirles de ejemplo. Contemplemos este divino modelo; observemos á Jesús hincarse de rodillas en la presencia de Dios su Padre y después postrarse con el rostro por tierra, delante de su infinita majestad. ¿Es este el respeto con que oramos á Dios? nosotros decimos que no somos señores de nuestro espíritu ni de nuestra imaginación ¿pero no lo somos de nuestro cuerpo? ¿Ignoramos cuánto influya el cuerpo sobre el alma, y como una postura humilde y respetuosa contribuya para contener en el espíritu el debido respeto, con la imaginación y todas las potencias del alma? Esta oración fué llena de resignación; diciendo: “¡Padre mío! si es posible, aparta de mí este cáliz; más no se haga mi voluntad sino la tuya.....” Esto es: ¡Padre mío! ¡Padre mío! si es posible y si lo queréis, si hay otro medio de cumplir vuestros designios, retirad de mí

este horrible cáliz de una muerte igualmente vergonzosa que cruel: por otra parte no miréis á mi oración, sino en cuanto la halláreis conforme á vuestra voluntad. He aquí mi corazón sumiso: deseched si es necesario lo que en mí pide la naturaleza flaca y perdida de ánimo. Admiremos en esta oración el respeto, el amor, el ardor, la confianza, y principalmente la perfecta sumisión y la entera resignación de Jesucristo. Cualquiera que sea la cosa que pidamos; cualquiera que sea el interés que tengamos en mira; cualquiera que sea en nosotros el deseo de ser oídos, añadamos siempre estas palabras esenciales: “más, no se haga mi voluntad sino la tuya.” Esta oración fué llena de caridad, pues no se olvidó Jesucristo de los tres Apóstoles que había llevado consigo: se volvió á ellos para animarlos y para instruirlos. Y fué á sus discípulos y los halló durmiendo, y dijo á Pedro: “¡Simón! ¿tú duermes? ¿No has podido velar una hora?” Después dirigiendo la palabra á los tres: “Velad (les dijo) y orad para que no entréis en tentación. El es-

píritu, en verdad, está pronto: pero la carne enferma." Estas palabras contienen: Primero, una reprensión que frecuentemente hemos merecido nosotros. Nosotros con el mundo velamos con mucho gusto; pero con Jesús no podemos velar. Segundo, un precepto que nosotros hemos olvidado. Debemos velar sobre nuestro corazón, para observar el principio de la tentación, y orar para obtener la gracia de resistirla. Entonces la victoria no es difícil; pero si por falta de vigilancia y de oración entramos en tentación; si escuchamos los primeros pensamientos, en poco tiempo nos dejaremos ganar de ella. Tercero, una máxima que nosotros olvidamos frecuentemente, y cuyo olvido ha causado, mas de una vez, la ruina en nosotros. No nos fiemos de nosotros mismos; no nos apoyemos sobre las resoluciones de nuestro espíritu, creyendonos fuertes, firmes é inmobiles, nos exponemos temerariamente al peligro, y entonces experimentamos que la carne es débil y flaca: grabemos en nuestros corazones estas palabras de nuestro dulcísimo Salvador.

13 DE OCTUBRE. MEDITACION

SOBRE LA TRISTEZA DEL HIJO DE DIOS
Y SUDOR DE SANGRE.

PUNTO 1º

Considera como Jesús se entristece, al acercarse la hora de su muerte. ¿Cuál es la causa? La vista de sus tormentos, de mis pecados, de mis ingratitudes, la vista de mis miserias. ¡Ay de mí! yo río de lo que le hace llorar. Me deleito de lo que causa mi miseria. Jesús tiene compasión de mí; yo no tengo compasión de Jesús. Jesús tiembla de espanto para mostrar que es hombre como yo, y que se ha despojado de su fortaleza para revestirse de mi debilidad; y que, dándome su valor, ha tomado mi timidez. Tiembla para alentarme, y cae para levantarme. ¡Qué bondad! ¡Qué amor! ¿Dónde se hallará un médico que tome la enfermedad del enfermo, y le dé su salud? Verdaderamente ha tomado nuestras dolencias, y sufrido nuestros dolores, y con sus llagas hemos sido curados. El de-

píritu, en verdad, está pronto: pero la carne enferma." Estas palabras contienen: Primero, una reprensión que frecuentemente hemos merecido nosotros. Nosotros con el mundo velamos con mucho gusto; pero con Jesús no podemos velar. Segundo, un precepto que nosotros hemos olvidado. Debemos velar sobre nuestro corazón, para observar el principio de la tentación, y orar para obtener la gracia de resistirla. Entonces la victoria no es difícil; pero si por falta de vigilancia y de oración entramos en tentación; si escuchamos los primeros pensamientos, en poco tiempo nos dejaremos ganar de ella. Tercero, una máxima que nosotros olvidamos frecuentemente, y cuyo olvido ha causado, mas de una vez, la ruina en nosotros. No nos fiemos de nosotros mismos; no nos apoyemos sobre las resoluciones de nuestro espíritu, creyendonos fuertes, firmes é inmobiles, nos exponemos temerariamente al peligro, y entonces experimentamos que la carne es débil y flaca: grabemos en nuestros corazones estas palabras de nuestro dulcísimo Salvador.

13 DE OCTUBRE. MEDITACION

SOBRE LA TRISTEZA DEL HIJO DE DIOS
Y SUDOR DE SANGRE.

PUNTO 1º

Considera como Jesús se entristece, al acercarse la hora de su muerte. ¿Cuál es la causa? La vista de sus tormentos, de mis pecados, de mis ingratitudes, la vista de mis miserias. ¡Ay de mí! yo río de lo que le hace llorar. Me deleito de lo que causa mi miseria. Jesús tiene compasión de mí; yo no tengo compasión de Jesús. Jesús tiembla de espanto para mostrar que es hombre como yo, y que se ha despojado de su fortaleza para revestirse de mi debilidad; y que, dándome su valor, ha tomado mi timidez. Tiembla para alentarme, y cae para levantarme. ¡Qué bondad! ¡Qué amor! ¿Dónde se hallará un médico que tome la enfermedad del enfermo, y le dé su salud? Verdaderamente ha tomado nuestras dolencias, y sufrido nuestros dolores, y con sus llagas hemos sido curados. El de

leite y el dolor son la causa de todos los pecados de los hombres; el deseo y el temor producen todas las pasiones, Jesús ha vencido á estos dos enemigos, y nos ha dado su fortaleza para que podamos también vencerlos nosotros. Jesús se ha abstenido de los deleites, y sufrido todos los dolores: ha renunciado todos los deseos de la naturaleza, y ha superado todos los temores; ha sudado sangre y ha peleado hasta la muerte. Levántate, pues, ¡Jesús míol y bebe ese cáliz amargo, porque es grande el camino que te resta. Si no bebes este cáliz, se pierde la salvación de todo el mundo; porque la ira justísima del Padre, solamente con tu sangre podrá quedar aplacada. Se misericordioso con nosotros que somos tus hermanos. En tu mano está la muerte y vida de todos. Muere tú solo, ¡Jesús míol para que no mueran tantos. Esto es lo que te conviene; esto es lo que manda tu Padre. Aquí empiezan á arder en el pecho de Jesucristo los combates más horribles, y á batallar entre sí y á despedazarse terriblemente los encontrados afectos del temor y del amor.

PUNTO 2º

Considera como la tristeza de Jesús, que hasta entonces había sido grande hasta la muerte, creció y se hizo vehementísima hasta la efusión de sangre, y puesto en agonía oraba más prolijamente, y fué su sudor como gotas de sangre que corría hasta la tierra. Mírale, pues, alma mía, todo bañado en sangre en aquel conflicto, que excita el temor de sus penas, el horror de tus pecados y el deseo de tu salvación. Considerando sobre sí todas nuestras maldades, concibió tan grande dolor, que hubiese muerto entonces sino hubiera hecho un milagro para conservar su vida. Milagros hace Jesús para padecer; mas no quiere hacerlos para eximirse de las penas: nosotros al contrario quisiéramos que Dios los hiciera cada momento para dispensarnos de los trabajos y de la muerte. ¡Oh Salvador de mi alma! ¡cuán sangriento fué para vos este combate! Con la violencia de vuestra contrición habéis disipado la multitud de mis pecados que tenías delante de

vuestros ojos. Yo estaba con Judas en el huerto de Gethsemaní para prenderos; yo estaba en vuestro corazón para afligirlos; yo estaba en los brazos de los sayones para azotarlos. Mis pecados estaban en el mundo antes que yo, porque ellos os entregaron á los judíos, que después de haberos atormentado con tanta crueldad, os enclavaron en una cruz. ¡Oh Señor mío! ¡qué bellos ejemplos me dáis, pero nadie los quiere imitar! ¡qué bellas lecciones que nadie quiere aprender! ¡Os presentáis el primero en la lucha y nadie quiere seguiros! Vuestros discípulos os han abandonado cobardes: duermen mientras vos peleáis: os afligen en lugar de consolaros, y os entregan cuando deberían defenderos. ¡Qué confusión para mí! Jesús vence todos los terrores de la naturaleza, revestido como estaba de la debilidad de todos los hombres, pero yo me rindo estando sostenido por la fuerza de un Dios. Con mi timidez se presenta Jesús, magnánimo en el combate; y yo con su valor me acobardo, y vuelvo la espalda al enemigo. ¡Oh sangre preciosa que bañas y riegas una

tierra ingrata! inflama mi corazón, ablanda mi alma, fortifica mi espíritu, alienta mi ánimo abatido; estoy resuelto á pelear y resistir á los movimientos rebeldes de la naturaleza, hasta derramar mi sangre: quiero triunfar de mi carne, y sujetarla á mi espíritu, aunque haya de sudar sangre. ¡Ah! todavía no he llegado á tanto: vos ¡Jesús mío! habéis bebido el cáliz de mis pecados, y así yo quiero también beber el cáliz de vuestras penas. Y ¿qué no queréis que beba el cáliz que mi Padre me da á beber? Yo beberé el cáliz de mi Salvador é invocaré el nombre del Señor.



14 DE OCTUBRE. MEDITACION

SOBRE LA FLAGELACION DE JESUCRISTO.

PUNTO 1º

Considera como habiendo sido puesto el Salvador en poder de una soldadesca insolente y feroz, se apoderaron de él aquellas manos sacrílegas, le arrancaron violentamente sus vestiduras y le amarraron á una de las columnas del patio del Pretorio. ¡Oh que ignominiosa confusión para el Dios que extiende sobre la tierra un velo de nubes, que cubre el cielo de gloria, que viste las aves de plumas, las flores de un matiz perfumado y llena de blancura el lirio de los campos, verse expuesto, en una vergonzosa desnudéz, en espectáculo á las miradas licenciosas, á las burlas sacrílegas de todo un pueblo! David, el profeta historiador, refiriendo esta circunstancia, dice que un inmenso rubor encendió entonces el rostro del Salvador, y que esparciéndose desde el rostro sobre todo

su cuerpo virginal, llegó á todos sus miembros, los cuales se cubrieron también, lo mismo que su semblante, de ignominia y de vergüenza. ¡Descended espíritus celestiales; venid á cubrir con vuestras alas respetuosas este cuerpo sagrado, milagro de candor y de pureza, y libradle de las miradas impúdicas, de las burlas insolentes de los hijos del pecado! Mas nó; suspended vuestro vuelo, ángeles santos, vuestra piedad hacia él no os haga olvidar que nosotros, desventurados, necesitamos también de piedad. Nosotros somos esos infortunados sobre quienes la justicia divina ha pronunciado, en su cólera, el terrible anatema que nos condena á una confusión eterna. ¡Ay! sin la confusión, sin la ignominia que cubre en este momento al Hijo de Dios, la nuestra no podría ser expiada ni borrada. Dejadle, pues, que cumpla ese grande misterio de misericordia para con nosotros; porque si él se digna sufrir así el oprobio de la desnudéz, lo hace por nosotros y para librarnos de la terrible ignominia que hemos merecido. Pero hay una confusión

mucho más terrible para el Hijo de Dios, como dice San Buenaventura, y es la vergüenza de verse cargado con todas las deshonestidades de los hombres, y de llevar á la presencia de Dios toda la responsabilidad del castigo que ellas merecen, sin haber habido en él ni aún sombra siquiera de pecado. Qué oprobio en efecto para el Dios de la pureza, el verse así expuesto á la vista del cielo y de la tierra, como culpable de todos los pensamientos, de todas las complacencias interiores contra la santa virtud, de todos los discursos licenciosos, de todas las miradas impúdicas, de todos esos groseros trasportes de los sentidos de que se avergonzarían los mismos brutos, y que los hombres sin embargo forman un objeto de diversión y de triunfo.

PUNTO 2º

Considera la vergüenza que sentiría Jesucristo al grabarse en su espíritu y representarse en su imaginación tan pura, las disoluciones con que los cristia-

nos del siglo habían de deshonorar su cuerpo místico, es decir, la Iglesia. Estos excesos de que se vé cargado son los que más le humillan, los que le confunden y le atraviesan el corazón; y sin embargo, para expiarlos se penetra cada vez más del sentimiento de la horrible y secreta ignominia que sufre y que ofrece á su Padre, á fin de hacerle aceptar su intensidad, su mérito y su virtud. Esta inmensa confusión de Jesucristo á vista de esos pecados sensuales, que sin embargo no eran suyos, es una elocuente advertencia de la vergüenza que deben causar los pecados obscenos. Así, pues, ¡desgraciada de tí, mujer sin virtud, que llevas en tu frente la marca de la deshonestidad, y que lejos de ruborizarte de tus extravíos, haces de ellos un objeto de triunfo y de vanagloria! La vergüenza del pecado es ya una disposición para no volver á cometerlo, para detestarlo y obtener el perdón. Mas, al despojaros vosotros de esta vergüenza, habéis perdido la gracia de poder arrepentiros. Vosotros estáis en la pendiente de vuestra ruina, en el borde de un

precipicio, en la víspera del abandono de Dios. Temblad, pues, y cubríos de confusión, en vez de adormeceros en vuestras diversiones y en vuestros goces insensatos, porque sois tanto más dignos de lástima, y estáis tanto más separados de la salvación eterna, cuanto menos tembláis y menos os ruborizáis de vuestros pecados. Pedidle al Señor esta confusión y rubor interno de vuestras culpas.



15 DE OCTUBRE.

MEDITACION

SOBRE LA FLAGELACION.

PUNTO 1º

Considera como ya atado el Señor, abrazado, pegado con aquel frío mármol de la columna, está demudado su semblante, lleno de temor y temblando todo su santísimo y delicadísimo cuerpo, esperando los azotes, para que se prevenían aquellos impíos, perversos y malditos verdugos; y para que mejor y más de raíz lo consideres todo, piensa lo que dice San Bernardo, que los judíos viendo que Pilatos le mandaba azotar, para luego darle libre, se llegaron á los soldados, y les dieron dineros y les hicieron promesas, si lo mataban con los azotes; y así, que se juntasen y escogiesen los más robustos y de mayores fuerzas, y que en todo caso tirasen á matarlo. Con esta prevención señalaron seis de los más

precipicio, en la víspera del abandono de Dios. Temblad, pues, y cubríos de confusión, en vez de adormeceros en vuestras diversiones y en vuestros goces insensatos, porque sois tanto más dignos de lástima, y estáis tanto más separados de la salvación eterna, cuanto ménos tembláis y ménos os ruborizáis de vuestros pecados. Pedidle al Señor esta confusión y rubor interno de vuestras culpas.



15 DE OCTUBRE.

MEDITACION

SOBRE LA FLAGELACION.

PUNTO 1º

Considera como ya atado el Señor, abrazado, pegado con aquel frío mármol de la columna, está demudado su semblante, lleno de temor y temblando todo su santísimo y delicadísimo cuerpo, esperando los azotes, para que se prevenían aquellos impíos, perversos y malditos verdugos; y para que mejor y más de raíz lo consideres todo, piensa lo que dice San Bernardo, que los judíos viendo que Pilatos le mandaba azotar, para luego darle libre, se llegaron á los soldados, y les dieron dineros y les hicieron promesas, si lo mataban con los azotes; y así, que se juntasen y escogiesen los más robustos y de mayores fuerzas, y que en todo caso tirasen á matarlo. Con esta prevención señalaron seis de los más

feroces, y armados de azotes de varas de espino, otros hicieron azotes de cordeles, pasados de penetrantes puntas de acero, otros cogieron cadenas de hierro, con los eslabones retorcidos, y otros armados de nervios de toro, secos y retorcidos. Pien-
sa que estás viendo á estos verdugos, que con tanta diligencia se están arman-
do con ellos, y atiende al más delicado de los nacidos, atado y amarrado á aque-
lla columna, esperando este martirio. Advierte que levanta al cielo los ojos y á su eterno Padre, porque en la tierra no tenía á quien volverlos; porque quan-
tos le tenían cercado deseaban saciarse con su sangre. Compadécete de la aflic-
ción y angustia en que le ves, y ofrece tu cuerpo al Señor y pídele que se reparta este castigo entre los dos: que por cualquier azote que le escuses te ten-
dráis por muy dichoso. Mira como aque-
llos ministros de Satanás se llegaron al Señor, vibrando cada uno el azote en las manos: y como advirtieron el temblor del sacratísimo cuerpo, y el color del ros-
tro demudado y descolorido, le dijeron muchos oprobios y afrentas: sin duda le

dirían ¿qué tiembla? ¿No dice él, que es hijo de Dios? Pues dígame á Dios que le libre de nuestras manos. Diciendo esto se acercan á aquel divino y delicado cuerpo del Salvador.

PUNTO 2º

Considera como levantando los brazos aquellos inhumanos verdugos, comien-
zan á descargar sobre el delicadísimo cuerpo terribles azotes: empieza á correr la sangre en abundancia, rómpense las varas, cogen otras de nuevo y prosiguen con nuevas fuerzas hasta que se rinden: entran otros de refuerzo añadiendo heri-
das sobre heridas: el alma del Salvador batallaba por instantes con la muerte, y entre desmayos mortales, ocasionados del dolor, se le cubría de un sudor frío el santísimo rostro. ¡Mira cuál le pon-
drían! ¡Qué hinchado el pecho! ¡Qué de-
negridos, entre la sangre roja, el estó-
mago y vientre! ¡Qué ensanchadas to-
das las heridas! ¡Qué hinchados y abier-
tos los muslos! ¡Qué deforme todo el santísimo cuerpo, colgado de los brazos

y cuello en representación de moribundo! ¡Oh corazones de piedra! ¡Y qué hubiese hombres que pudiesen ver con sus ojos un tan lastimoso espectáculo, y que no solo no tuviesen compasión, sino que antes se alegraran, teniendo por consuelo el verle agonizar! ¡Oh poderosísimo Creador y Dios Eterno, que os dejáis así tratar de vuestras mismas criaturas! Que les estáis dando la vida, los bríos y las fuerzas contra vos mismo. ¿Qué se puede decir de tal bondad? ¡Oh alma mía, mira á tu dulce Jesús azotado como un esclavo; todo bañado en sangre; su cuerpo es solo una llaga y se le ven los huesos por las heridas! He aquí el Cordero de Dios dispuesto para el sacrificio; pero, Jesús mío, ¿por qué has querido sufrir un castigo tan afrentoso y cruel? Para demostrarnos tu amor; para hacernos conocer la enormidad del pecado; para lavar con tu sangre los deleites infames de la carne; para dar á Dios satisfacción de todas las deshonestidades del mundo y para convencernos de la necesidad de mortificar el cuerpo, si queremos ser sus miembros. Alma cristiana, toma en tu mano el azote

y haz justicia contra tí misma, diciendo: yo he pecado, yo debo recibir el castigo. ¿Es justo que viva sin llagas viéndolas en mi Rey? ¿Cómo entrará mi cuerpo en el cielo, si antes no le purifican los trabajos? ¡Oh santísimo Cordero! ¿qué delito habéis cometido para sufrir una pena tan cruel y una confusión tan afrentosa? ¡Oh carne virginal! ¿á qué estado te han reducido las impurezas del mundo? ¡Ah, vos pagáis en vuestra carne los criminales deleites de la nuestra! ¡Por expiar los pecados de nuestro cuerpo se presenta el vuestro dilacerado! ¡Quiero, pues, castigar mi cuerpo que ha obrado el mal; quiero privarle de todos los deleites que os han causado tantos dolores, y quisiera cubrirle de llagas para hacerle semejante al vuestro. ¡Cuán miserable soy! puedo pecar y no puedo hacer penitencia de mi pecado! ¡Dios mío! confieso mi cobardía; no tengo ánimo para castigarme á mí mismo; tomad por mí los azotes en vuestra mano; no me escuséis de azotarme en esta vida; dispuesto estoy á sufrir cuanto sea de vuestro agrado. Castigadme si lo juzgáis convenient-

te; más, castigadme como Padre y no como Juez; castigadme con amor y no con enojo; castigadme en el tiempo y no en la eternidad.



16 DE OCTUBRE.

MEDITACION

SOBRE LA CORONACION DE ESPINAS.

PUNTO 1º

Considera como los soldados del pretorio se persuadieron que Pilato, su presidente, no había dado tantas veces á Jesucristo el título de rey de los judíos sino por burla, y no fué necesario más, dice San Juan Crisóstomo, para que no contentos con haberle azotado y cubierto de heridas y de sangre, insultasen también esta soberanía que creían quimérica, vistiéndole con todas las insignias y tributándole todos los homenajes de un rey de burlas. Ellos le despojan por segunda vez de sus vestiduras, le hacen sentar sobre una piedra, figurando su trono, y principián á remedar en torno de él las oficiosidades adulatoras de los cortesanos que se disputan el honor de acercarse y servir á su soberano. ¡Ay, jamás fué la crueldad más fecunda en ingeniosos artificios para saciar su ciego fu-

te; más, castigadme como Padre y no como Juez; castigadme con amor y no con enojo; castigadme en el tiempo y no en la eternidad.



16 DE OCTUBRE.

MEDITACION

SOBRE LA CORONACION DE ESPINAS.

PUNTO 1º

Considera como los soldados del pretorio se persuadieron que Pilato, su presidente, no había dado tantas veces á Jesucristo el título de rey de los judíos sino por burla, y no fué necesario más, dice San Juan Crisóstomo, para que no contentos con haberle azotado y cubierto de heridas y de sangre, insultasen también esta soberanía que creían quimérica, vistiéndole con todas las insignias y tributándole todos los homenajes de un rey de burlas. Ellos le despojan por segunda vez de sus vestiduras, le hacen sentar sobre una piedra, figurando su trono, y principián á remedar en torno de él las oficiosidades adulatoras de los cortesanos que se disputan el honor de acercarse y servir á su soberano. ¡Ay, jamás fué la crueldad más fecunda en ingeniosos artificios para saciar su ciego fu-

ror, que en la pasión de Nuestro Señor Jesucristo! Ellos forman una trenza de varias ramas de cierto junco marino que crece en abundancia en las costas del mar Rojo, y cuyas espinas son largas, duras y agudas; con estos espinos así tejidos componen una horrible é ignominiosa diadema y se la ponen en la cabeza. Concluidos estos preparativos, se arman de palos con los que le clavan esta corona, con una violencia tal, que muy pronto las espinas atraviesan la piel, hieren el cráneo y penetran hasta el cerebro. Algunas de ellas, de una longitud extraordinaria, desgarran los tejidos delicados de su cabeza, se abren paso al través de la frente, ó salen por las narices y el paladar, por los ojos y los oídos, por las sienes y las mejillas. La sangre corre por todas partes, los cabellos y la barba se inundan, todo su rostro se cubre de ella, de modo que, según la profecía, Jesús se pone desconocido y ni aún conserva la figura humana. La cabeza, y el cerebro en particular, son las partes más sensibles del cuerpo humano; son el centro de las

sensaciones más delicadas. ¿Quién podría por consiguiente, no digo expresar, pero ni aún imaginar el dolor atroz que esta coronación bárbara hizo sufrir á aquella cabeza, herida así á un tiempo con una multitud de espinas? Mira, alma mía, el sol de la gloria eclipsado, la alegría de los bienaventurados oscurecida y afeada. ¿Dime, á vista de este espectáculo de lástimas, cuidarás ya de tu rostro, te desvelarás ya por la gala y por el aliño vano de tu cuerpo? ¡Oh eterna Majestad, bondad y hermosura incomprendible de Dios!

PUNTO 2º

Considera como Jesús ha venido al mundo para expiar todos nuestros pecados, sufriendo la pena que ellos merecían. El origen de todos nuestros pecados está en la cabeza, en la cual se forman los pensamientos de ambición, de impureza, de injusticia y de venganza. Para expiar, pues, todos los pecados de pensamiento, ha querido ser coronado de espinas; esto es, de ignominia y de do-

lor. Jesús es una víctima que debe inmolarse en holocausto y consumirse enteramente en el fuego del sufrimiento. Todo su cuerpo cubierto de llagas, solo la cabeza le quedaba sana. Fué coronada de espinas, para que no hubiese en su cuerpo parte alguna sin estar penetrada de dolor, y se verificase lo que tenía dicho, que su reino no era de este mundo. ¡Cristiano, mira á tu Rey! ¿Le conoces, con ese cetro, con esa corona, con esa púrpura? Le negaron los judíos, ¿tú le negarás también? Si tú quieres ser hijo de Dios has de ser como el Hijo de Dios, escarnecido, llagado y crucificado; preciso es llevar dos coronas, una después de otra, la de oro y la de espinas; si en este mundo llevas la corona de oro, en el otro llevarás la de espinas; y si en este mundo llevas la de espinas, en el otro ceñirás la corona de oro. Las coronas del mundo producen espinas, y las espinas de Jesús producen preciosas coronas. ¿Quieres verte coronado de gloria y de deleite, en presencia de tu Rey coronado de ignominia y de dolor? ¿Debe ser delicado un

miembro bajo una cabeza coronada de espinas? Los miembros viven por la influencia de la cabeza. ¿Qué influencia pueden esperar de una cabeza coronada de espinas, sino dolores y penas? En la tierra hay tres suertes de espinas que nos hacen sentir dolor. Espinas de los pecados, espinas de las tentaciones y espinas de la penitencia. Las espinas del pecado traspasan y quitan la vida al corazón; las espinas de las tentaciones turban y atormentan el alma; las espinas de la penitencia afligen el cuerpo. Las espinas del pecado son crueles, sangrientas y mortales; las espinas de las tentaciones son peligrosas, las espinas de la penitencia son saludables y producen rosas en todas las estaciones del año. Pídele al Señor que estas espinas penetren tu corazón.



17 DE OCTUBRE. MEDITACION

SOBRE EL MISMO ASUNTO DE LA CORO-

NACION DE ESPINAS.

PUNTO 1º

Salid, hijas de Sión y mirad al Rey Salomón con la corona con que le coronó su madre, en el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón. Alma mía ¿qué haces? Corazón mío ¿qué piensas? Lengua mía ¿cómo has enmudecido? ¿Cuál corazón no revienta? ¿Cuál dureza no se ablanda? ¿Qué ojos pueden detener sus lágrimas teniendo delante de sí tal figura? ¡Oh dulcísimo Salvador mío! Cuando yo abro los ojos y miro este espectáculo tan doloroso que aquí se me pone por delante, ¿cómo no se me parte el corazón de dolor! Veo esa delicadísima cabeza, delante de la cual tiemblan los poderes del cielo, traspasada con crueles espinas. Veo escupido y abofeteado ese rostro divino, oscurecida la lumbre de

esa frente clara, cegados con lluvia de sangre esos ojos serenos. Veo los hilos de sangre que gotean de la cabeza, descienden por el rostro y borran la hermosura de esa divina cara. Pues ¿cómo, Señor, no bastaban ya los azotes pasados y la muerte venidera, y tanta sangre derramada, sino que por fuerza habían de sacar las espinas la sangre de la cabeza, á quien los azotes habían perdonado? Si por denuestos y bofetadas lo hacías para satisfacer por las que yo te dí pecando ¿ya no habías recibido muchas? Si sola tu muerte bastaba para redimirnos ¿para qué tantos ensayos? ¿para qué tantas invenciones y maneras de vituperios? ¿Quién jamás oyó ni leyó tal manera de corona ni tal linaje de tormentos? Bien veo, Señor mío, que no eran estas injurias necesarias para mi remedio: bastaba para esto una sola gota de tu sangre. Mas, eran convenientísimas para que me declarases la grandeza de tu amor, para que me ligasen cadenas de perpétua obligación; para que confundieses los atavíos y galas de mi vanidad, y me enseñases por aquí el menoscprecio

de la gloria del mundo. Mas, para que sientas algo de este paso tan doloroso, pon primero, ante tus ojos, la imagen antigua de este Señor y la excelencia de sus virtudes, y luego vuelve á mirarlo de la manera que está. Mira la grandeza de su hermosura y la modestia de sus ojos, la dulzura de sus palabras, su autoridad, su mansedumbre, su serenidad y aquel aspecto suyo de tanta veneración. Mírale tan humilde para con sus discípulos, tan blando para con sus enemigos, tan grande para con los soberbios, tan suave para con los humildes y tan misericordioso con todos. Considera cuan manso fué siempre en el sufrir, cuan sabio en responder, cuan piadoso en juzgar, cuan misericordioso en recibir y cuan benigno en perdonar. Y después que así lo hubieses mirado y deleitádote de ver una figura tan acabada, vuelve los ojos para mirarle cubierto con aquella púrpura de escarnio, aquella caña por cetro real en la mano, y aquella horrible diadema en la cabeza; aquellos ojos mortales, aquel rostro difunto, aquella figura toda borrada con la sangre y

afeada con las salivas que estaban esparcidas por todo el rostro. Mírale todo dentro y fuera; el corazón atravesado con dolores, el cuerpo lleno de llagas, desamparado de sus discípulos, perseguido de los judíos, escarnecido de los soldados, despreciado por los Pontífices, acusado injustamente y desamparado de todo favor humano.

PUNTO 2º

No pienses, alma mía, esto como cosa pasada, sino como presente; no como ajena sino como propia. Ponte en lugar del que padece y mira lo que sentirás, si en una parte tan sensible como es la cabeza te hincasen las espinas y te penetrasen hasta los huesos. ¿Y qué digo espinas? Una sola punta de un alfiler que fuese no lo podrías sufrir. Pues ¿qué sentiría aquella delicadísima cabeza con este género de tormento? Pues ¡oh resplandor de la gloria del Padre! ¿quién te ha maltratado? ¡Oh Espíritu sin mancha de la Majestad de Dios! ¿quién te ha manchado tanto? ¡Oh río que sales del Paraíso

de deleites y alegras con tus corrientes la ciudad de Dios! ¿quién ha enturbiado esas tan serenas y tan dulces aguas? Mis pensamientos criminales y deshonestos, Señor mío, las han enturbiado, mis deseos desarreglados las han oscurecido. ¡Ay de mí, pobre y miserable! ¡ay de mí! ¿Y qué tal habrán dejado las imaginaciones torpes á mi alma, cuando tal dejaron las ajenas á la fuente clara de toda hermosura? Mis pensamientos criminales son, Señor, las espinas que te punzan: mis locuras, la púrpura que te escarnece: mis hipocrecías y fingimientos, las ceremonias con que te desprecian los soldados: mis atavíos y vanidades la corona con que te coronan. Yo soy tu verdugo, yo soy la causa de tu dolor. Se lee que el rey Ezequías mandó limpiar el templo de Dios, porque estaba profanado por los malos, y toda la inmundicia la arrojó en el torrente Cedrón. Yo, Señor, soy el templo vivo, que los demonios han profanado y ensuciado con infinitos pecados; tú eres el cristalino río, más hermoso que el torrente de los cedros, que sustentas con tus corrientes

toda la hermosura de los cielos. Pues allí son lanzados todos mis pecados, allí desaparecen mis maldades. Porque con el mérito de esa caridad inefable con que te inclinaste á tomar sobre tí todos mis males, no solo me libraste de ellos, más también me hiciste participante de tus bienes: porque tomaste mi muerte y me diste tu vida: tomaste mi carne y me diste tu espíritu: tomaste sobre tí mis pecados y me diste tu gracia. ¡Redentor mío! todas tus penas son tesoros y riquezas mías. Tu púrpura me viste: tu corona me honra: tus cardenales me hermosean; tus dolores me regalan: tus amarguras me sustentan: tus llagas me sanan: tu sangre me enriquece: tu amor me embriaga. Con la púrpura encendida en que arde tu corazón sostienes esa púrpura de escarnio: con la compasión de mi aprovechamiento, esa caña en la mano y mis pensamientos criminales hacen que ostentes esa corona de compasión.



18 DE OCTUBRE.

MEDITACION

SOBRE LA CRUZ A CUESTAS.

PUNTO 1º

Considera como acabada la coronación y escarnio del Salvador, lo tomó el Juez por la mano, así como estaba tan mal tratado, y sacándolo á vista de aquel pueblo furioso, les dijo: «*Ecce Homo.*» Mirad aquí al hombre, como si dijera: si por envidia le procurasteis la muerte, vedlo aquí tal, que no está para tenerle envidia sino lástima. ¿Temiáis que se hiciese Rey? Vedle aquí tan desfigurado, que apenas parece hombre. ¿Qué teméis de estas manos atadas? ¿Qué demandáis de este hombre azotado? Por aquí puedes entender alma mía, que tal saldía entonces el Salvador, pues el Juez creyó que bastaba la figura que allí tenía para quebrantar el corazón de sus enemigos. En lo cual puedes entender cuan mala cosa sea, no tener un cristia-

no compasión de los dolores de Cristo, pues ellos bastaban, según el Juez creyó, para ablandar unos fieros corazones. Donde hay amor hay dolor. Pues ¿cómo dice que tiene amor de Cristo, quién no tiene compasión de él, viéndolo en tal figura? Y si tan grande mal es no compadecerse de Cristo ¿qué será acrescentar sus martirios y añadir dolor á su dolor? No pudo haber mayor crueldad en el mundo, que después de mostrada por el Juez tal figura, responder sus enemigos aquella tan cruel palabra: «¡Crucifícalo, Crucifícalo!» Pues si tan grande fué esta crueldad, ¿qué será la de un cristiano, que con las obras dice otro tanto, ya que no lo diga con las palabras? ¿No dice San Pablo, que el que peca vuelve otra vez á crucificar al Hijo de Dios, pues cuanto está de su parte hace cosa que le obligaría otra vez á morir, si la muerte pasada no bastara? Considera que así el Juez presentó aquella figura tan lastimera á los judíos, creyendo que no había otro medio más eficaz, así el Padre Eterno la representa á los pecadores, entendiendo que no hay otro me-

dio más poderoso para apartarlos del pecado, que ponerles delante tal figura. Has, pues, cuenta que presentándote á su Hijo te está diciendo: «*Ecce Homo*:» como si dijese: Mira este hombre cual está; acuérdate que es Dios y que está de la manera que aquí le ves, no por otra causa sino por los pecados del mundo. Mira en que estado lo pusieron. Mira cuan aborrecible es á Dios el pecado, pues de tal manera puso el Señor la cara de su Hijo para destruirlo. Mira la venganza que tomará Dios del pecador por sus pecados propios, que tal la tomó de su Hijo por los ajenos. Mira, finalmente, el rigor de la justicia divina y la malicia del pecado, la cual tan espantosamente resplandece en la cara de Cristo. ¿Pues qué más se podía hacer para que los hombres temiesen á Dios y aborreciesen el pecado?

PUNTO 2º

Considera como Pilato, viendo que nada bastaba para amansar el furor de los enemigos de aquel Santo Cordero, entró

en su tribunal para dar final sentencia en aquella causa. Estaba ya á las puertas preparada la cruz, y asómaba por lo alto aquella temerosa bandera, amenazando á la cabeza del Salvador. Dada ya y promulgada la sentencia cruel, salió el Rey del mundo cercado de sayones, y así que vió enarbolado el sacrosanto madero, y que le estaban esperando con él, tomó grande aliento y fuese á él con alegría, diciéndole mil palabras dulces como piadosamente podemos creer. ¡Oh cruz santa y preciosa, por mi tanto tiempo buscada, tantas veces deseada, con ardiente afecto solicitada, y ya con grande gloria para mí preparada! Ven, descanso mío, alivio único de mis abrasadas ansias, fin glorioso de mis tormentos, dolores y fatigas, principio de mi gloria, cetro de mi reino, triunfo de mis victorias, insignia de mis capitanes y estandarte real de mis ejércitos. Ven ahora á mis brazos, amada mía, y luego me recibirás en los tuyos; descansa tú ahora en mí, que luego descansaré yo y dormiré en tí. Y en esto se abrazó con la cruz con grande alegría y la besó con

gran ternura, dejando espantados á los ministros de la maldad. ¡Oh alma mía! no dudes de que estos y otros muchos requiebros diría el Señor á su cruz, enamorándola y engrandeciéndola, para que los cristianos enamorados de ella, no la desprecien. ¡Ea! no tengas en poco tan soberana prenda; y pues que el Señor tanto la ama, bien debe ser amada de sus criaturas, solicitada de sus amigos y estimada de todos los que desean salvarse. Por la cruz fuiste redimido, y por la cruz has de conseguir la salvación. Abrázate, pues con ella, á imitación de tu Dios: cárgala con su divina Majestad, siguiendo sus pisadas, por la negación propia de tí mismo, y así serás compañero del Señor en sus glorias, puesto que lo acompañas en sus penas. Mira, pues, á los verdugos que con feas y malas palabras ponen sobre los hombros molidos el madero de la cruz, que comunmente se cree tenía quince palmos de largo y ocho de brazos, gruesísimo y fuera de ser grueso era muy tosco y muy pesado, porque, como dice San Gregorio Nice-
no, era de encina y el Señor con gran-

de valor é inaudita humildad, no obstante que estaba con mortal flaqueza, inclinó sus hombros y recibió áuestas aquella carga pesadísima, en donde estaban encerrados todos los cargos del linaje humano. ¡Oh grande espectáculo! exclama el gran Padre de la Iglesia San Agustín. Si se atiende á la impiedad con que lo llevaban no puede imaginarse mayor afrenta; si se mira la piedad del que llevan, es un inefable misterio; porque allí se vé al inocentísimo Abel, á quien la envidia de Caín saca al campo para quitarle la vida: allí se vé la obediencia de Isaac con la leña áuestas, caminando al monte en que ha de ser sacrificado: allí se vé á Jacob con la escala preparada para que por ella suban los hombres al cielo. ¡Alma mía, sigue á tu Dios, abrázate de tu cruz, pues él mismo ha dicho: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.»



19 DE OCTUBRE. MEDITACION

SOBRE EL MISTERIO DE LA CRUZ A CUESTAS.

PUNTO 1º

Considera á Jesucristo llevando sobre sus hombros sangrientos y lacerados la cruz; cae bajo su peso, y le dan bofetadas, [palos y puntapiés para que se levante; pero le faltan las fuerzas. Estas caídas misteriosas nos enseñan, dice el gran Padre San Agustín, á postrarnos á los pies de Jesucristo, á sacrificarle nuestro miserable orgullo, á humillarnos, haciéndonos enfermos ante esta Divinidad que se hizo voluntariamente enferma, y obligar á ese Dios poderoso en su abatimiento á que nos alargue una mano compasiva para levantarnos. ¡Oh caída prodigiosa! Oh desfallecimiento milagroso del Salvador, pues mirándolo los judíos caer por tierra y temiendo muriese en el camino y quedasen frustrados sus depravados deseos de verle clavado en la cruz, cuando ¡oh decretos admira-

bles de la Providencia! en aquel momento se presenta un hombre de Cyrene, llamado Simón, que volvía del campo y pasaba casualmente por aquel camino en donde permanecía la Santa Víctima, el cual viéndolo los judíos le obligaron á que ayudara á llevar la cruz á nuestro divino Redentor, á pesar de sus repugnancias. Mirad en la persona del Cireneo á muchos cristianos que están animados de los mismos sentimientos, pues se avergüenzan de llevar la cruz de Jesucristo. Cosa sorprendente, exclama San Cirilo, el Hijo de Dios no se avergüenza de cargar la cruz que habíamos merecido, y nosotros, desventurados, é ingratos nos ruborizamos de llevar la cruz que Jesucristo santificó. ¿Nosotros rehusamos sufrir las molestias más leves por amor á Jesucristo? Desgraciados de nosotros si de tal manera obramos. No nos avergonzemos en llevar tan soberana prenda: el Señor la ama mucho y debe ser amada y solicitada de todas sus criaturas: por ella fuimos redimidos y por ella hemos de conseguir nuestra salvación eterna. Abrazémonos de la

Cruz como se abrazó el Cireneo á pesar de sus repugnancias: ya el Señor la santificó al tomarla. No, no temamos el grito que del mundo puede levantarse, pues para él se convertirá en eterna confusión. Acordémonos de lo que dice el Apóstol San Pablo: «Desgraciados de aquellos que por no desagradar al mundo, no se atreven á aparecer como cristianos y se conducen como enemigos declarados de la cruz de Jesucristo.» No permita el Señor que nos gloriemos en otra cosa sino en la Cruz de Jesucristo.

PUNTO 2º

Vuélvete alma mía á tu Salvador que prosigue su trabajoso camino, bañando la tierra con la sangre que corría de las llagas oprimidas con el tórculo ó viga de la pesada Cruz. ¡Oh sangre de Dios vivo, sangre de infinito valor! ¡Como estáis mezclada con el lodo de las calles, y pisadas de vilísimos piés! ¡Oh ángeles del cielo! ¿Cómo no bajáis á la tierra á recoger esta preciosísima sangre? ¿Có-

mo no ayudáis á llevar la pesada Cruz, intolerable á las desmayadas fuerzas de vuestro desalentado Rey? ¿Cómo no oponéis vuestras santas bendiciones y alabanzas á las blasfemias con que le maldicen los judíos? ¿Cómo sufrís que el Señor que está en el cielo, en medio de las dos divinas Personas, rodeado de celestiales jerarquías, esté en la tierra entre malhechores, y en medio de ellos coronado de espinas, como Rey de los más facinerosos? Sí bien mayor sin duda fué el sentimiento, al encontrarse con su divina Madre. ¡Oh dolorosísimo encuentro! La Madre Santísima, luego que tuvo la funesta noticia, corrió á ver á su Hijo, dándole el amor las fuerzas y aliento, que le quitaba el dolor. Veía por el camino las gotas de la sangre, que le sirvieron de guía para conducirse al Calvario, donde se encontró con su Hijo, y se miraron los dos cara á cara. ¡Oh Dios, con qué pasmo y dolor de ambos! Callaban las lenguas, más, hablaban los corazones; y con la lastimosa vista de los ojos se traspasaban recíprocamente las almas atormentadas. Decía con los

afectos del corazón el Hijo: ¿Para qué venís aquí, Madre mía, á aumentar mi dolor? Bien conozco que mi pasión es la vuestra, pero también vuestro dolor es mío. Yo con esta cabeza coronada de espinas traspaso vuestro corazón: vos con vuestro corazón anegado con tantos afanes, me dobláis las penas. Volved ¡oh Madre mía! á vuestro retiro, que no conviene á vuestra pureza esta compañía de ladrones y verdugos. ¡Volved, ¡oh purísima paloma! al arca de vuestro albergue, hasta que cesen las aguas de este diluvio, porque aquí no hallaréis donde descansen vuestro pié. Más, á esto respondía el corazón de la Madre: ¡Oh mi queridísimo Hijo! ¿por qué me mandáis que yo me retire de vos? ¿Dónde puedo hallar conforte, sino en vuestra presencia? Vuestra vida es mi vida, sean, pues más vuestras penas: permitid que mis lágrimas acompañen á vuestra sangre; quiero ser crucificada con vos y morir con vuestra muerte. Vivir sin vos me será más duro y amargo que el morir; y el morir con vos me será premio de haberos dado la vida. Estos sentimientos se

repetirían allá en sus corazones la Madre y el Hijo, y con tan dolorosos afectos proseguían el camino, hasta llegar al lugar del sacrificio.



20 de Octubre.

MEDITACION

SOBRE LA CRUCIFIXION DE JESUCRISTO.

PUNTO 1º

Hemos venido, alma mía, al Santo Calvario y llegado á la cumbre del misterio de nuestra separación. ¡Oh cuán maravilloso es este lugar! Verdaderamente esta es casa de Dios, puerta del cielo, tierra de promisión y lugar de salud. Aquí está plantado el árbol de la vida; aquí está sentada aquella escala mística que vió Jacob, que junta al cielo con la tierra, por donde los ángeles descienden á los hombres, y los hombres suben á Dios. Considera como habiendo barrenado la Santa Cruz, le mandan al Señor de la majestad aquellos impíos, se tienda sobre ella. Obedece el Señor al punto, y sin dilación extendiendo sus manos y alzando los ojos al cielo ofreció al Eterno Padre su vida en sacrificio por el remedio del género

humano. Y como Isaac, atado sobre el haz de la leña, estaba esperando la herida de su padre, así Cristo sobre la Cruz aguardaba los golpes de los verdugos. Allá Dios, satisfecho con la buena voluntad de Abraham hizo que el angel le detuviese la espada, para que no descargase el golpe; acá queriendo la perfecta y cumplida ejecución, permitió que los sayones desahogasen toda su rabia contra su Hijo; y así con duros y gruesos clavos empezaron á dar martillazos, como si los dieran sobre un yunque, para atravesar una mano, que por la vehemencia del dolor, habiendo encogido los nervios obligó á aquellos crueles verdugos que estirasen con mayor fuerza la otra mano hasta que llegase al agujero señalado. Aquí se descoyuntaron los huesos con horrible tormento, como lo había profetizado el Salmista: «Taladraron mis manos y piés y se podían contar todos mis huesos.» Aun más que las manos padecieron en este tormento los sagrados piés, por la junta de los nervios y grosedad de los huesos, y por el estiramiento de todos los miembros; y así di-

jo el Redentor á Santa Brígida, que este fué el mayor dolor que había padecido. Clavado de esta suerte el Señor, levantaron con furia la Cruz, y con ímpetu la dejaron caer en el hoyo cavado en el monte, para que el cuerpo pendiente se descoyuntase y quebrantase todo y se abrieran más las heridas de las manos y piés. Apareció entonces el Rey de la Gloria desnudo, solo cubierto con su sangre, á los ojos de aquel pueblo insolente que, en lugar de moverse á piedad, alzaba el grito para mofarle y escarnecerle. «Si eres Hijo de Dios, desciende de la Cruz.» ¡Oh qué doloroso espectáculo ver al Salvador pendiente de una Cruz, señalado desde la cabeza á los piés con atrocísimas llagas! Carga el peso del cuerpo sobre los piés, y los clavos abren más las heridas y descoyuntan los huesos. Si se quiere sostener en los brazos, crecen las bocas de las manos, y se estiran más los nervios. Si se mueve la sangrada cabeza en la Cruz se clavan más en el casco las espinas. Si inclina la cabeza hácia el pecho, repara que aquella escuadra de sayones y vil

turba, con visages y gestos le está mofando; la boca llena de amargura con la hiel; los ojos cubiertos de sangre; las mejillas acardenaladas por los golpes; todos los miembros están padeciendo, y cada uno su especial tormento, sin que pueda socorrer el uno al otro un recíproco dolor; sobre todo, corren de las manos y piés cuatro arroyos de sangre que son como los cuatro ríos del Paraíso terrenal que salían á regar toda la haz de la tierra.

PUNTO 2º

Jesús fué crucificado en el cuerpo y en el alma: en su cuerpo, sobre la cruz; en el alma en el corazón de María. María fué crucificada espiritualmente en su alma y corporalmente en la carne de su Hijo. El amor imprimía en su corazón las llagas que los verdugos hacían en el cuerpo de Jesús. Las que no eran mortales para el Hijo, lo eran para la Madre. ¡Oh Hija de Sión! ¿á quién te compararé? Vuestros dolores no tienen ejemplo, solo pueden compararse con los

de vuestro Hijo: no hay otros que excedan á los vuestros. Jesús es el Rey de los mártires, y vos sois la Reina. Jesús es el Varón de dolores, y vos una Madre de penas. Alma cristiana, vé con María al Calvario; toma parte en su aflicción; mezcla tus lágrimas con las suyas y considera el exceso de sus dolores. Está en pié junto á la Cruz. ¡Qué fortaleza! ¡Qué virtud! ¡Qué constancia! Suplícale que te admita en el número de sus hijos y será segura tu salvación. Imita su paciencia; procura ser un digno hijo de esta Madre; necesario es estar al pié de la Cruz para merecer este honor; allí adopta á los que le ha consignado su divino Hijo. No renueves sus dolores, no aumentes su aflicción: cuando pecas mortalmente crucificas de nuevo en tu corazón á su Hijo; le quitas una vida que le es más amada que la que perdió en la Cruz. ¡Cuánto más doloroso le es esta muerte! Afliges, pues, el corazón del Hijo y de la Madre, la cual consintió en la muerte corporal de su Hijo; más, no puede consentir en la muerte espiritual

que le das en tu alma. La primera nos ha dado la vida, la segunda nos causa la muerte. María no se quejó de los judíos, aunque crueles é injustos; pero de tí, cuanto motivo tiene para quejarse. Sufre, pues, á su imitación todas las penalidades de cuerpo y alma; mantente como ella constante, sin dejarte abatir por el dolor; no te quejes de las órdenes de Dios, aunque te parezcan severas, y acércate á Jesús crucificado y oirás que te dice: «Hijo, he ahí á tu Madre; Madre, he ahí á tu Hijo.» Entra en este divino parentesco. ¿No quieres ser de la familia de Jesucristo? Tú lo serás cuando seas de María ¡Oh Virgen santísima y afligidísima! ¡Oh Reina de los mártires y Madre de dolores! imprimid en mi corazón las llagas de vuestro Hijo; enclavadme fuertemente en su Cruz, y haced que participe de sus tormentos. Si yo soy culpable, debo padecer; si soy inocente, debo imitaros. Traspasad mi corazón con el cuchillo de dolor que traspasó el vuestro. Haced que yo beba en el cáliz amargo, en que con vuestro Hijo bebisteis la hiel y vinagre. Os su-

plico encarecidamente que me asistáis en la hora de mi muerte, como asististeis á la de vuestro Hijo, y que recibáis mi alma en vuestras manos para presentarla al que me la dió.



21 DE OCTUBRE. MEDITACION

SOBRE LAS SIETE PALABRAS QUE DIJO JESU-
CRISTO EN LA CRUZ.

PUNTO 1º

Jesús permanece en la Cruz mucho tiempo sin quejarse de sus dolores y sin proferir una sola palabra. La sangre de Abel pedía venganza, la sangre de Jesucristo pide gracia y misericordia por los mismos que la derraman. En sus más acerbos penas ruega por sus mortales enemigos y cuando le insultan en sus tormentos excusa su pecado, disminuye su malicia haciendo el oficio de abogado por los que le acusan falsamente, le juzgan con pasión, le condenan por malignidad y le crucifican con la mayor injusticia entre dos ladrones. Olvidándose de sus males, piensa en los que le hacen morir, «¡Padrel perdónalos, dice, que no saben lo que hacen.» Guarda silencio, alma cristiana, cuando te halles en cruz. No te quejes de tus males, no pierdas el

plico encarecidamente que me asistáis en la hora de mi muerte, como asististeis á la de vuestro Hijo, y que recibáis mi alma en vuestras manos para presentarla al que me la dió.



21 DE OCTUBRE. MEDITACION

SOBRE LAS SIETE PALABRAS QUE DIJO JESU-
CRISTO EN LA CRUZ.

PUNTO 1º

Jesús permanece en la Cruz mucho tiempo sin quejarse de sus dolores y sin proferir una sola palabra. La sangre de Abel pedía venganza, la sangre de Jesucristo pide gracia y misericordia por los mismos que la derraman. En sus más acerbos penas ruega por sus mortales enemigos y cuando le insultan en sus tormentos excusa su pecado, disminuye su malicia haciendo el oficio de abogado por los que le acusan falsamente, le juzgan con pasión, le condenan por malignidad y le crucifican con la mayor injusticia entre dos ladrones. Olvidándose de sus males, piensa en los que le hacen morir, «¡Padrel perdónalos, dice, que no saben lo que hacen.» Guarda silencio, alma cristiana, cuando te halles en cruz. No te quejes de tus males, no pierdas el

fruto de las penalidades y trabajos, ruega por tus enemigos; olvida las injurias que te han hecho, excusa su intención cuando no puedes sus acciones. Pero sigue la misericordia del Salvador, mira como se olvida de sus tormentos, para escuchar los ruegos de un ladrón; le perdona sus pecados; le promete el paraíso luego que espire, y se lo promete con juramento. ¡Oh Príncipe incomparable! lejos de mostrarse celoso de su corona quiere en su reinado asociarse á un ladrón. Cuán liberal es este Señor que recompensa con tanta magnificencia á sus siervos. ¡Cuán dulces son á un enfermo estas palabras: «¡Hoy serás conmigo en el Paraíso! Señor, yo os digo con aquel grande penitente: «No os olvidéis de mí ahora que os halléis en vuestro Reino.» Bien merezco el mal que sufro, pero vos ¿qué pecado habéis cometido? Señor, que yo os oiga decir, en la hora de mi muerte: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso.» La Madre de Jesús presencia todo esto y asiste á su muerte. ¿Qué pecado ha cometido para que participe de su suplicio? ¿Qué mayor tormento para un hijo

que el morir en presencia de su madre? ¿Qué madre se puede comparar con María? ¿Qué hijo con Jesús? ¿Qué tormento iguala al de la Cruz? Dios quiere que la Santísima Virgen esté al pié de la Cruz y sacrifique á su Hijo único, para que repare la culpa de Eva que nos arruinó á todos comiendo de la fruta vedada; para que aumente los dolores de su Hijo con su presencia y participe de su aflicción; para que bebiendo en su mismo cáliz, sea la Reina de los mártires, así como era su Hijo el Rey de ellos; y que coronada también de oprobios y de ignominias, reciba por hijos á todos los predestinados que le han sido consignados en la persona de San Juan, por estas palabras: «Mujer, he ahí á tu Hijo: he ahí á tu Madre.» María padeció todo lo que sufría su Hijo. Los mártires padecieron en el cuerpo, y María en el alma; los mártires en una carne culpada y María en la carne inocente de su Hijo; el corazón de los mártires estaba enchido de gozo, el corazón de María penetrado de tristeza, el amor disminuía en los mártires sus tormentos, y el amor

acrecentaba los dolores de María; y se puede decir que no hay dolor comparable al dolor de María.

PUNTO 2º

«¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me habéis abandonado? ¡Cuán terrible es un desamparo, que hace gemir á un Dios, y le hace llorar, que le obliga á lamentarse delante de sus enemigos que lo oyen como un triunfo; en presencia de mucha gente que puede con esto creer que no es Hijo de Dios sino un malvado, que su Padre lo abandona! Jesús no quedó jamás privado ni de gracia ni de gloria. La Divinidad no se separó jamás de su Humanidad. Jesús fué siempre santo, siempre bienaventurado, siempre Dios. Este desamparo, pues, tan terrible, era una suspensión de los auxilios y consolaciones sensibles que la Divinidad comunicaba á su Humanidad; era una sombra y figura de las penas que siente un pecador en el infierno, en donde se halla abandonado de Dios. ¡Dios mío, no me abandonéis, aunque yo os ha-

ya abandonado muchas veces! Poco después dijo: «Tengo sed,» entonces por medio de una vara, le ofrecieron una esponja mojada en vinagre, diciendo: «Si tú eres Rey de los judíos, sálvate á tí mismo.» Este vinagre dan á beber á Cristo los que pasan sus mejores días en servir al mundo, reservando para la muerte ó para después de pasada la juventud su conversión! ¡Qué injusticia! Como si todos los días que el Señor nos concede no fueran dados para servirle y amarle. Después de haber gustado Jesús el vinagre, dió una grande voz, y dijo: «Todo está consumado.» Como si dijera: está ya cumplido todo lo que el Padre me ha mandado. Satisface á su justicia. Quedan cumplidos los vaticinios de los Profetas. Pondera como perfeccionó el Señor la obra de la Redención. Poco aprovecha comenzar la obra buena si no se concluye. ¿Cuántas veces has comenzado á servir á Dios y has vuelto á tus vicios? Contempla como dirigiendo sus palabras á Dios, dijo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu,» y al punto inclinando la cabeza espiró. Padre,

esta es la palabra de confianza y amor: no podrás decirla en tu muerte, si no vi-
ves como hijo amante: «en tus manos»
en que se halla el descanso y quietud
verdadera: aquella quietud que disfrutan
los que viven resignados en la voluntad
divina: «encomiendo mi espíritu» no el
cuerpo que quedará en un sepulcro; no
los bienes terrenos que perecen; sino el
espíritu que ha de durar eternamente.
Diciendo esto murió Jesucristo que vino
á buscar las ovejas que perecían en el
mundo. Murió Jesucristo verdadero Rey
de reyes y Señor de señores. Murió Je-
sucristo, cuya vida estuvo llena de prodigios,
á cuyas luces cerró voluntariamente los ojos la
sinagoga ingrata. Murió Jesucristo, en quien
solamente se halla honor, consuelo, riqueza y
galardón perpétuo. Llorá, alma, la muerte de Je-
sús. Mírale ya sin vida, sin respiración,
sin movimiento. ¿Cómo están enjutos tus ojos?
¿Cómo no se liquida tu corazón con la pena?
¿Cómo no te retiras á un desierto, á llorar tan
dolorosa muerte? ¿Dónde está el amor? ¿Dónde la
gratitud?

22 de Octubre.

MEDITACION

SOBRE LA RESURRECCION DE JESUCRISTO.

PUNTO 1º

Resucitó Jesucristo, saliendo de su se-
pulcro ya glorioso é impasible; venció
á la muerte, ha triunfado del demonio
y quebrantado las puertas del infierno,
ha tomado las almas del Limbo, y ha-
biendo confundido á los judíos, victorio-
so de todos sus enemigos, goza ahora de
una vida gloriosa. Alma mía, no llores
más, Jesús ha recobrado una nueva vida;
ya no morirá en su cuerpo; pero guárdate
bien de hacerle morir en tu corazón, Je-
sús ha resucitado en nuestras almas; ha
vuelto á entrar en el reino de nuestros
corazones, y arrojando al demonio que se
había apoderado de ellos, triunfó del pe-
cado que nos tenía esclavos, y habita en
nosotros por su gracia, vive en nosotros
con su espíritu, reina con su amor y repo-

esta es la palabra de confianza y amor: no podrás decirla en tu muerte, si no vi-
ves como hijo amante: «en tus manos»
en que se halla el descanso y quietud
verdadera: aquella quietud que disfrutan
los que viven resignados en la voluntad
divina: «encomiendo mi espíritu» no el
cuerpo que quedará en un sepulcro; no
los bienes terrenos que perecen; sino el
espíritu que ha de durar eternamente.
Diciendo esto murió Jesucristo que vino
á buscar las ovejas que perecían en el
mundo. Murió Jesucristo verdadero Rey
de reyes y Señor de señores. Murió Je-
sucristo, cuya vida estuvo llena de prodigios,
á cuyas luces cerró voluntariamente los ojos la
sinagoga ingrata. Murió Jesucristo, en quien
solamente se halla honor, consuelo, riqueza y
galardón perpétuo. Llorá, alma, la muerte de Je-
sús. Mírale ya sin vida, sin respiración,
sin movimiento. ¿Cómo están enjutos tus ojos?
¿Cómo no se liquida tu corazón con la pena?
¿Cómo no te retiras á un desierto, á llorar tan
dolorosa muerte? ¿Dónde está el amor? ¿Dónde la
gratitud?

22 de Octubre.

MEDITACION

SOBRE LA RESURRECCION DE JESUCRISTO.

PUNTO 1º

Resucitó Jesucristo, saliendo de su se-
pulcro ya glorioso é impasible; venció
á la muerte, ha triunfado del demonio
y quebrantado las puertas del infierno,
ha tomado las almas del Limbo, y ha-
biendo confundido á los judíos, victorio-
so de todos sus enemigos, goza ahora de
una vida gloriosa. Alma mía, no llores
más, Jesús ha recobrado una nueva vida;
ya no morirá en su cuerpo; pero guárdate
bien de hacerle morir en tu corazón, Je-
sús ha resucitado en nuestras almas; ha
vuelto á entrar en el reino de nuestros
corazones, y arrojando al demonio que se
había apoderado de ellos, triunfó del pe-
cado que nos tenía esclavos, y habita en
nosotros por su gracia, vive en nosotros
con su espíritu, reina con su amor y repo-

sa allí con su paz. Toda la Iglesia ha resucitado con Jesucristo, todo su cuerpo está fuera del sepulcro: todos sus miembros se han reanimado con el espíritu de Dios. ¡Oh Jesús, divino Salvador mío! no subáis tan pronto al cielo; quedaos todavía con nosotros para corroborar nuestra fé, nuestra esperanza y nuestra caridad; pero ya sale el león de su caverna y asecha á mi alma para devorarla; ya comienzan á revelarse mis pasiones, despiértanse los hábitos viciosos, el mundo toma las armas y mi carne recobra sus fuerzas ¡Oh Jesús! no está vuestra vida segura sobre la tierra; maquinan vuestra muerte; quieren renovar vuestras penas, todos los impíos claman que os quiten, que seáis arrojado de los corazones, que se os crucifique de nuevo. Defendeos, Señor, y no permitáis que os quiten la vida que tenéis ahora en nuestros corazones. ¡Oh cristianos ingratos é infieles! ¿ya no conocéis á aquel Jesús que vosotros habéis crucificado? ¿Habéis llorado su muerte y ahora que ha resucitado, pensáis quitarle nuevamente la vida? ¿Apa-

rejáis azotes para dilacerarle, espinas para coronarle y Cruz para enclavarle? ¿Qué ha hecho para que sea otra vez crucificado? ¿Es un delito haberle amado? ¿Merece la muerte por habernos salvado? ¡Alma mía! no llores más: Jesús ha recobrado la vida, ya no morirá en tu corazón, si tu pecado no le hace morir.

PUNTO 2º

Considera como luego que resucitó el Salvador fué á visitar á su Madre, la primera de todos los mortales, como lo creen la mayor parte de los santos. Y para hacer esta consideración apartemos nuestros ojos del Señor para ponerlos en la Reina de los ángeles y ver como está y que dice. Considerémosla sola y la más afligida de todas las criaturas y en medio de su aflicción la oiremos que clama por su divino Hijo y dice: «¡Padre clementísimo! ¡Padre dulcísimo! ¡Padre de misericordias y Dios de todo consuelo, atended á mi desamparo y consolad esta

aflicta esclava vuestra! ¡Oh Hijo mío dulcísimo! ¿qué es de vos? ¿En dónde estáis? ¿Qué os detiene? ¿Como no visitáis á vuestra Madre? Vos me distéis palabra que al tercer día habías de resucitar, pues, ¿no ha llegado ya ese día? ¿no fué antes de ayer aquel día grande, y en grande manera para mí amargo, día de calamidad, tristeza y miseria, día de tinieblas y oscuridades, día de muerte, día de dolor y día de apartamiento doloroso? Este día ya pasó y ya estamos en el tercero. ¡Ea pues, gloria de mi alma! levantaos de ese sepulcro: venid, único consuelo mío y todo mi bien, única esperanza mía; consolad volviendo á la que habéis dejado en mortales agonías muriendo. ¡Volvedme, vida mía, la vida que me habéis robado. Volvedme la alegría y consuelo que con vos se me ha ido. ¡Venid, amado mío! ¡venid dulcísimo Jesús, venid Hijo mío! Miremos qué afectos: atendamos á aquellas fervorosas ansias con que llama y busca á Dios. Estando nuestra Señora en estos clamores, sintió dentro de sí una repentina mudanza, y de la incomparable tristeza en

que estaba, pasó de repente á un inefable gozo, tal, que le ocupó toda el alma y cuerpo, sin dejar rastro alguno ni señal de pena, y apareciéndosele su Hijo la dice: «¡Madre amantísima! alegraos: vayan fuera las tristezas, las congojas y penas. ¡Venid paloma candidísima! ¡venid tórtola castísima! ¡venid, Esposa mía y Madre mía! venid á mis brazos. ¡Ea! descansad en mi pecho; ya se pasó el invierno y las tempestades que como granizo os cogieron debajo y os maltrataron: ya está con vos la primavera, ya aparecieron las flores en vuestra tierra, esto es, mi cuerpo que por haberlo tomado de vos es vuestro y mío. Aparecieron como flores del paraíso las señales de mis heridas y llagas: veislas aquí convertidas en flores de fragancia, suavidad y dulzura inefable. Ya aparecieron las flores de los justos, que como la rosa en su botón, estaban ocultas en el Limbo: ya las tenéis conmigo para que conozcáis que todo lo que gané lo pongo á vuestras plantas, honrandoos como á mi Madre, y reclinada nuestra Reina en los brazos de su santísimo Hijo, se que-

dó en un altísimo extásis y divino rapto. Alegrémonos de todo esto y demósle gracias al Señor por las mercedes que hacē á su Madre, Reina y Señora nuestra.



28 de Octubre.

MEDITACION

SOBRE EL MISMO ASUNTO DE LA RESURREC-

CION DE JESUCRISTO.

PUNTO 1º

Considera como Jesús se apareció á los dos discípulos que iban para Emaus y les dijo: «¿Por qué estáis tristes? El hombre triste deshonra á Dios, muestra que no cree en su Providencia ó bien le acusa de ignorancia ó de injusticia. Yo soy, dice quien te quitó aquel bien, quien permitió aquella persecución, quien te envió aquella enfermedad: ¿y te atreves á quejarte y á murmurar? En tu corazón, aunque no con la lengua, murmurarás diciendo que Dios es injusto y que no entiende de gobernar el mundo. El hombre triste, escandaliza á su prójimo y le hace concebir desprecio y aversión á la virtud: apártale del servicio de Dios, con su enfado y mal humor; se encoleriza fa-

dó en un altísimo extásis y divino rapto. Alegrémonos de todo esto y demósle gracias al Señor por las mercedes que hacē á su Madre, Reina y Señora nuestra.



28 de Octubre.

MEDITACION

SOBRE EL MISMO ASUNTO DE LA RESURREC-

CION DE JESUCRISTO.

PUNTO 1º

Considera como Jesús se apareció á los dos discípulos que iban para Emaus y les dijo: «¿Por qué estáis tristes? El hombre triste deshonra á Dios, muestra que no cree en su Providencia ó bien le acusa de ignorancia ó de injusticia. Yo soy, dice quien te quitó aquel bien, quien permitió aquella persecución, quien te envió aquella enfermedad: ¿y te atreves á quejarte y á murmurar? En tu corazón, aunque no con la lengua, murmurarás diciendo que Dios es injusto y que no entiende de gobernar el mundo. El hombre triste, escandaliza á su prójimo y le hace concebir desprecio y aversión á la virtud: apártale del servicio de Dios, con su enfado y mal humor; se encoleriza fa-

cilmente; es gravoso á sus superiores, molesto á sus iguales, insoportable á sus súbditos y hace insípida la conversación, quitándole todo el agrado. Ninguna cosa le contenta, si rien se enfada; si lloran le entristecen, le incomodan si le visitan, y cuando le dejan solo se cree despreciado. No hay que buscar cordura donde reina la tristeza, que esta pasión tiránica destierra la razón. No conviene de hecho la melancolía á los que meditanos la resurrección. La Iglesia celebra su memoria con cánticos de alegría. Volvamos á la pregunta del Salvador é imaginémonos frecuentemente que nos dice también á nosotros. ¿Qué discursos son esos que vosotros tenéis? ¿Qué pensamientos son aquellos que os pasan por la cabeza? ¿Qué deseos son aquellos que conserváis en vuestro corazón? Si no extendéis á las cosas de Dios todos los objetos que os ocupan, os conducen infaliblemente á la tristeza. Si no la experimentáis mientras os abandonáis á todo lo que lisongea vuestras pasiones, la experimentaréis bien presto por los remordimientos de vuestra conciencia; por la

disipación de vuestro espíritu; por la dureza de vuestro corazón; por vuestro poco gusto en la oración, y por la sequedad é insensibilidad que experimentaréis en los mismos ejercicios de piedad y devoción. Atended incesantemente á las cosas de Dios, y vuestro corazón estará lleno de una santa alegría. Oh Jesús, alegría de los ángeles y de los hombres, que reprendéis á vuestros discípulos porque estaban tristes, aun con tanto motivo; haced que cualquiera que sea el motivo que se presente para entristecerme, quiera tener siempre el corazón contento, sabiendo que vos lo disponéis todo para mi bien.

PUNTO 2º

Es propio de las almas buenas el alegrarse, porque tienen buena conciencia, que, como dice el sabio, es un festivo perenne; porque tiene siempre á Dios en el corazón: el cual es un manantial inagotable de consolaciones; porque viven siempre en su divina presencia que hace

el paraíso del cielo y de la tierra; porque se hallan bajo su protección que las llena de paz y de seguridad, porque reciben continuos testimonios de su bondad con los halagos que les hace; porque descubren señales casi evidentes de su predestinación y una como certeza de su salvación, que les produce en su corazón una sincera alegría. ¿De dónde viene, pues, que tú estás triste? ¿Dudas acaso de la bondad divina de su amor, del precio y valor de la sangre del Hijo de Dios? ¿Crees que querrá condenarte, habiendo sido tan costosa tu salvación, pues por ella ha sacrificado á su Hijo Unigénito? La alegría de los pecadores es falsa y vergonzosa, es vana, impura y superficial; no pasa de los sentidos: va mezclada de muchas penas; no es duradera y produce lágrimas y gemidos eternos. ¿Has encontrado jamás una verdadera alegría en las criaturas? ¿La has encontrado en el pecado? ¡Dios mío! vos lo habéis dispuesto de esta manera para que el pecador halle en su pecado la pena de su culpa. Los buenos son afligidos en este mundo; pero en sus aflicciones viven contentos,

porque entonces Dios les dá pruebas sensibles de su amor, y ellos acreditan á Dios también su fidelidad. No se conoce el amigo en la prosperidad sino en la adversidad y en el infortunio. Dios para probar á sus siervos los conduce, como á los soldados de Gedeón, á las aguas de la tribulación; pero luego que ha experimentado su valor, su paciencia, su amor y su fidelidad, los colma de alegría y los obliga á exclamar con San Francisco Javier: «Basta, Dios mío, basta. ¿Y qué mayor honra que sufrir alguna cosa por amor de Jesucristo? ¿Qué consolación más dulce que tener prenda de su salvación y participar de las penas de tan buen Señor? Y esto es lo que tiene tan contentas á las almas en medio de sus trabajos, de sus dolores, de sus adversidades y aflicciones. ¿Eres siervo de Jesucristo tú que lloras, te quejas y te consideras desgraciado, cuando te sucede alguna cosa adversa? ¡Oh Dios mío! cuán grande y abundante consolación has reservado para los que te aman! ¡Y cuán puro es el deleite de vivir sin ningún contento y renunciar todos los

gustos por amor de Jesucristo! Busquen los pecadores su satisfacción en las cosas sensibles, que yo solo me alegraré en mi Dios, y en Jesús mi Salvador.



24 de Octubre.

MEDITACION

SOBRE LA ASCENSION DE JESUCRISTO.

PUNTO 1º

Considera como sacando el Señor á sus discípulos fuera de la ciudad, los llevó al monte Olivete, y elevando sus manos santísimas les dió su bendición, se elevó de la tierra, se subió á los cielos, mirándole todos hasta que una nube se los ocultó. Atiende á aquella palabra: que elevó las manos y les dió su bendición. No elevó solo una, sino las dos, porque como dice San Basilio, hizo oración primero por ellos. Y así se puede entender que repetiría el Señor aquello que hizo antes en la Cena: ¡Padre Santo! guarda estos discípulos que me diste, cuando yo estaba con ellos, yo los guardaba; más ahora los dejo y vuelvo á tí; y así te ruego por ellos; yo vengo á tí y ellos quedan en el mundo: ruégo-

gustos por amor de Jesucristo! Busquen los pecadores su satisfacción en las cosas sensibles, que yo solo me alegraré en mi Dios, y en Jesús mi Salvador.



24 de Octubre.

MEDITACION

SOBRE LA ASCENSION DE JESUCRISTO.

PUNTO 1º

Considera como sacando el Señor á sus discípulos fuera de la ciudad, los llevó al monte Olivete, y elevando sus manos santísimas les dió su bendición, se elevó de la tierra, se subió á los cielos, mirándole todos hasta que una nube se los ocultó. Atiende á aquella palabra: que elevó las manos y les dió su bendición. No elevó solo una, sino las dos, porque como dice San Basilio, hizo oración primero por ellos. Y así se puede entender que repetiría el Señor aquello que hizo antes en la Cena: ¡Padre Santo! guarda estos discípulos que me diste, cuando yo estaba con ellos, yo los guardaba; más ahora los dejo y vuelvo á tí; y así te ruego por ellos; yo vengo á tí y ellos quedan en el mundo: ruégo-

te Padre piadoso, que me los libres de mal y me los santifiques en la verdad; y no solo te ruego por estos, sino por aquellos que con su predicación creyeran en mí. Hecha la oración los bendijo, y extendiendo sus manos como para que pudiesen los ojos en sus llagas, les quedasen estampadas en sus corazones y memoria, también para darnos á conocer, que cruzando sobre ellos sus brazos, los abrigaba con sus alas como la gallina á sus polluelos, para que, á su sombra, esperasen y confiasen en su Providencia que no los había de desamparar. Iba subiendo poco á poco, dice San Bernardo, porque se deleitaba en ver á sus discípulos y lo inclinaban á mirar abajo sus amigos. Era el amor que tenía á los suyos vehementísimo, y este amor era como una gruesa cadena que lo detenía; y así, cuando venía al mundo el Señor, nos dice el Espíritu Santo, que venía saltando de monte en monte y de collado en collado; y en otro lugar dice que corría y se esforzaba en correr como gigante; esto era cuando venía á vivir entre los hombres; y ahora que se va á vi-

vir entre los ángeles, vá tan poco á poco que parecè que lo llevan por fuerza. Así se lo manifestó á San Juan en la visión de aquella Mujer vestida del sol y calzada de la luna, cuyo Hijo, dice fué arrebatado al cielo; lo cual sucedió, dice Rupert, el día de la Ascensión, porque le inclinaba tanto para la tierra el amor de sus discípulos, que le hubo de arrebatar su Padre Eterno y apartarlo de ellos como con violencia. ¡Oh amor abrasado y encendido de nuestro Dios! ¡Oh tibieza y frialdad terrible de nuestros corazones! Cargáronlo de oprobios, afrentas y azotes, y crucificáronlo entre dos ladrones; y con todo no hay quien le pueda arrancar de entre los hombres. Y si esto pasa por Jerusalén, entre aquellos répobros y obstinados judíos ¿qué pasará con las almas que le aman y le sirven? ¿Quién podrá ponderar el amor con que les asiste? Por eso dijo que sus delicias eran estar con los hijos de los hombres. Esto pasa en aquel amoroso corazón; más, en los corazones humanos pasa muy al contrario: por nada le dejaremos; cualquiera gusto, aunque solo tenga la aparien-

cia de gusto, cualquiera entretenimiento nos aparta de él.

PUNTO 2º

Considera en aquel triunfal aparato y majestad gloriosa con que sube el Señor, de la que hablando en profecía el Salmista, dice: que subió en un carro ó carroza, asistido de millares de millares de ángeles, y los cautivos que sacó de la cautividad del mundo, los cuales dispuestos y ordenados por coros, cantaban dulcísimas alabanzas al Señor, con grande júbilo y alegría inefable de todos. Iba delante de todos estos escuadrones el Señor, y así que se acercó á los alcázares celestiales no quedó espíritu bienaventurado alguno en la gloria que no bajase á recibirle. Venían todos por sus órdenes, y postrados ante el Señor, con suma reverencia le adoraron, y luego juntos los que iban con los que venían se ordenaron en dos coros, y fué prosiguiendo la más solemne procesión que jamás vió la corte militante ni triunfante. Allí los serafines y querubines, los tronos,

principados y potestades del cielo, todos hacen fiesta, todos cantan gloriosas alabanzas al Señor. ¡Oh qué suavísimos ecos! ¡Oh qué dulcísimas canciones suenan por todos esos orbes celestiales! Pondera y considera la alegría, el contento y amor con que el Padre recibió á su Hijo, y como le ensalza y engrandece, mandando que toda la corte celestial celebre las gloriosas victorias de su Hijo: siéntale á su derecha en su mismo trono sublimado y engrandecido con infinitas ventajas á todas las criaturas: dale luego la corona imperial, el cetro y el gobierno universal sobre todo lo criado: manda que todos los cortesanos, por sus órdenes y jerarquías, postrados á sus plantas le rindan la obediencia. Mira aquí, cristiano la naturaleza que honrada. Mira la tierra sobre todos los cielos, al hombre sobre todos los serafines y tu misma naturaleza sobre todos los ángeles y soberanas jerarquías. Aprende por aquí á despreciar estas bajezas: aprecia tu dignidad, reconocete miembro de aquella cabeza y no quieras degenerar de lo que eres, suje-

tándote á tantas vilezas: ama aquella deidad y bondad infinita que así te ha levantado y engrandecido. Mira por último el gloriosísimo cuerpo de tu Redentor encumbrado en aquel trono. Mira aquella hermosura que alegra á los ángeles: aquella fragancia y suavisimo olor que despide, y de él llena á todo el Empíreo, y á todos los ángeles y bienaventurados de dulzura y suavidad infinita: aquella claridad, aquel resplandor y luz de gloria de que está vestido, tan grande y excesiva que tiene absortos á todos los moradores de la celestial Jerusalén, los cuales viéndola y gozándola la desean ver y gozar por toda la eternidad. Baja ahora con la consideración á la Jerusalén terrestre y míralo en casa de Anás, Caifás, Herodes y Pilato, y habiéndolo acompañado hasta el Calvario, vuelve á subir arriba y atiende la forma en que le ves abajo, y la gloria en que le ves arriba, y allí conocerás lo que es este mundo, y lo que es aquel; cual trataron aquí al Señor, y de la forma que lo tratan allá: y pensando en esto aborrecerás todo aquello que debes aborre-

cer, y solicitarás solamente lo que debes solicitar, que es el amor á las cosas altas y celestiales que siempre permanecen, y un total aborrecimiento á todo lo mundano y perecedero.



25 de Octubre.

MEDITACION

SOBRE EL MISMO ASUNTO DE LA ASCEN-
CION DEL SEÑOR.

PUNTO 1º

Considera que levantando Jesús los ojos al cielo, dijo: «¡Padre! viene la hora, glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique á tí.» Jesús pide á su Padre la gloria de su cuerpo: ¿acaso no se la debía? ¿No la tenía bastante merecida? ¿Su Padre podría negársela? ¿Por qué se la pide? Porque Dios quiere conceder sus gracias á los hombres, no ménos que á su Hijo por medio de la oración, la cual es el conducto por donde pasan á nosotros los favores divinos. «Pídeme, Hijo mío, le dice, y te daré las gentes en herencia tuya.» Jesús mereció el dominio de todo el universo, y no le obtuvo hasta después de haberlo pedido. ¿Y yo que necesito de todo, y nada merezco no quiero orar, no quiero pedir? «Salí del

Padre, y vine al mundo, otra vez dejo el mundo y voy al Padre.» Viniendo Jesús al mundo ha salido del Padre, sin dejar el seno del Padre; y ahora sale del mundo para volver al Padre, sin dejar el mundo. El amor del Padre le quería en el cielo, el amor de los hombres le quería en la tierra; el uno le llevaba á lo alto y el otro traíale abajo, y Jesús contentó á ambos subiendo al cielo, y quedándose en la tierra. ¡Oh admirable sabiduría de Dios! ¡Oh ingenioso amor de Jesús! Bienaventurados los hombres justos, que á la hora de la muerte podrán decir como Jesús: «He salido de Dios mi Padre por la creación; he venido al mundo para honrarle, servirle y glorificarle. He cumplido con mis obligaciones; he observado sus mandamientos; he ejecutado su voluntad; he manifestado su nombre á los hombres, y le he dado gloria en la tierra; ahora dejo este mundo desgraciado con todas sus cruces, persecuciones, pobreza y miserias; y me vuelvo á mi Padre que me espera en el cielo, para recompensarme mis trabajos y servicios.» Desgraciados los pecadores

que dirán á la hora de la muerte: Yo he salido de Dios mi Padre, por medio de la creación y he venido al mundo para honrarle y servirle; pero ¡ah! toda mi vida he hecho lo contrario: no he procurado sino mi gloria, mis deleites, mis satisfacciones; no he pensado sino en acumular riquezas; he quebrantado sus mandamientos; he despreciado sus preceptos; he descuidado los deberes del hombre, del cristiano; dejo este mundo que tanto he amado y me voy á comparecer delante de Dios para recibir el castigo de mis pecados.

PUNTO 2º

¿La Ascención de Jesucristo es para nosotros un misterio de alegría? ¿Pueden las ovejas alegrarse al verse abandonadas de su Pastor? ¿los hijos de su padre y de su caudillo los soldados? Si nosotros amamos á Jesucristo debemos de alegrarnos, porque va á su Padre á recibir el premio de sus trabajos. Si nos amamos á nosotros mismos, debemos alborozarnos, porque va á abrirnos el cielo que

estaba cerrado más de cuatro mil años; porque va á prepararnos el lugar, á interceder por nosotros y hacer el oficio de abogado con su Padre; y finalmente á colmarnos de sus dones, enviándonos su Espíritu Santo, que no hubiese bajado del cielo, si Jesús no hubiera subido. Id, pues, mi amado Jesús; dejad esta tierra en donde tan mal os han tratado. Un cuerpo inmortal como el vuestro no debe estar en un valle de penas y aflicciones; el cuerpo más puro debe estar elevado sobre todas las criaturas. Os habéis abatido hasta bajar á los infiernos, y así, es justo que seáis exaltado á lo más alto de los cielos. Id, grande Conquistador, subid al cielo, que habéis ganado con vuestro valor; tomad posesión de aquel reino que os corresponde por tantos títulos; conducid con vos aquellos ilustres prisioneros y aquellas tropas victoriosas de la muerte, para que sea más glorioso vuestro triunfo. No os detengáis hasta llegar á lo más alto de los cielos, y sentaos en el trono de Dios, vuestro Padre. Justo es que descanséis después de tantos trabajos, y que seáis coronado

de la gloria, después de haber sido coronado de ignominias y de oprobios. Arca del Señor, á descansar sobre los altos montes de Armenia, después de haber estado tan combatida de tempestades. Levantaos, Señor, levantaos, subid á vuestro reposo, vos y el arca de vuestra santificación. Habéis quebrantado las puertas del infierno, id á abrirnos las del cielo que nos cerró Adán; id á prepararnos la morada; á presentarnos á vuestro divino Padre y mostradle vuestras llagas; id á ser nuestro abogado y mediador; á enviarnos el Espíritu Santo que nos instruya, nos consuele, nos defienda, y en lugar vuestro nos gobierne. ¡Oh Jesús! desde que estáis en el cielo no hallo consuelo en la tierra; mi corazón está con mi tesoro. Mi alma desea dejar este cuerpo para acompañar vuestro triunfo: ver la gloria de vuestro reino y gozar de vuestra divina presencia. ¿Cuándo saldré de este destierro, en donde tanto tiempo me estoy consumiendo? ¿Cuándo terminaré el curso de mi vida? ¿Cuándo volveré á mi cara patria, por la cual suspiro día y noche? ¡Oh Jesús, esperan-

za de las almas abandonadas, y consuelo de las afligidas! habéis prometido que todo lo atraerías á vos mismo, cuando fueráis alzado de la tierra. Ya os halláis ahora en lo más alto de los cielos; cumplid vuestra promesa; sacadme pronto de este mundo; desprendedme del afecto de todas las criaturas; sacadme á viva fuerza, porque estoy prendido tenazmente en la tierra; sacadme pronto, porque estoy cansado de vivir; muero y desfallezco de amor. ¡Ah, qué vida! ¡Ah, qué muerte! ¡Oh mi amada Vida! dadme la muerte. Haced que yo muera á lo ménos á mí mismo, á fin de que viva eternamente solo para vos.



26 de Octubre.

MEDITACION

SOBRE LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO.

PUNTO 1º

Considera como cumplidos los días de Pentecostés, estaban todos los Apóstoles juntos con María, en un mismo lugar, y vino de repente, hacía las nueve de la mañana, del Cielo, un sonido como si se hubiese levantado un viento impetuoso, y llenó toda la casa donde habitaban. Este solo símbolo nos representa una infinidad de cosas que convienen al Espíritu Santo y á su divina operación. Porque en este viento impetuoso podemos considerar su origen celestial, su venida improvisa, su invisibilidad, el ruido particular con que hiere las orejas, su fuerza, su celeridad, su universalidad, y la mudanza que obra en el tiempo y en las estaciones. El Hijo de Dios viniendo á este mundo, vestido de nuestra naturaleza, compareció en la humildad; pero el Espíritu Santo, sin tomar otra naturale-

za, se anuncia con símbolos de estrépito, de ruido y de majestad. Alegrémonos ¡oh mortales! El Señor envía su Espíritu, que formará nuevas criaturas y renovará la haz de la tierra. Una nueva ley sucede á la ley de Moisés, que era para un pueblo solo Esta ha de ser anunciada á todos los pueblos del universo, con un ruido y con un esplendor, con una fuerza y una rapidez, que indica el viento impetuoso que se deja sentir. El mundo está para cambiar de semblante; y en vez de paganos y de idólatras, se verán adoradores del verdadero Dios. Y apareciendo á ellos lenguas separadas como de fuego, y se sentó sobre cada uno de ellos. El segundo símbolo debajo del que el Espíritu Santo anuncia su presencia es el fuego, porque de hecho el Espíritu Santo es como un fuego ardiente que purifica el alma de todas sus inmundicias; como un fuego luminoso que ilumina el espíritu y disipa de él las tinieblas; como un fuego dulce que se insinúa en el corazón y lo penetra, lo calienta y lo inflama. Rogemos á este fuego divino que venga á nosotros y obre estos efectos.

Aparece como lenguas. Este símbolo significa que los Apóstoles deben convertir el mundo por medio de la palabra, de la predicación, de la instrucción, y que el Espíritu Santo no les ha dado otras armas para conquistarlo y sujetarlo á la Ley de Jesucristo. Son lenguas de fuego, de luz y de caridad las que han convertido los infieles; y son las mismas lenguas las que deben conservar y perfeccionar á los fieles. ¿Qué se ha de pensar, pues, de aquel que habiendo recibido el Espíritu Santo, no habla sino de blasfemia y de impiedad, de cólera y de juramentos, de disolución y de impureza, de maldición y de calumnia? Este tiene sin duda una lengua de fuego, pero de aquel fuego que viene del infierno, y no del fuego que viene del Espíritu Santo.

PUNTO 2º

El Espíritu Santo es un Espíritu benigno, modesto, tranquilo, puro, caritativo, humilde y obediente. El espíritu del demonio es un espíritu colérico, opaco,

impaciente, turbulento, inmodesto, impuro, sensual, soberbio, insolente, duro é inflexible. El Espíritu Santo llenó toda la casa, todo el corazón y todas las potencias de los verdaderos discípulos de Jesús. El espíritu del demonio también ocupa toda la casa de aquellos en quienes reside, los agita, los posee, los atormenta, los pervierte y los trasporta á graves excesos, para oponerse al Espíritu de Dios. El Espíritu Santo es el amor del Padre y del Hijo; y así Dios nos ha entregado su corazón enviándonos su Espíritu: ¿y aún le negarás el tuyo, ó le darás la mitad? ¿Qué comparación entre el Corazón de Dios y el tuyo? ¡Dios mío, Salvador mío! cuan suave es vuestro Espíritu, y cuan áspero es el mío! ¡Oh, qué santo, humilde, pacífico y puro es vuestro Espíritu, y el mío que perverso, soberbio, inquieto, impuro y sensual! ¡Oh Espíritu Santo, Padre de los pobres, consolador de los afligidos! venid y descendad sobre nosotros. Ilustradnos con vuestra luz; gobernadnos con vuestra sabiduría; santificadnos con vuestro amor; reanimadnos con vuestra gracia; sostenednos con

vuestra fortaleza; penetradnos con vuestra unción; adoptadnos por hijos vuestros con vuestra caridad; pacificadnos con vuestra presencia; salvadnos con vuestra infinita misericordia y elevadnos de la tierra al cielo, para que os alabemos, os bendigamos y os amemos por toda la eternidad.



27 de Octubre. MEDITACION

SOBRE LOS EFECTOS QUE PRODUJO EL ESPÍRITU
SANTO EN LOS APOSTOLES.

PUNTO 1º

Considera que el Espíritu Santo en su venida obró una mudanza total en los Apóstoles, pues fueron todos llenos del Espíritu Santo; y empezaron á hablar en varias lenguas, según que el Espíritu Santo les hacía á ellos hablar..... Admiremos esta mudanza. Primero, en su Espíritu: no podían antes comprender las verdades aún más claras que Jesús les explicaba, y en un instante son instruidos de todos los misterios, y de todos los designios de Dios. Segundo, en su corazón. Eran terrenos, ambiciosos, celosos, inconstantes y tímidos, y helos aquí, todo de un golpe, espirituales, elevados, animosos, intrépidos, no deseando otra cosa que padecer y morir por Dios. Tercero, en sus talentos eran groseros, sin conocimiento, sin letras, sin elocuencia y aun sin saber bien su propio lenguaje, y de repente son elo-

vuestra fortaleza; penetradnos con vuestra unción; adoptadnos por hijos vuestros con vuestra caridad; pacificadnos con vuestra presencia; salvadnos con vuestra infinita misericordia y elevadnos de la tierra al cielo, para que os alabemos, os bendigamos y os amemos por toda la eternidad.



27 de Octubre. MEDITACION

SOBRE LOS EFECTOS QUE PRODUJO EL ESPÍRITU
SANTO EN LOS APOSTOLES.

PUNTO 1º

Considera que el Espíritu Santo en su venida obró una mudanza total en los Apóstoles, pues fueron todos llenos del Espíritu Santo; y empezaron á hablar en varias lenguas, según que el Espíritu Santo les hacía á ellos hablar..... Admiremos esta mudanza. Primero, en su Espíritu: no podían antes comprender las verdades aún más claras que Jesús les explicaba, y en un instante son instruidos de todos los misterios, y de todos los designios de Dios. Segundo, en su corazón. Eran terrenos, ambiciosos, celosos, inconstantes y tímidos, y helos aquí, todo de un golpe, espirituales, elevados, animosos, intrépidos, no deseando otra cosa que padecer y morir por Dios. Tercero, en sus talentos eran groseros, sin conocimiento, sin letras, sin elocuencia y aun sin saber bien su propio lenguaje, y de repente son elo-

cuentes y hablan todas las lenguas. Efecto prodigioso de la presencia y de la operación del Espíritu Santo. Por miserables que nosotros seamos ¿hay por ventura alguna cosa que no podamos pedir, y que no debamos esperar de un Dios tan bueno y tan poderoso? Mudanza repentina. No fué necesario ni tiempo, ni estudio con este divino Maestro. El mismo día, en el mismo instante en que bajó el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, los Apóstoles fueron otros hombres tuvieron otras ideas, otros afectos, otros sentimientos. Si el Espíritu Santo no obra ahora mudanzas tan repentinas y tan estrepitosas, porque no es necesario, no deja de obrarlas todos los días, internas y prontísimas, cuando los corazones se acomodan y se hacen dóciles á su operación. Si ya, pues, de largo tiempo, no se hace en nosotros alguna mudanza; si nosotros somos siempre los mismos, con las mismas flaquezas, con la misma debilidad, con las mismas imperfecciones, concluyamos de esto que no tenemos ciertamente al Espíritu Santo por Maestro, ó que si él nos habla no lo es-

cuchamos, no le obedecemos; lo contristamos, le resistimos. ¡Ay de nosotros! ¿Por qué, pues, nos oponemos á nuestra propia felicidad? Mudanza perfecta. En aquel momento supieron todo lo que debían saber, y fueron todo lo que debían ser. No fué necesario en adelante añadir cosa alguna á sus conocimientos, ni perfeccionar sus disposiciones, ni cultivar sus talentos. Lo que recibieron en aquel día, lo recibieron en su perfección, y lo recibieron para siempre. No les quedó que hacer otra cosa que obrar y emplear los dones que habían recibido. Antes bien, el Espíritu Santo que habitaba en ellos, les explicaba el momento y la manera de aplicarlos y les sugería lo que debían hacer y decir. Esta perfección que no tiene ya necesidad de aumento, mira los dones que habían recibido para la Iglesia, para su enseñanza, para su establecimiento y para su gobierno. Porque en orden á ellos mismos en particular, es bien claro que debían todos los días crecer en perfección y en mérito, como lo hicieron por toda su vida, que acabaron con el martirio. En cuanto á

nosotros queríamos ser perfectos, todo de un golpe, sin que nada nos costase. El Espíritu Santo hace todo el bien espiritual que hay en nosotros, y haría mucho más si le fuésemos dóciles; pero el pide nuestra cooperación, nuestro estudio, nuestra aplicación y nuestra fidelidad.

PUNTO 2º

El Espíritu Santo es un Espíritu de vida que nos anima; un Espíritu de gracia que nos santifica; un Espíritu de sabiduría que nos instruye; un Espíritu de amor que nos une á Dios. Un Espíritu que de hombres nos hace dioses; de pecadores, justos; de débiles, fervorosos; de coléricos, benignos; de ignorantes, sabios, de soberbios, humildes; de tímidos, animosos. Estos efectos produjo en los Apóstoles y en todos los mártires. El Espíritu Santo es un Espíritu de paz, que calma nuestras pasiones; de fuerza, que nos purifica; de libertad, que nos desprende del mundo; de alegría, que nos consuela; de humildad, que nos inspira sentimientos bajos de nosotros mismos;

de obediencia, que nos tiene sumisos; un Espíritu, en suma, de caridad y de misericordia, que nos enternece. No somos miembros de Jesucristo, si no vivimos del Espíritu de Jesucristo. El Espíritu Santo no desciende sobre los soberbios, ni sobre aquellos que tienen el espíritu del mundo. No reposa en los corazones inquietos; mira con horror á las almas impuras; se aparta de los espíritus vanos y ambiciosos; sostiene guerra abierta contra la carne. El Espíritu Santo vive en nosotros por medio de la gracia; permanece en nosotros por medio de la caridad; reina en nosotros por medio del amor y reposa en nosotros por medio de la paz. Le contristamos con el pecado venial; le damos la muerte con el mortal; le perdemos por el amor del mundo; le despedimos con el odio del prójimo; le crucificamos con la delicadeza y los deleites de la carne. ¿Estás animado tú del Espíritu de Dios? ¿Vives tú de este Espíritu? ¿Obras á impulso de este Espíritu? Tres espíritus hay contrarios á este soberano Espíritu: el espíritu del mundo, el espíritu de la carne, y el es-

píritu del demonio. El espíritu del demonio inspira vanidad; el espíritu de la carne, sensualidad; el espíritu del demonio, el tedio, la cólera, la venganza. Más, el espíritu de Dios nos inspira la humildad, la mortificación de los sentidos, la caridad con el prójimo, la mansedumbre y la paciencia. Observa que espíritu te gobierna, si de Dios ó del demonio; si el de Jesús, ó el espíritu del mundo y de la carne.



28 de Octubre

MEDITACION

SOBRE EL TRANSITO DE LA SANTISIMA VIRGEN.

PUNTO 1º

Considera como después de la Ascensión de Jesucristo quedó María en la tierra para cuidar de la propagación de la fé. Por lo cual á ella acudían los discípulos de Jesús, y ella les resolvía sus dudas, los confortaba en las persecuciones y los animaba á trabajar por la divina gloria y por la salud de las almas redimidas. Bien gustosa se detenía ella en la tierra, entendiendo ser esta la voluntad de Dios para bien de la Iglesia; más, no podía dejar de sentir la pena de verse separada de su querido Hijo, que se había subido al cielo. Consolaba la Santísima Virgen su corazón enamorado en tan dura ausencia con las visitas, según se dice; de los santos lugares de la Palestina, que el Hijo había santificado con su presencia: visitaba á menudo ya el esta-

píritu del demonio. El espíritu del demonio inspira vanidad; el espíritu de la carne, sensualidad; el espíritu del demonio, el tedio, la cólera, la venganza. Más, el espíritu de Dios nos inspira la humildad, la mortificación de los sentidos, la caridad con el prójimo, la mansedumbre y la paciencia. Observa que espíritu te gobierna, si de Dios ó del demonio; si el de Jesús, ó el espíritu del mundo y de la carne.



28 de Octubre

MEDITACION

SOBRE EL TRANSITO DE LA SANTISIMA VIRGEN.

PUNTO 1º

Considera como después de la Ascensión de Jesucristo quedó María en la tierra para cuidar de la propagación de la fé. Por lo cual á ella acudían los discípulos de Jesús, y ella les resolvía sus dudas, los confortaba en las persecuciones y los animaba á trabajar por la divina gloria y por la salud de las almas redimidas. Bien gustosa se detenía ella en la tierra, entendiendo ser esta la voluntad de Dios para bien de la Iglesia; más, no podía dejar de sentir la pena de verse separada de su querido Hijo, que se había subido al cielo. Consolaba la Santísima Virgen su corazón enamorado en tan dura ausencia con las visitas, según se dice; de los santos lugares de la Palestina, que el Hijo había santificado con su presencia: visitaba á menudo ya el esta-

blo de Belén, en donde el Hijo había nacido: ya el taller de Nazareth, en donde el Hijo había vivido muchos años pobre y despreciado: ya el huerto de Gethsemaní, en donde el Hijo dió principio á su pasión: ya el pretorio de Pilato en donde fué azotado: ya el lugar en donde fué coronado. Pero más á menudo visitaba el Calvario, en donde el Hijo espiró, y el santo sepulcro en donde le dejó al fin. Y así la afligida Madre se consolaba en su penoso y duro destierro. Más, esto no bastaba á complacer su corazón, que no podía hallar su perfecta quietud acá en la tierra, por lo cual se deshacía en continuos suspiros á su Señor, exclamando con David, pero con amor más ardiente: «¿Quién me diera alas de paloma para volar á mi Dios, y hallar allí mi descanso? Como el ciervo herido desea la fuente, así mi alma herida de tu amor, Dios mío, te desea y suspira por tí.» ¡Ah! los suspiros de esta santa tortolilla no podían dejar de penetrar el corazón de su Dios que tanto la amaba. Por lo cual, no queriendo él diferir más el consuelo de su amada, oye sus de-

seos y la llama á su Reino. Refieren Cedreno, Nicéfero y otros que el Señor algunos días antes de la muerte le envió al arcángel San Gabriel, aquel mismo que en otro tiempo le trajo el aviso de ser ella la mujer bendita y escógida para Madre de Dios: «Reina y Señora mía, le dijo el arcángel, ya ha oído Dios vuestros santos deseos y me ha enviado á deciros que os preparéis para dejar la tierra, porque él os quiere consigo en el cielo. Venid, pues á tomar posesión de vuestro Reino, porque yo y todos sus santos ciudadanos os esperamos y deseamos.» A este feliz anuncio ¿qué otra cosa haría nuestra humildísima y santa Virgen, sino retraerse mucho más en el centro de su profundísima humildad, y repetir aquellas mismas palabras, que respondió á San Gabriel, cuando le anunció la divina maternidad? He aquí, respondió de nuevo, la esclava del Señor, él por su mera bondad me ha elegido y hecho Madre suya, ahora me llama al cielo. Yo no merecía ni aquella honra ni esta; más, pues, él quiere mostrar conmigo su infinita liberalidad, hème aquí pron-

ta para ir á donde él quiera, cúmplase en mí siempre la voluntad de mi Dios y Señor.»

PUNTO 2º

Considera conio después de haber recibido este deseado aviso, dió de ello parte á San Juan, el cual podemos considerar con cuanto dolor y ternura oiría esta nueva, cuando habiéndola asistido tantos años como hijo, había ya disfrutado la celestial conversación de esta Santísima Madre. Visitó después ella los santos lugares de Jerusalén, despidiéndose con ternura de ellos, especialmente del Calvario, en donde murió su amado Hijo, y luego se retiró á su pobre casa á prevenirse para la muerte. Entre tanto no dejaban de venir á menudo los ángeles á saludar á su amada Reina, consolándose con saber que presto la habían de ver coronada en el cielo. Dicen muchos autores que antes de morir, se juntaron milagrosamente los Apóstoles y también parte de los discípulos, acudiendo de diferentes lugares, donde estaban dispersos y todos se hallaron reu-

nidos en la habitación de María, por lo cual, viendo Ella congregados en su presencia á aquellos amados hijos, así empezó á hablarles: «Queridos míos, mi Hijo me dejó por vuestro amor y para ayudaros. Ahora ya la santa fé está esparcida por el mundo, ya el fruto de la divina semilla está creciendo, por lo cual viendo mi Señor que mi asistencia ya no es necesaria en la tierra, y compadeciéndose de la pena de mi ausencia, ha accedido á mis deseos de salir de esta vida y de ir á verle en el cielo. Quedaos pues vosotros á trabajar por su gloria. Aunque yo os dejo, no os deja mi corazón, conmigo llevaré y estará siempre conmigo el grande amor que os tengo. Voy al cielo á rogar por vosotros. Al oír tan dolorosa nueva ¿quién podrá jamás comprender cuales serían las lágrimas y los lamentos de aquellos santos discípulos, al pensar que luego habían de separarse de su Madre? ¡Oh María! dirían llorando todos ellos, ¡oh María, ya nos queréis dejar! Es verdad que esta tierra no es lugar digno y propio para vos, ni nosotros

somos dignos de disfrutar de la compañía de la Madre de Dios; pero acordaos que vos sois nuestra Madre, que habéis sido nuestra maestra en las dudas, la consoladora en las angustias, la fortaleza en las persecuciones: ¿y cómo podréis dejarnos solos y desamparados de vuestro consuelo en medio de tantos enemigos y de tantas batallas? Perdimos en la tierra á nuestro Maestro y Padre Jesús, que subió á los cielos; y vos Madre nuestra habéis sido en este tiempo nuestro consuelo. ¿Cómo os determináis ahora á dejarnos también huérfanos de Padre y Madre? ¡Señora nuestra! ó quedaos con nosotros ó llevadnos en vuestra compañía. Tales son las palabras que pone el Damasceno en la boca de los Apóstoles. No, hijos míos, prosiguió diciendo la amorosa Reina, no es esta la voluntad de Dios: conformaos con lo que él tiene dispuesto de mí y de vosotros. A vosotros aún os queda que trabajar en la tierra para gloria de vuestro Redentor, y para concluir vuestra eterna corona. Yo no os dejo desamparados sino para mejor alcanzaros auxilios por mi interce-

sión para con Dios en el cielo. Quedaos contentos. Os encomiendo la Santa Iglesia; os encomiendo las almas redimidas; sea este mi último adios y la única memoria que yo os deje: hacedlo así, si me amáis: trabajad por las almas y por la gloria de mi Hijo, porque algún día nos volveremos á ver juntos en el cielo, para nunca más separarnos por una eternidad. Preparémonos pues para la muerte, trabajando para la gloria del Señor y santificación de nuestras almas.



29 de Octubre.

MEDITACION

SOBRE EL MISMO ASUNTO DEL TRANSITO DE LA
SANTISIMA VIRGEN.

PUNTO 1º

Considera como habiendo suplicado la Santísima Virgen á los Apóstoles que diesen sepultura á su cadaver, los bendijo; ordenó á San Juan, como refiere el Damaceno, que diese dos vestidos suyos á dos doncellas, que le habían servido por algún tiempo. Y después se compuso decentemente sobre su pobre camilla, en donde esperó con ánsia la muerte, y con ella el ir al encuentro del divino Esposo, que luego había de salir á recibirla para llevársela consigo al reino bienaventurado. Más, hé aquí que ya siente en su corazón un gozo extraordinario por la llegada del Esposo, que la llena toda de una inmensa y nueva dulzura. Los santos Apóstoles, viendo á María próxima á partirse de este mundo renovando las lágrimas, se postraron al re-

dedor de su cama: unos la besaban sus santos piés, otros le pedían su especial bendición, otros le encomendaban alguna necesidad particular, y todos llorando amargamente se sentían traspasados de dolor por haberse de separar para siempre de esta vida, de su amada Señora. Y la amantísima Madre se compadecía de todos y consolaba á unos prometiéndoles su patrocinio, á otros bendiciéndolos con particular afecto, y á otros animándolos á la conversión del mundo, y llamando especialmente á San Pedro, como á Cabeza de la Iglesia y Vicario de su Hijo, le encargó principalmente la propagación de la fé, prometiéndole desde el cielo una particular protección. Pero singularmente llamó después á San Juan, el cual más que todos los otros sentía un dolor acerbo, al tener que separarse de aquella santa Madre. Y haciendo memoria la agradecidísima Señora del afecto y atención con que este santo discípulo la había servido en todo el tiempo que Ella había estado en la tierra, después de la muerte de su Hijo: «Juan mío! le dijo con gran ternu-

ra ¡Juan mío! te doy gracias por lo mucho que me has asistido: hijo mío vive seguro de que no te seré ingrata. Ahora te dejo, pero voy á rogar por tí. Quédate en paz en esta vida, hasta que nos volvamos á ver en el cielo, donde te espero. No te olvides de mí; en todas tus necesidades llámame en tu ayuda, que yo nunca me olvidaré de tí, hijo mío querido. Hijo, te bendigo, te dejo mi bendición, queda en paz, adios!» Mas, ya la muerte de María se acerca. Habiendo el amor divino consumido con sus bienaventuradas y vehementes llamas los espíritus vitales, ya la celestial Fénix, en medio de tan violento incendio va perdiendo la vida. Llegaban entonces escuadrones de ángeles como para aprestarse para el gran triunfo con que debían acompañarla al cielo. Bien se consolaba María á la vista de aquellos santos espíritus; más su consuelo no era cumplido, no viendo comparecer aún á su amado Jesús, que era todo el amor de su corazón. Por lo cual á menudo repetía á los ángeles que venían á saludarla. Conjuros ¡oh hijos de Jerusalén! que si hallaréis á mi Amado,

le noticiéis como desfallezco de amor. Angeles santos, hermosos ciudadanos de la Jerusalén celeste, vosotros á escuadrones venís corteces á consolarme, y todos me consoláis con vuestra amable presencia; y os doy gracias; pero todos vosotros no me contentáis plenamente, porque no veo aún á mi Hijo para consolar-me. Id si me amáis, volved al cielo y decidle de mi parte á mi Querido, que yo desfallezco en deliquios de su amor: decidle que venga, y que venga presto, porque yo muero de puro deseo de verlo.

PUNTO 2º

Considera como ya viene Jesús á recibir á su Madre, para llevársela al reino bienaventurado. Le fué revelado á Santa Isabel que el Hijo se apareció á María antes de espirar, con la cruz en la mano, para demostrar la gloria especial que él había alcanzado en la redención. Refiere San Juan Damasceno que Jesucristo mismo le dió la comunión por viático, diciéndole con amor: «Recibid, ¡oh Madre mía! de mis manos aquel mismo

cuerpo que vos me distéis.» Y la Madre, habiendo recibido con sumo amor aquella última comunión, entre los postreros alientos le dijo: «Hijo, en vuestras manos encomiendo mi espíritu: os encomiendo esta alma que vos criaistéis por vuestra bondad, rica de tantas gracias desde el principio y con singular privilegio preservada de toda mancha de culpa: os encomiendo mi cuerpo, del cual os dignasteis tomar carne y sangre: os encomiendo también estos mis queridos hijos, hablando de los discípulos santos, que estaban á su derredor: ellos quedan afligidos con mi partida, consoladlos vos que los amáis más que yo; bendecidlos y dadles fuerza para hacer cosas grandes para gloria vuestra.» Al llegar el fin de la vida de María, se oyó en la habitación donde yacía, una grande armonía, como cuenta San Gerónimo. Y á más de esto, según le fué revelado á Santa Brígida, se vió aparecer un grande resplandor. Entre esta armonía y extraordinario resplandor, echaron de ver los Apóstoles que María se partía, por lo cual renovaron las lágrimas y las súplicas,

cas, y levantando las manos dijeron todos á una voz: «¡Oh Madre nuestra! ya os váis al cielo y nos dejáis; dadnos la última bendición, no os olvidéis de nosotros miserables. Y María volviendo los ojos al rededor de todos como despidiéndose por última vez: «Adios, hijos, les dijo, yo os bendigo; no dudéis que no me olvidaré de vosotros.» Y he aquí que entonces vino la muerte, no ya vestida de luto y tristeza como viene para los demás hombres, sino adornada de luz y de alegría. Pero ¡qué muerte, qué muerte! Digásmolo mejor, vino el amor divino á cortar el estambre de aquella noble vida. Y como una lámpara que antes de apagarse, entre los últimos resplandores de su vida, dá más brillante destello y después espira, así la bella mariposa, convidándola el Hijo á que le siguiera, engolfada en la llama de su caridad y en medio de sus amorosos suspiros, dá un suspiro más grande de amor, espira y muere. Y así aquella alma grande, aquella hermosa paloma del Señor, se desató de los lazos de esta vida y se fué á la gloria bienaventurada, donde está senta-

tada y lo estará como Reina del cielo por toda una eternidad. Supliquémosla siempre que por los méritos de su bienaventurada muerte nos alcance una muerte feliz.



30 de Octubre. MEDITACION

SOBRE LA ASUNCION DE MARIA SANTISIMA.

PUNTO 1º

Considera aquel virginal cuerpo de María, Señora nuestra, engolfado en resplandores y difundiendo en aquella casa suavísimos aromas; y puesto en el féretro se ordena el entierro al Valle de Josafat, á donde está preparado un nuevo sepulcro. Considera que todos los santos Apóstoles, discípulos y muchos cristianos llevan el sagrado Cuerpo con luces; y al mismo tiempo resuenan en el aire, voces dulces, cánticos suaves, que regocijan los corazones: al suceso tantos judíos y gentiles y gran parte de la ciudad de Jerusalén, admirando el prodigio y en tan grande concurso, vienen enfermos, ciegos, mudos, paralíticos y endemoniados, y todos sanan á la vista de aquel sagrado virginal Cuerpo de María. Las aves vuelan á la circunferencia del féretro, unas como cantando de pla-

tada y lo estará como Reina del cielo por toda una eternidad. Supliquémosla siempre que por los méritos de su bienaventurada muerte nos alcance una muerte feliz.



30 de Octubre. MEDITACION

SOBRE LA ASUNCION DE MARIA SANTISIMA.

PUNTO 1º

Considera aquel virginal cuerpo de María, Señora nuestra, engolfado en resplandores y difundiendo en aquella casa suavísimos aromas; y puesto en el féretro se ordena el entierro al Valle de Josafat, á donde está preparado un nuevo sepulcro. Considera que todos los santos Apóstoles, discípulos y muchos cristianos llevan el sagrado Cuerpo con luces; y al mismo tiempo resuenan en el aire, voces dulces, cánticos suaves, que regocijan los corazones: al suceso tantos judíos y gentiles y gran parte de la ciudad de Jerusalén, admirando el prodigio y en tan grande concurso, vienen enfermos, ciegos, mudos, paralíticos y endemoniados, y todos sanan á la vista de aquel sagrado virginal Cuerpo de María. Las aves vuelan á la circunferencia del féretro, unas como cantando de pla-

cer; otras como llorando de dolor. Considera como en medio del llanto más amargo, los Apóstoles ponen el Sagrado Cuerpo en el nuevo sepulcro y le cubren con una loza. Tristes se vuelven al cenáculo, y quedan llorando la ausencia de su Madre. Ni aun les ha de quedar el consuelo de venerar su Cuerpo en el sepulcro, porque ya el Señor uniéndolo con su alma lo resucita para llevárselo á la gloria. Oid como dice: «¡Levántate, sal del sepulcro, amada mía, paloma mía, hermosa mía, levántate y ven. Ven, ven aprisa: vea yo tu rostro, suene tu dulce voz en mis oídos! No es decente que se corrompa en el sepulcro el cuerpo que no se manchó con el vicio: no es decente que se convierta en cenizas el cuerpo que dió cuerpo á mi divinidad. Ven, pues, ven del Líbano, ven á coronarte en el cielo.» Píadosos Apóstoles, mirad como esta Señora resucita, ó como despierta á la voz de su Hijo. Mirad como subiendo á los cielos se va apartando de vuestra vista. Clamad, llamadla y decidla por todos nosotros que estamos interesados en que no se vaya: decidla con Salomón, mu-

chas veces, que baje, que vuelva. Vuelve, Soberana Princesa, vuelve Sulamitis, vuelve, vuelve para que te veamos.

PUNTO 2º

Considera como resucitada en cuerpo y alma, luego se ordenó una solemnísima procesión por la región del aire hacia el cielo Empíreo. Llega á las puertas, sale á recibirla toda la angélica celeste milicia, todo el respetable senado de Potestades, Tronos, Dominaciones, Querubines y Serafines. Y admirados de tanta majestad, preguntan unos: ¿Quién es ésta que subiendo del desierto, despiende más fragancia que el humo de todos los aromas de la Arabia? Otros preguntan: ¿Quién es ésta, que sube cuál se levanta la aurora de entre las aguas, hermosa como la luna, elegida como el sol? ¿Quién es ésta continúan preguntando otros, quién es ésta que sube inundada de delicias, reclinada sobre su amado? ¿Quién es? ¿no sabéis que es la ardiente incombustible zarza, trono del Señor? ¡El vellocino rociado con el rocío del cie-

lo? ¿La misma escala por donde subís y bajáis? ¿La vara de Aarón, florida sin humano concurso? ¿No sabéis que es el propiciatorio, el Arca, la Urna del maná? Más claro: ¿No sabéis que es la puerta oriental por donde Dios entró en el mundo y por donde los hombres han de entrar en el cielo? ¿No sabéis que es el templo de Dios, el tálamo de su Hijo, el sagrario del Espíritu Santo, el domicilio de la Trinidad? ¿La Madre de Dios, la Hija de Dios, la Esposa de Dios? Pues si esto sabéis, ángeles, ¿qué preguntáis? No son vuestras preguntas hijas de la ignorancia, sino de la admiración. Sabíais quien era la que subía á ser vuestra Reina: salíais á recibirla, y al ver el esplendor, la majestad con que entraba triunfante en los cielos, atónitos ó deslumbrados preguntabáis. ¿Quién es ésta? Grande era la idea que teníais de su gloria; pero esta, á la vista, excedió vuestra idea. Así entre admiraciones, aplausos y vítores: así entre suaves músicas, dulces cánticos, armoniosos conciertos entra María Señora nuestra en los cielos. Tómanla sobre sus hombros los Tronos,

los Querubines con sus alas forman un toldo ó pabellón majestuoso. Su amado Hijo seguido de sus reales guardias y de su lucida corte le sale al encuentro. ¡Qué gozo sentiría Nuestra Señora al verle! ¡Qué deliciosos serían los ósculos! ¡Qué dulces los abrazos! ¡Qué tiernos los coloquios! Si, como dice San Pablo, ni los ojos ven, ni los oídos oyen, ni el hombre imagina lo que Dios tiene preparado para los que le aman, lo que tenía preparado para quien le engendró, y le amó sin duda más que todos, ¿quién puede pensarlo, preguntaba San Bernardo, quién puede decirlo? ¡Virgen Santísima! nosotros no pretendemos subir á la inaccesible cumbre de vuestra gloria; sino que postrados á los piés de vuestro Hijo os rogamos alarguéis la mano de vuestro patrocinio para subirnos á su gracia por la senda de la penitencia. Hemos sido pecadores, deseamos ser justos, para que llegando á ser bienaventurados con la visión de vuestro Hijo, tengamos el gozo de veros á su lado.



31 de Octubre.

MEDITACION

SOBRE LA CORONACION DE LA SANTISIMA
VIRGEN EN EL CIELO.

PUNTO 1º

¿Quién es esta Princesa que sube al cielo, apoyada sobre su amado? Es María, Madre de Dios. Así como es la más pura de todas las criaturas, también debe elevarse sobre todos los cielos; así como fué la más humillada en vida, corresponde que sea la más exaltada después de la muerte, así como tuvo mayor gracia tiene ahora mayor gloria; habiéndose acercado á Dios más que todos los santos en la santidad, ha de hallarse más cerca en la bienaventuranza; y finalmente, su consolación será sin medida, como sus penas, dolor y quebranto. El divino Salomón hizo sentar á su Madre en su trono, como compañera en la dignidad real de su corona y de su imperio; y constituyéndola Reina del cielo y de la tierra le sometió todas las criatu-

ras del universo. La coronó el Padre, de su poder, el Hijo, de su sabiduría, y el Espíritu Santo, de su bondad y amor. Son incomprensibles é inefables las delicias que gozó María Señora nuestra en el día de su coronación. Y es no ménos inefable, y en algún modo infinita la felicidad que goza desde aquel día. Su Hijo está sentado á la diestra de Dios Padre, y tiene á su Madre á la derecha. El Padre Eterno y María miran en medio al Hijo de entrambos. Vé el Padre en el Hijo la persona que engendró en la eternidad; vé la Madre en el Hijo la naturaleza humana que engendró en el tiempo. Gózase el Padre en el Hijo: en él mismo se regocija la Madre. El Padre le dice; «en mi seno te engendré antes de producir el mundo.» La Madre le dice: «en mi seno te engendré para redimir al mundo.» Pásmase María, de la inmensa majestad de su gloria. No puede comprenderla, y absorta repite el cántico que cantó en la casa de Zacarías: «Engrandece, magnifica al Señor mi alma enajenada de regocijo; porque el Omnipotente hizo en

mí alarde, echó el resto de su poder. Desde hoy me llamarán feliz todas las generaciones.» Sí, Soberana Reina, cumpliose tu vaticinio: todos os llamamos feliz y bienaventurada; pero hacednos felices aliviando nuestras miserias.

PUNTO 2º

Jesús ha sido constituido nuestro medianero con su Padre, María es nuestra medianera con su Hijo; Jesús aplaca el enojo de su Padre, María aplaca el enojo de su Hijo. Jesús muestra sus llagas al Padre, ¿Quién desesperará de su salvación, teniendo por Abogados y Medianeros para con Dios á Jesús y á María? ¿Eres por desgracia un grande pecador y no te atreves á comparecer delante de Dios, tu Juez? Vuélvete á María que es tu Abogada. María ama á los pecadores, porque los ama su Hijo; acarícialos con ternura, porque para ellos ha venido él al mundo y derramado su sangre; y son miserables y María es Madre de misericordia, y por ellos ha sido Madre de

Dios, y realzada á dignidad tan prodigiosa. Levantaos, Madre mía, á recoger el fruto de vuestros trabajos. Subid, Arca del Señor, á descansar en los altos montes del firmamento, después de tantas tempestades que habéis sufrido en la tierra. Angeles del cielo, salid á recibir á la que va á ser coronada por vuestra Reina: abrid las puertas del paraíso á la Madre de vuestro Dios: venid á rendirle homenaje y honrar su coronación. Cantad en su honor los himnos de alabanza. Os saludo, María Reina del cielo y de la tierra; os saludo, mi Abogada con Dios, mi gloria, mi alegría, mi sostén, y con vuestro Hijo, mi única esperanza. ¡Oh Virgen bienaventurada! ahora que os halláis en el puerto, tened piedad de vuestros devotos, que en este mundo borrascoso viven agitados de continuas tempestades, con peligro de naufragar sin remedio: ahora que estáis en vuestra amada patria, no abandonéis á los que han quedado en este destierro; ahora que ya estáis en vuestro reposo y en lugar de seguridad, no os olvidéis de vuestros siervos expuestos todavía al pe-

ligro de condenarse. ¡Oh Madre amorosísima! mirad con ojos de piedad y clemencia á vuestros pobres hijos que están gimiendo y llorando en este valle de lágrimas, ¡Oh poderosa Abogada nuestra! defended nuestra causa con vuestro Hijo, para que nos perdone nuestros pecados y nos conceda la gracia de veros, amaros y alabaros y daros gracias. Acuérdate ¡oh Virgen santa! en la hora de nuestra muerte, que durante este mes, al contemplarte alegre en la Encarnación, en la infancia de tu amado Hijo, tomamos parte en tu alegría que tan de lleno te ha tocado. Al contemplarte afligida en la Pasión amarga de tu Hijo, lloramos nuestras culpas que dieron motivo á aquellas penas. Al vernos feliz en tus glorias y en las de tu Hijo, hemos subido á los cielos á adorar á entrambos gloriosos y triunfantes. Allá, suben en este día nuestros deseos. Nuestras almas aspiran á tener parte en la gloria que gozáis. Este ha de ser el premio de los que, durante este mes, hemos venido á rezar tu santísimo Rosario.

INDICE

	PAGINA
Oración preparatoria.....	5
„ para después de la meditación....	7
MEDITACION	
Sobre la devoción del Santísimo Rosario...	9
„ la Anunciación á María Santísima...	14
„ la Encarnación del Verbo Divino...	19
„ la Visitación de la Santísima Virgen á su prima Santa Isabel.....	23
„ la Salutación y cántico de la Santísima Virgen.	28
„ el Nacimiento del Hijo de Dios.....	34
„ el Misterio del Nacimiento del Hijo de Dios.....	39
„ la Purificación de Nuestra Señora....	44
„ el cántico y profecía de Simeón.....	48
„ la pérdida del Niño Dios.....	54
„ el hallazgo del Divino Niño.....	59
„ la oración del Huerto.....	65
„ la tristeza del Hijo de Dios y sudor de sangre.....	71
„ la flagelación de Jesucristo.....	76
„ la flagelación.....	81
„ la coronación de espinas.....	87
„ el mismo asunto de la coronación de espinas.....	92

ligro de condenarse. ¡Oh Madre amorosísima! mirad con ojos de piedad y clemencia á vuestros pobres hijos que están gimiendo y llorando en este valle de lágrimas, ¡Oh poderosa Abogada nuestra! defended nuestra causa con vuestro Hijo, para que nos perdone nuestros pecados y nos conceda la gracia de veros, amaros y alabaros y daros gracias. Acuérdate ¡oh Virgen santa! en la hora de nuestra muerte, que durante este mes, al contemplarte alegre en la Encarnación, en la infancia de tu amado Hijo, tomamos parte en tu alegría que tan de lleno te ha tocado. Al contemplarte afligida en la Pasión amarga de tu Hijo, lloramos nuestras culpas que dieron motivo á aquellas penas. Al vernos feliz en tus glorias y en las de tu Hijo, hemos subido á los cielos á adorar á entrambos gloriosos y triunfantes. Allá, suben en este día nuestros deseos. Nuestras almas aspiran á tener parte en la gloria que gozáis. Este ha de ser el premio de los que, durante este mes, hemos venido á rezar tu santísimo Rosario.

INDICE

	PAGINA
Oración preparatoria.....	5
„ para después de la meditación....	7
MEDITACION	
Sobre la devoción del Santísimo Rosario...	9
„ la Anunciación á María Santísima...	14
„ la Encarnación del Verbo Divino...	19
„ la Visitación de la Santísima Virgen á su prima Santa Isabel.....	23
„ la Salutación y cántico de la Santísima Virgen.	28
„ el Nacimiento del Hijo de Dios.....	34
„ el Misterio del Nacimiento del Hijo de Dios.....	39
„ la Purificación de Nuestra Señora....	44
„ el cántico y profecía de Simeón.....	48
„ la pérdida del Niño Dios.....	54
„ el hallazgo del Divino Niño.....	59
„ la oración del Huerto.....	65
„ la tristeza del Hijo de Dios y sudor de sangre.....	71
„ la flagelación de Jesucristo.....	76
„ la flagelación.....	81
„ la coronación de espinas.....	87
„ el mismo asunto de la coronación de espinas.....	92

Sobre la Cruz á cuestras.....	98
„ el misterio de la Cruz á cuestras.....	104
„ la crucifixión de Jesucristo.....	110
„ las siete palabras que dijo Jesucristo en la Cruz.....	117
„ la Resurrección de Jesucristo.....	123
„ el mismo asunto de la Resurrección de Jesucristo.....	129
„ la Ascensión de Jesucristo.....	135
„ el mismo asunto de la Ascensión del Señor.....	142
„ la venida del Espíritu Santo.....	148
„ los efectos que produjo el Espíritu Santo en los Apóstoles.....	153
„ el Tránsito de la Santísima Virgen.....	159
„ el mismo asunto del Tránsito de la Santísima Virgen.....	166
„ la Asunción de María Santísima.....	173
„ la coronación de la Santísima Virgen en el cielo.....	178



El Salmo Miserere,

Dispuesto en devotas décimas por
el Ilmo. Sr. Don

Manuel de Azamor y Ramírez,

Obispo que fué de Buenos-Aires.

Reimpreso para el Santuario de N. P. Jesús de Atotonilco.



LEON.—1902.

Imprenta de Leopoldo López.

Sobre la Cruz á cuestras.....	98
„ el misterio de la Cruz á cuestras.....	104
„ la crucifixión de Jesucristo.....	110
„ las siete palabras que dijo Jesucristo en la Cruz.....	117
„ la Resurrección de Jesucristo.....	123
„ el mismo asunto de la Resurrección de Jesucristo.....	129
„ la Ascensión de Jesucristo.....	135
„ el mismo asunto de la Ascensión del Señor.....	142
„ la venida del Espíritu Santo.....	148
„ los efectos que produjo el Espíritu Santo en los Apóstoles.....	153
„ el Tránsito de la Santísima Virgen.....	159
„ el mismo asunto del Tránsito de la Santísima Virgen.....	166
„ la Asunción de María Santísima.....	173
„ la coronación de la Santísima Virgen en el cielo.....	178



El Salmo Miserere,

Dispuesto en devotas décimas por
el Ilmo. Sr. Don

Manuel de Azamor y Ramírez,

Obispo que fué de Buenos-Aires.

Reimpreso para el Santuario de N. P. Jesús de Atotonilco.



LEON.—1902.

Imprenta de Leopoldo López.

MISERERE MEI, DEUS,

V. 1. — Ten mi Dios, mi bien mi amor,
misericordia de mí;
ya me ves postrado aquí
con penitente dolor:

Ponga fin á tu rigor
una constante concordia;
acábese la discordia
que causó el yerro común,
y perdóname según
tu grande misericordia.

** secúndum magnam misericórdiam tuam.*

V. 2. — *Et secúndum multitudinem miserationum tuarum:*

Y según la multitud
de tus dulces y adorables
misericordias amables,
sácame de esclavitud:

Ya me ofrezco á la virtud,
y protesto á tu vondad
que con letras de verdad,
caracteres de mi fé
yo tu amor escribiré,
borra tu mi iniquidad.

** dele iniquitátem meam.*



V. 3. — *Amplius lava me ab iniquitate mea:*

Lávame más, buen Señor,
de mi iniquidad por qué
aún lavado, yo no sé
qué me asalta de temor:

Fuentes de mi Salvador,
que habéis al mundo regado,
á mi corazón manchado
lavad con vuestras corrientes;
y Tú, dueño de estas fuentes,
límpíame de mi pecado.

* *et a peccato meo munda me:*

V. 4. — *Quoniam iniquitatem meam ego cognosco:*

Porque yo en mi desvarío
conozco mi iniquidad,
conozco que mi maldad
atropeyó mi albedrío:

Que fué doble el yerro mío
miré, ví, quise, caí,
fuí sangriento, te ofendí
no puedo ocultarlo ya,
conozco que siempre está
mi pecado contra mí.

* *et peccatum meum contra me est semper.*

V. 5. *Tibi soli peccavi, et malum coram te feci:*

Contra tí solo pequé,
á tí solo te ofendí,
hice delante de tí,
el mal con que te agravié:

Lo confieso, para qué
ó bien si me castigares,
ó bien si me perdonares,
te justifique, Señor,
en tus palabras de amor,
y venzas cuando juzgares.

* *ut justificeris in sermonibus tuis, et vincas cum judicaris.*

V. 6. — *Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum:*

Ya ves que en iniquidades
fuí concebido, Señor,
¿qué quereis de un pecador
que se concibió en maldades?

Merezca ya tus piedades
quien en culpa se formó
si esta hechura se quebró,
templa tus ojos airados,
pues en males y en pecados
mi madre me concibió.

* *et in peccatis concépit me mater mea.*

V. 7. — *Ecce enim veritatem dilexisti:*

Ya ves ¡oh Dios de mis cultos
pues amaste la verdad,
con cuanta sinceridad
te confieso mis insultos:

Tú los inciertos y ocultos
arcanos que has reservado
allá en el seno sagrado
de tu alta sabiduría,
ciertos, claros como el día,
me los has manifestado.

** incerta et occulta sapientiae tuae manifestasti mihi.*

V. 8. — *Asperges me hyssopo et mundabor:*

Me rociarás ¡oh bondad!
con hisopo de tu sangre,
hasta que en fin se desangre
la vena de mi maldad;

Me limpiaré; y tu piedad,
si sobre mí se conmueve
y el sacro rocío llueve
me lavarás, y seré
puro, limpio quedará
y blanco más que la nieve.

** lavabis me, et super nivem dealbabor.*

V. 9. — *Auditui meo dabis gaudium et laetitia:*

A mi oído le darás
un gran gozo y alegría,
cuando oiga anunciar el día
en que me perdonarás:

Mis entrañas llenarás,
de placer: escucharán
tu voz, y te cantarán,
himnos á ti consagrados,
y mis huesos humillados
de contento saltarán.

** et exultabunt ossa humiliata.*

V. 10. — *Averte faciem tuam a peccatis meis:*

Aparta tu rostro yá
de mis pecados, y mira
que tu dulce vida espira
por mí, que por mí se dá;

Tu sangre pidiendo está
el perdón de mis maldades;
y para que á tus piedades
veloz mi espíritu corra,
destruye consume y borra
todas mis iniquidades.

** et omnes iniquitates meas dele.*

V. 11. — *Cor mundum crea in me, Deus:*

Un corazón limpio crea,
¡oh Dios! en mi pecho impuro,
rompe este corazón duro,
derrite esta nieve fría:

¡Ah engañosa pasión mía,
cuán blandamente me dañas!
tú, Señor, que á nadie engañas
dame un casto y dulce afecto,
y un noble espíritu recto
renueva tú en mis entrañas.

** et spírítum rectum innova in viscéribus meis.*

V. 12. — *Ne projicias me a fácie tua:*

No me arrojes enojado
de tu presencia, Señor;
que esta hechura tu dolor
y tu sangre te ha costado:
¡Perdí á Dios dejé á mi Amado!
y pues que yo te perdí
deja que se anege aquí
mi culpa es un mar de llanto;
mas á tu Espíritu Santo
no lo retires de mí.

** et Spírítum sanctum tuum ne áuferas a me.*

V. 13. — *Redde mihi lætitiám salutáris tui:*

Vuélveme ya la alegría
de tu salud que he perdido
y volverá á su sentido
y placer el alma mía:

Venga ya el alegre día
que ponga fin á mi mal,
y con la gracia final
confirmame en tu afición
con tu noble corazón
y espíritu principal.

** et Spírítu principáli confirma me.*

V. 14. — *Docébo iníquos vias tuas:*

Yo mismo, yo enseñaré
á los malos tus caminos;
de sus torpes desatinos
Señor, los apartaré:

Y yo con tu luz guiaré
los tristes hijos de Adán,
ya que tan ciegos están
en los locos desvaríos
de su error, y los impíos
á tí se convertirán.

** et impii ad te converténtur.*

V. 15 — *Libera me de sanguinibus, Deus,
Deus salutis meae:*

Líbrame de sangre ajena
¡oh Dios! Dios de mi salud:
yerros de mi juventud
me han labrado esta cadena:

Cautivo el corazón pena,
gime, llora y llorará;
y el mundo todo sabrá
que el mar demis culpas mengua
con lágrimas; y mi lengua
tu justicia cantará.

** et exultabit lingua mea justitiam tuam.*

V. 16. — *Dómine, lábia mea apéries:*

Señor, abrirás mis labios
publicaré tus grandezas,
y te volveré en finezas
cuanto te quité en agravios:

Si para tus desagravios
das aliento á mi esperanza,
te entregaré sin tardanza
este corazón de roca;
y agradecida mi boca
anunciará tu alabanza.

** et os meum annuntiabit láudem tuam.*

V. 17 — *Quóniam si voluisses sacrificium
dedissem útique:*

Porque si hubieras querido
sacrificio ensangrentado,
cierto que lo hubiera dado
para aplacarte ofendido:

Pero estoy bien advertido
que el corazón miras más;
y pues lágrimas me das,
lloro ya mis dias infaustos,
buen Dios, que en los holocaustos
Tú no te deleitarás.

** holocáustis non delectaberis.*

V. 18. *Sacrificium Deo spíritus contribulátus:*

Sacrificio es para Dios
un espíritu rendido,
atribulado, afligido,
partido de pena en dos:

Ya confiado llego á vos,
resuelto á no pecar más,
que un corazón que verás
ya contrito y humillado,
arrepentido, enmendado,
mi Dios, no despreciarás.

** cor contrítum et humiliátum, Deus, non despíciēs:*

V. 19. — *Benigne fac, Dómine, in bona voluntáte tua Sión:*

Con benigna compasión,
Señor, con dulce piedad,
con tu buena voluntad
trata á la amada Sión:

Benigno tu corazón
acabe de hacer también
que no tarde más mi bien,
que se enjuguen ya mis llantos
que se edifiquen los santos
muros de Jerusalem

** ut aedificentur muri Jerusalem.*

V. 20. — *Tunc acceptábis sacrificium justitiae oblationes et holocausta:*

Entonces aceptarás
de justicia el sacrificio,
las obligaciones propicio
y los holocaustos más:

Entonces recojerás
de montes, valles y cerros,
víctimas que por sus yerros
penitentes gemirán;
entonces Señor, pondrán
sobre tu altar los becerros.

** tunc inponént super altáre tuum vítulos.*

V. 1. — *De profúndis clamávi ad te, Dómine:*

A vos Señor he clamado
desde el profundo insondable
de mi nada detestable
abismo vil del pecado:

¡Oh mi Redentor amado
y Dios de mi corazón!
ten ya de mi compasión:
y aunque roncas de mi llanto
escucha Señor un tanto
las voces de mi aflicción.

** Dómine, exáudi vocem meam.*

V. 2. — *Fiánt aures tuae intendentes:*

Esos tus ojos piadosos
con que escuchas los lamentos
del pobre, me sean atentos
cuando prorrumpo en sollozos:

Entre los menesterosos
soy el mayor desde luego;
más cuando á pedirte llego,
venza, Señor, tu piedad
á mi perversa maldad,
oye la voz de mi ruego.

** in vocem deprecationis meae.*

V. 3. — *Si iniquitátes observáveris, Dómine:*

Si Tú las iniquidades
ves de mi vida, Señor,
si observares con rigor
cada una de mis maldades:

Si de tus dulces piedades
te olvidas para destruir
á un pecador, y decir
la sentencia que merece,
el corazón se estremece,
¿quién podrá Señor sufrir?

* *¿Dómine, quis sustinēbit?*

V. 4. — *Quia apud te propitiatio est:*

Aunque pida mi maldad
mil castigos contra mí
siempre, Salvador, en tí
hay tesoro de piedad:

Cuando de su iniquidad
vuelva el pecador, dijiste,
limpio quedará, y cumpliste
por tu parte la promesa:
y así esperaré con firmeza,
por la ley que te pusiste.

* *et propter elgem tuam sustinuit te, Dómine.*

V. 5. — *Sustinuit ánima mea in verbo ejus:*

Es tu palabra, Señor,
tan dulce, firme y estable,
que ya mi alma miserable
confía en ella con ardor:

Y porque tu santo amor
me venga á purificar,
mi alma nunca ha de dejar
por más que sean sus delitos,
con los suspiros contritos
en tí, Señor, de esperar.

* *sperábit ánima mea in Dómino.*

V. 6. — *A custódia matutína usque ad noctem:*

Desde que la luz temprana
rayando por el oriente,
nos alumbra providente
y comienza la mañana:

Hasta la noche no vana
será de Israel la confianza;
pues en la bondad se afianza
divina, y siendo querido
de Dios Israel, y escogido,
nunca pierda la esperanza.

* *speret Israel in Dómino.*

V. 7.—*Quia apud Dóminum misericórdia:*

Porque es de Dios abundante
la misericordia amable,
y su bondad adorable
es de Padre el más amante:

Al alma sigue constante,
la busca en toda ocasión.
cuando la halla, el corazón
le dá porque sea dichosa,
y todo porque copiosa
es en él la Redención.

* *et copiosa apud eum redemptio.*

V. 8.—*Et ipse redimet Israel:*

Redimirá de contado
de la esclavitud á Israel.
si presta su querer él,
y aborrece su pecado:

Hayan sus culpas llegado,
discurriendo por edades,
y sin cuento sus maldades,
á las arenas del mar,
el Señor ha de borrar
todas sus iniquidades.

* *ex ómnibus iniquitatibus ejus.*

Itinada razón

ITINERARIO

— DE —

PARIS A JERUSALEM,

ESCRITO POR EL

Pbro. Ildefonso Portillo.

EN EL AÑO DE 1882.



SEGUNDA EDICION.

LEON

IMP. DE LEOPOLDO LÓPEZ.
2.^a de San Miguel Núm. 58:

1900

V. 7.—*Quia apud Dóminum misericórdia:*

Porque es de Dios abundante
la misericordia amable,
y su bondad adorable
es de Padre el más amante:

Al alma sigue constante,
la busca en toda ocasión.
cuando la halla, el corazón
le dá porque sea dichosa,
y todo porque copiosa
es en él la Redención.

* *et copiosa apud eum redemptio.*

V. 8.—*Et ipse redimet Israel:*

Redimirá de contado
de la esclavitud á Israel.
si presta su querer él,
y aborrece su pecado:

Hayan sus culpas llegado,
discurriendo por edades,
y sin cuento sus maldades,
á las arenas del mar,
el Señor ha de borrar
todas sus iniquidades.

* *ex ómnibus iniquitatibus ejus.*

Imada razón

ITINERARIO

— DE —

PARIS A JERUSALEM,

ESCRITO POR EL

Pbro. Ildefonso Portillo.

EN EL AÑO DE 1882.



LEON

IMP. DE LEOPOLDO LÓPEZ.
2^a de San Miguel Núm. 58:

1900

SR. VICARIO CAPITULAR

Queriendo satisfacer el deseo que muchas personas piadosas me han manifestado, de tener noticias del estado que actualmente guardan los Santos Lugares de la Palestina, he escrito un cuadeino titulado "Itinerario de Paris á Jerusalem;" y deseando imprimirlo, ocurro á V. S. para que prévia su aprobacion, se sirva, concederme para ello su superior permiso.

- Por tanto, ruego A V. S. se digne acceder á mi solicitud, en lo que recibiré gracia y favor.

León, 28 de Marzo de 1882.

Sr. Vicario Capítular.

Ildefonso Portillo.

León, Marzo 28 de 1882.

Pase á la censura del Sr. Prebendado D. José Maóia Velazquez. El Sr. Vicario Capítular así lo decretó, mandó y firmó.

M. f. *Dr. Zúñiga.*

José M. de Yermo Parres,
Pro-Secretario.

SR. VICARIO CAPITULAR.

En cumplimiento del superior decreto que antecede, he leído con la debida atencion el manuserito á que se refiere y nada encuentro en él que se oponga á la fé ó á la moral; antes bien ereo que su lectura será muy útil á los fieles por citarse en él los pasajes bíblicos que tuvieron lugar en los puntos de la Palestina visitados por el autor. Por lo que, soy de parecer que puede V. S. dar su superior licencia para que se imprima dicho manuserito, salvo su muy acertado y recto juicio.
Dios Ntro Señor. guarde á V. S. muchos años.

José M. Velazquez.

Leon, Abril 24 de 1882.

Visto el anterior dictámen: concedemos nuestra licencia para que se imprima el Itinerario á que se refiere; con calidad de que no vea la luz pública, sin que previamente sea cotejado el impreso con el original por lo mismo Sr. Censor. Así el Sr. Vicario Capítular lo decretó, mandó y firmó.

M. f. *Dr. Zúñiga.*

José M. de Yermo Parres,
Pro-Secretario.



I.

Apenas comenzaban á brillar sobre mi frente los primeros rayos de la razón, cuando ya deseaba con anhelo tener la imponderable dicha de ver con mis propios ojos, y tocar con mis manos, aquellos sitios venerados del mundo, que á la Magestad de Dios plugo elegir para que fuesen testigos inmediatos de las obras de su Hijo divino. cuando llegada la plenitud de los tiempos, se revistiese de la carne mortal; aquella tierra, que fué asombrada con los estupendos prodigios de este Hombre-Dios, en la cual enseñó las prácticas de la mas sana moral, y la que por último, quiso santificar, padeciendo contradicciones, oprobios y tormentos y regándola con su santísimo sudor y preciosísima sangre.

Esta tierra bendita era la que deseaba visitar; por la cual suspiraba; y en esto cifraba una de mis mayores dichas en la

vida. Mas, éste Dios misericordioso, que cual tierna madre, como lo llama la Escritura, se complace en contentar á sus hijos, estaba dispuesto á concedérmelo.

Llegó el día, que la Providencia divina destinaba para que realizara este mi deseo; y al efecto, sabiendo que un amigo mio partía para Europa, creí que debía de aprovechar esta oportunidad, tanto porque era el mejor tiempo de embarcarse, por ser el mes de Marzo, como por llevar un buen compañero y amigo

Así lo manifesté á mis buenos padres, é inmediatamente accedieron; lo mismo sucedió con mi ilustre y santo Prelado el Ilmo. Sr. Sollano, de tan grata memoria. Al despedirme de él y pedir su bendición me dijo, presintiendo su próxima muerte. "Anda hijo; pero ya no me volverás á ver." Estas palabras me impresionaron sobremanera, y efectivamente fué la última vez que lo ví, pues murió á los tres meses, con la preciosa muerte de los justos.

Con la licencia de mi Prelado todo se allanó

El día 7 de Marzo del año de 1881, día en que la Iglesia celebra la fiesta del Anagógico Doctor Santo Tomás, partí de mi Ciudad natal á las seis de la mañana; llegué

á Irapuato á las cuatro de la tarde; allí me reuní con mi compañero, para seguir otro día juntos nuestro viaje hasta llegar á Paris, que fué el 24 de Abril. (1)

Diez y seis días permanecí en esta ciudad, capital del mundo civilizado, empleándolos en recorrerla y visitar sus principales edificios. Durante mi permanencia en ella, estuve investigando los días en que salían los vapores de Marsella para Jafa, puerto de Palestina, con el objeto de dar por fin, el debido cumplimiento á mis deseos. Supe que el día 12 salía un vapor llamado el *Tage*, é inmediatamente comencé á arreglar mi partida. Concluido todo, me despedí de mi buen compañero, quien no pudo continuar su viaje conmigo, por dificultades que se le presentaron, y partí de Paris para Marsella, el 11 de Mayo á las nueve de la mañana. Diez y seis horas de camino de fierro ocupé en este trayecto; las que pasé muy complacido en contemplar la belleza y variedad de la campiña que se presentaba á mi vista: en unas partes, extensas praderas sembradas de trigos y cebadas; en otras, bosques espesos

[1] Como en este cuaderno, no trato sine de un Itinerario de Paris á Jerusalem, no me ocupo de dar una relación de las demás ciudades de mi tránsito.

formados de corpulentos árboles; más allá, graciosos jardines á manera de parques, donde las flores ostentaban toda su belleza, á lo léjos, pintorescas colinas rodeadas de arboledas, y coronadas de vistosos edificios á manera de baluartes: estando todo este panorama adornado con primorosas casas de campo, que daban á este espectáculo más realce y hermosura. Arrobado estaba con esta vista, cuando la noche se dejó ver, extendiendo sus negras alas y ocultándolo todo. Era la una de la mañana cuando llegué á Marsella; é inmediatamente fui conducido á un hotel, cuyo dueño era un español: se me señaló mi habitación; en ella descansé un poco, para levantarme temprano, y tener tiempo de visitar la ciudad, pues el vapor debía partir á las doce del día. Eran las siete de la mañana del día 12 de Mayo y estaba ya en pié dispuesto á recorrer la ciudad: solo esperaba una persona que me acompañara, para que me enseñase los principales edificios. A las ocho se me presentó un intérprete, é inmediatamente salimos, contentándome con admirar solamente el exterior de los edificios, pues era muy corto el tiempo de que podía disponer.

Son de llamar la atención, la catedral,

que hace más de treinta años se está construyendo, y un templo dedicado á Sr. S. José; entre los edificios profanos, la Bolsa y la casa del Gobernador. Marsella me recordaba aquella familia tan amada del Salvador, á Lázaro resucitado despues de cuatro dias de muerto, por insigne milagro, y á sus dos hermanas Marta y Maria, que vinieron á esta ciudad, siendo conducidas de un modo maravilloso. De aquí fué primer obispo, Lázaro, y aquí mismo alcanzó la corona del martirio.

Eran las once y media, cuando dí mi último adios á Marsella, y me diriji al vapor: á la una estaba ya en marcha, atravesando las aguas del Mediterráneo. Jamás había hecho navegación mas feliz; la mar estaba tranquila y serena; no se escuchaba sino un ligero chasquido, producido por el vapor al abrirse paso por en medio de las ondas. En las noches, la luna se dejaba ver, retratándose y plateando las aguas. ¡Cuántas noches, sentado sobre cubierta, contemplaba el sublime espectáculo que se me presentaba: por una parte la inmensidad de los cielos sembrada de multitud de astros; por la otra, la inmensidad de los mares, poblada de infinidad de peces; y al hombre pequeñito, colocado en medio de aquellas dos inmensidades; pero á pesar de su

pequeñez, el único capaz de comprender y contemplar su grandiosidad y hermosura; el único, que por su inteligencia le era dable el levantar la voz y prorumpir en alabanzas al Creador. Yo en nombre de estas criaturas insensibles é irracionales, exclamé. *Bendigan los cielos al Señor: bendigan los mares y los rios al Señor. Benedicite, Coeli Dómino: Benedicite mária et flúmina Dómino.* (1). ¡Qué grande es el hombre por su inteligencia! Ella le hace superior en la gerarquía de los seres visibles, y por ella ha sido constituido, la obra mas perfecta, despues del ángel, que ha salido de las manos omnipotentes del Señor. Yo abismado en tanta grandeza al verlo dominar el terrible elemento del agua, no pude ménos que esclamar con el Profeta "Señor, ¿qué es el hombre para que os digneis acordaros de él? ¿Qué es el hijo del hombre para que os digneis visitarle? Es el ser privilegiado á quien, aún dándole una naturaleza, un poco inferior á la de los ángeles, habeis revestido de honor y de gloria, puesto que lo habeis coronado rey de las obras de vuestras manos. Todo lo habeis puesto bajo sus plantas: los bueyes, las ovejas y los cuadrúpedos de la tierra; así como los pájaros del cielo y los peces del mar y cuanto cruza el mar en todas sus dimensiones. ¡Oh

(1) Dan. 3.

Señor, oh Señor nuestro, cuán admirable habeis hecho de este modo vuestro nombre en toda la tierra! (1)

Quantas otras noches me ponía á considerar los inminentes peligros del mar, y me decía á mí mismo: pues ¿qué otra cosa es este mundo, sino un mar inmenso? y ¿qué es nuestra vida, sino una navegación peligrosísima? ¿Acaso no está uno expuesto á la mudanza de la fortuna, como lo están los navegantes á la de los vientos? Y al modo que encrespándose las olas del mar, dividiéndolo en montes y valles, suben las naves hasta parecer introducirse en las nubes, y luego bajan hasta lo profundo del abismo: así tambien el hombre, alternándose la fortuna, próspera ó adversa, suele subir á la cumbre de la mayor grandeza y bajar á veces al abismo de la mayor miseria. Y ¿quién no ve aquí, un inminente peligro de que naufrague y se pierda su alma? porque la prosperidad regularmente entraña la soberbia, y la adversidad, amedrenta á veces el alma, que desfallece y muere al rigor de la enfermedad de la culpa. *Anima eorum in malis tabescebat.* ¿Cuántas épocas hay en la vida, en que tiene uno que exclamar con los discípulos en el lago de Tiberiades "¡Señor, sálvanos, que perecemos!"

(1) Salmo 8.

Ocupaban pues mi ánimo, diferentes reflexiones, al atravesar la inmensidad del Mediterráneo; pero para no extraviarme de mi principal objeto, baste lo dicho.

II.

Eran las seis y media de la mañana del día 18 de Mayo, cuando llegué á Alejandría. Como el vapor tenía que permanecer tres dias anclado, aproveché la oportunidad de conocer á la que fué en otro tiempo el emporio de las ciencias. Esta ciudad, conocida en la antigüedad con el nombre de *Rhacotis*, por ocupar este lugar, fué reedificada por Alejandro el grande, de quien tomó su nombre. Para su construcción hizo llamar al célebre arquitecto Dinócrates, que ejecutó el plano con esmerado gusto; su figura era ovalada y su circuito contaba quince mil pasos. Cuando los romanos dominaron el Oriente, Alejandría vino á ser una segunda Roma; pero superaba á ésta en la sabiduría, riqueza y comercio. Dividiáse ésta ciudad en cuatro cuarteles,

separados por espaciosas calles, en cuyo centro habia una grandiosa plaza, desde la cual, se contemplaban los dos grandes puertos con que la naturaleza la habia favorecido.

Los alejandrinos tributaban sus adoraciones á Amón, que se interpreta Júpiter, y á Serápides, que tenía la figura de buey. El suntuoso templo de estas divinidades, se encontraba situado en el mismo lugar en que hoy se levanta la columna llamada de Pompeyo. Su escuela, fundada por Tolomeo Soter, fué el modelo mas acabado de todas las satias asociaciones que se formaron sucesivamente. En ella florecieron Eratóstenes de Cirene y Ptolomeo de Pelusio, dos de los más célebres geógrafos de la antigüedad.

Apareciendo el cristianismo, apareció tambien con él aquella escuela de hombres, que, más grandes aún que los primeros, conocieron perfectamente, que el entendimiento humano es una potencia universal, de una capacidad casi infinita que, no pudiéndose saciar con el cono-

Ocupaban pues mi ánimo, diferentes reflexiones, al atravesar la inmensidad del Mediterráneo; pero para no extraviarme de mi principal objeto, baste lo dicho.

II.

Eran las seis y media de la mañana del día 18 de Mayo, cuando llegué á Alejandría. Como el vapor tenía que permanecer tres dias anclado, aproveché la oportunidad de conocer á la que fué en otro tiempo el emporio de las ciencias. Esta ciudad, conocida en la antigüedad con el nombre de *Rhacotis*, por ocupar este lugar, fué reedificada por Alejandro el grande, de quien tomó su nombre. Para su construcción hizo llamar al célebre arquitecto Dinócrates, que ejecutó el plano con esmerado gusto; su figura era ovalada y su circuito contaba quince mil pasos. Cuando los romanos dominaron el Oriente, Alejandría vino á ser una segunda Roma; pero superaba á ésta en la sabiduría, riqueza y comercio. Dividiáse ésta ciudad en cuatro cuarteles,

separados por espaciosas calles, en cuyo centro habia una grandiosa plaza, desde la cual, se contemplaban los dos grandes puertos con que la naturaleza la habia favorecido.

Los alejandrinos tributaban sus adoraciones á Amón, que se interpreta Júpiter, y á Serápides, que tenía la figura de buey. El suntuoso templo de estas divinidades, se encontraba situado en el mismo lugar en que hoy se levanta la columna llamada de Pompeyo. Su escuela, fundada por Tolomeo Soter, fué el modelo mas acabado de todas las satias asociaciones que se formaron sucesivamente. En ella florecieron Eratóstenes de Cirene y Ptolomeo de Pelusio, dos de los más célebres geógrafos de la antigüedad.

Apareciendo el cristianismo, apareció tambien con él aquella escuela de hombres, que, más grandes aún que los primeros, conocieron perfectamente, que el entendimiento humano es una potencia universal, de una capacidad casi infinita que, no pudiéndose saciar con el cono-

cimiento de las cosas criadas, preciso era que se remontara hasta el conocimiento de su Creador: y en efecto; díganlo sino Cicerón, Aristóteles y otros á quienes el Apóstol S. Pablo llama sabios del mundo, ¿se apagó la sed que tenían de saber, con la filosofía, las matemáticas, la medicina, la política, y con las demás ciencias naturales que adquirieron? ¿No fué en aumento cada día aquella su sed de saberlo todo, y aquella su ignorancia acerca de las verdades más capitales? Por lo cual, el Sabio, que tanto se dedicó al estudio y penetración de los más recónditos arcanos de la naturaleza, después de haber disputado admirablemente sobre la calidad del cedro que nace en el Líbano, y del hisopo que crece en las tapias, viendo que todo era vanidad, concluyó diciendo: "que todo era angustia y aflicción de espíritu" *videntem cuncta vanitatem, et aflictionem spiritus*. Mas no por esto se crea, que estos nuevos hombres despreciaban el conocimiento de las criaturas; antes por el contrario; investigaban su

naturaleza y sus propiedades, pero no paraban aquí, sino que se remontaban hasta contemplar el ser y perfecciones del Creador. No se asemejaban al cuervo, que, habiendo sido enviado por Noé, para explorar las aguas del diluvio, y que, cebándose en los cadáveres inmundos, que encontró en la cima de las montañas, y en las ondas, no se acordó de volver á sus manos sino que, asemejándose á la paloma, que habiendo sido enviada con el mismo destino que el cuervo, revoloteando en el horizonte, viendo inundado el terreno, se volvió á las manos de su dueño Noé. A esta escuela de verdaderos sábios pertenecieron los Dionisios, Clementes, Atanasios, Orígenes y Cirilos, á quienes jamás pudieron contrarestar los herejes. Más, desde que el mahometismo se introdujo en ésta ciudad, todo acabó; pues á no ser por los extranjeros, que se han ido á radicar en ella, Alejandría hubiera corrido la suerte de las demás ciudades de Oriente, donde

impera la media luna.

En los tres días que permanecí en ella, pude formarme una idea exacta de lo que es; aunque, si se me preguntara sobre su hermosura, comercio y actividad, no hallaría que responder; pues, en esta población se ven los mas disformes contrastes; un palacio de magnífico mármol, con espaciosos jardines, y á su lado casuchas mal construidas; hombres ostentando el sumo lujo en sus personas, en sus carruajes tirados por cuatro frisonas, pasando por entre multitud de camellos conducidos por árabes, en los cuales se retrata la suma miseria; suma actividad en unos, la suma indolencia en los otros; señoras europeas ricamente vestidas y compuestas al último gusto, al lado de sucias mujeres, vestidas de un tosco lienzo azul, descalzas, con un velo que cubre su nariz y boca, sostenido por unos anillos de cobre, que llevan sobre la frente, los cuales penden de una especie de toca. Aquí aturde el ruido de los negocios y placeres, allá espanta la soledad y el silencio del desierto.

El 19 quise ir á visitar la famosa columna de Pompeyo, que es la admiración de todos los extrangeros; como está á extramuros de la ciudad, fué necesario tomar un coche, y acompañado de un dragoman, me dirigí allá; queda al Sur, sobre una eminencia árida y enteramente despoblada, pues no se encuentra allí cerca, sino un miserable cementerio árabe. El pedestal de esta columna se eleva de catorce á quince piés sobre la tierra, la caña, que es de una sola pieza, es de granito, tiene noventa, y el capitel que es de orden corintio, diez: el total forma una elevación de ciento catorce, á ciento quince piés. Aunque en la historia no se encuentran datos, que manifiesten la antigüedad y el objeto con que fué erigida esta columna, una inscripción descubierta en 1801 por unos oficiales ingleses, atestigua que fué levantada por Posidio, prefecto de Egipto, en honor de Diocleciano, dios titular de Alejandria.

A mi regreso á la ciudad, al atravesar una de esas calles estrechas y tortuosas, ví una carretilla en la cual estaba senta-

do un turco tullido, muy sucio, y que á él se acercaban muy reverentes los árabes y le besaban la mano, haciéndose una especie de cruz con ella; pregunté al dragoman que me acompañaba, ¿qué significaba aquello? y me respondió, que era un santón, á quien los musulmanes veneran como santo.

En los tres días que permanecí en ésta ciudad, á las seis de la tarde me volvía al vapor; en las noches me divertía viendo la multitud de botecitos, y oyendo recitar á los árabes sus oraciones, entre los cuales, unos, parecía que rezaban una especie de letanía, en la que uno de ellos hacía coro, y los otros contestaban.

El 20 por la mañana, fuí á visitar la Iglesia de Santa Catalina, que hace las veces de Catedral: su arquitectura es muy sencilla, agrada mucho la suma limpieza que reina en ella; en el altar mayor, hay un magnífico cuadro representando á la Santa en el momento del martirio. ¿A qué oídos no ha llegado la noticia, las grandes virtudes, la profunda sabiduría y la asombrosa constancia en los tormen-

tos de Santa Catalina? Ella fué la que con su ejemplo, enseñó la práctica de todas las virtudes; la que con su prodigiosa sabiduría, hizo triunfar la verdad del cristianismo, sobre la ciencia de los filósofos paganos, convocados por el emperador Maximino, para hacerla desistir de su fé; y ella en fin, la que con su sangre y sus carnes despedasadas, entre las ruedas de navajas, manifestó su invicta constancia, rehusando primero la corona del imperio romano, por adquirir las dos coronas en el cielo, de vírgen y de martir,

El 21, á las cuatro de la tarde, salí de Alejandría; y despues de diez y siete horas de navegación, llegué á Port Said, ¿Cual sería mi sorpresa, cuando al llegar, viniendo recargado sobre el barandal del buque, oigo una voz desde la playa, que me llama por mi nombre! Al principio, creí que fuera ilusion, pues al considerarme como á unas cinco mil leguas, retirado de mi patria, en una ciudad egipcia ¿donde iba á imaginarme que hubiese en ella, alguna persona que me conociera? Pero al repetirse la misma palabra, ten-

dí la vista á la playa, para ver de donde salía la voz: entónces ví con no poca sorpresa mia, á mi buen amigo el Sr. D. Domingo Urtaza, que se dirigia á visitar los Santos Lugares. Este Sr., habia salido de León para Europa el mismo dia que yo, y habiamos seguido juntos nuestro viage hasta la Habana; allí nos separamos, porque el Sr. Urtaza se fué directamente para España, y yo me dirigí á los Estados-Unidos, para ver á un hermano mio, que se encuentra en Nueva York. Desde la Habana no habia tenido noticia de éste Sr., de modo, que, al verlo allí, recibí una sorpresa de lo mas agradable. Inmediatamente le dí gracias á Dios, que tan benigno y misericordioso se habia mostrado conmigo, dándome para que me acompañase, tan estimable persona. Tomando un botecito me dirigí al puerto; allí, dándole un estrecho abrazo, nos fuimos á un pequeño hotel, en donde almorzamos, y salimos á visitar la ciudad. No se encuentra en ella, nada que pueda llamar la atencion, sino el famoso canal que une

el Mediterráneo con el mar Rojo, en cuya entrada está construida la ciudad. Despues de unas cuatro horas de permanencia en ella, me encaminé acompañado de mi amigo, al vapor, que debia partir á la una de la tarde. No se hizo esperar mucho, pues á los pocos momentos estábamos de marcha.

III.

EL 23 á las nueve de la mañana, tenía á mi vista á Jafa, primer puerto de Palestina, que se toca yendo por la via de Alejandria. Inmediatamente, tomando un bote, me dirigí al convento, acompañado del Sr. Urtaza y de un turco que los religiosos mandan para que conduzca á los viajeros. ¡Qué impresiones tan agradables se experimentan, al considerar que está uno en aquella tierra bendita, donde vivieron los Patriarcas, donde vaticinaron los Profetas, y donde los Apóstoles predicaron al mundo aquellas su-

dí la vista á la playa, para ver de donde salia la voz: entónces ví con no poca sorpresa mia, á mi buen amigo el Sr. D. Domingo Urtaza, que se dirigia á visitar los Santos Lugares. Este Sr., habia salido de León para Europa el mismo dia que yo, y habiamos seguido juntos nuestro viage hasta la Habana; allí nos separamos, porque el Sr. Urtaza se fué directamente para España, y yo me dirigí á los Estados-Unidos, para ver á un hermano mio, que se encuentra en Nueva York. Desde la Habana no habia tenido noticia de éste Sr., de modo, que, al verlo allí, recibí una sorpresa de lo mas agradable. Inmediatamente le dí gracias á Dios, que tan benigno y misericordioso se habia mostrado conmigo, dándome para que me acompañase, tan estimable persona. Tomando un botecito me dirigí al puerto; allí, dándole un estrecho abrazo, nos fuimos á un pequeño hotel, en donde almorzamos, y salimos á visitar la ciudad. No se encuentra en ella, nada que pueda llamar la atencion, sino el famoso canal que une

el Mediterráneo con el mar Rojo, en cuya entrada está construida la ciudad. Despues de unas cuatro horas de permanencia en ella, me encaminé acompañado de mi amigo, al vapor, que debia partir á la una de la tarde. No se hizo esperar mucho, pues á los pocos momentos estábamos de marcha.

III.

EL 23 á las nueve de la mañana, tenía á mi vista á Jafa, primer puerto de Palestina, que se toca yendo por la via de Alejandria. Inmediatamente, tomando un bote, me dirigí al convento, acompañado del Sr. Urtaza y de un turco que los religiosos mandan para que conduzca á los viajeros. ¡Qué impresiones tan agradables se experimentan, al considerar que está uno en aquella tierra bendita, donde vivieron los Patriarcas, donde vaticinaron los Profetas, y donde los Apóstoles predicaron al mundo aquellas su-

blimas y eternas verdades!

Jafa es aquella poblacion que se conoce con el nombre de Jope, en la Escritura; á la que S. Gerónimo interpreta belleza ó hermosura, y á la que los judios llaman la bella ó agraciada. Su situacion no puede ser mas pintoresca; sus casas abovedadas, aparecen agradablemente agrupadas en una colina; tienen vista al mar, y en la eminencia de esta colina, se goza de una vista esplendente; déjanse ver hermosos jardines, donde ostentan todo su verdor y lozanía, frondosos naranjos, vistosos granados, corpulentas higueras, elevadas y graciosas palmeras y otros arbustos propios del país.

La fundacion de esta ciudad, se atribuye á Jafet, tercer hijo de Noé, y aun se dice, que fué el lugar donde se construyó el Arca. Lo indudable es, que es uno de los puertos mas antiguos del mundo. En él fué donde abordaron las flotas cargadas de cedros del Líbano, que Hiran rey de

Tiro, enviaba á Salomon, por la construccion de su grandioso Templo. Esta ciudad, fué la que Judas Macabeo incendió para castigarla por la perfidia de sus habitantes, que quitaron la vida á doscientos hebreos. A ella fué llamado el príncipe de los Apóstoles, que se hallaba en Lidia; y aquí obró el gran milagro de volver la vida á la muger Tavita, conocida con el nombre de Dorcas. Aquí mismo fué donde tuvo la vision San Pedro, referente á Cornelio, en donde vió en el cielo aquella sábana misteriosa, que contenia multitud de animales; con cuya vision, Dios le dió á entender, que los gentiles eran tambien llamados á la Iglesia. En este mismo puerto se embarcó Jonás para Tarsis, cuando huía del compromiso que tenia con Dios, de ir á predicar á Nínive; y en este mar fué tragado por el pez, que lo vomitó ileso, á los tres dias, en la costa.

La casa del curtidor, en que se hospedaba San Pedro, y en donde tuvo dicha vision, secompone de dos pequeñas pie

zas, de las cuales, una era en la que estaba el Santo; tiene como unas cinco varas de largo, otras tantas de ancho, una sola puerta y dos ventanas.

Después de haber descansado un rato, me despedí del presidente de la casa, que era un español, y á las cuatro de la tarde del mismo día, 23 de Mayo, salí de Jafa, en un cochecito muy incómodo, para la deseada Jerusalem.

Después de haber dejado los inmensos jardines de que he hablado, llegué á la llanura de Saron, que fué la que Sanson incendió, atando teas encendidas en las colas de las zorras. Al atravesarla, ví mucho ganado mayor y menor: las cabras tienen las orejas sumamente grandes y colgantes, las ovejas también son extrañas, pues además de la particularidad de las orejas, tienen las colas extremadamente anchas. Todos estos ganados me recordaban los de los primeros Patriarcas.

Eran las seis de la tarde cuando llegué á Rama, que es la antigua Ari-

matea, de donde era oriundo José, aquel que bajó al Señor de la Cruz. Me dirigí al convento, acompañado del Sr. Urtaza y de un alemán que se había reunido con nosotros en Jafa. Como la comunidad no estaba allí, aproveché la oportunidad de visitar la torre de los cuarenta mártires. Esta es de una bella arquitectura, y su elevación será de unos ciento cincuenta piés: yo á pesar de lo cansado que estaba, subí á su eminencia, desde donde gocé de una hermosísima vista; dicha torre está circunvalada de unos arcos arruinados, que, se dice, pertenecieron á un antiguo convento de templarios. Como debía partir á las ocho de la noche, me volví al convento, en donde fuí presentado al padre guardian, que era español, el cual me recibió con mucha amabilidad; cené juntamente con mis compañeros, y habiendo concluido, me despedí del padre guardian, y me dirigí al coche, pues ya era hora en que debía partir. A las ocho salí de Rama, y después de haber caminado toda la noche llegué á las cinco de la mañana

del día 24 á un pequeño valle, en el cual hay un torrente, y sobre el torrente un puente de piedra: este valle tiene el nombre de Terebinto, que recuerda aquella famosa batalla del pueblo de Israel contra los filisteos, y la gloriosa victoria que alcanzó aquel humilde pastorcillo de Belén, sobre el soberbio Goliath. Entre Rama y el valle del Terebinto, quedan Latrún, patria de aquel dichoso bandolero, que confesó gloriosamente sobre la cruz, así la inocencia, como la divinidad de Jesucristo y Modin patria de los esforzados Macabeos; yo no pude verlas, porque la noche estaba muy oscura y todo lo ocultaba.

Después de dormir un poco; comencé á aparecer tras de las lejanas montañas la aurora matinal y esparcía su pálida y melancólica luz sobre los objetos que me rodeaban.

A proporción que me acercaba á Jerusalén, iba desapareciendo toda vegetación, no veía sino peñas desnudas de un color cobrizo; una hora dilatè en subir aquel terreno montañoso, cuando repen-

tinamente descubrí el Olivete, coronado con su mezquita, poco después, aparecieron de improviso las murallas, y se presentó á mi vista la Santa Ciudad. Al aproximarme y observar el silencio que reinaba en ella, parecía que escuchaba los lamentos del Profeta Jeremías, que, teniendo á su vista la Ciudad desolada, suspiraba y dando alaridos prorumpía:

ALEPH.

¡Que desierta! Qué triste, desolada,
La ciudad tan poblada!
La que de las naciones fué señora,
Cual viuda jóven gime abandonada;
Tributo paga ahora
A nación extranjera,
La que tantos tributos impusiera.

BETH.

Oculto entre las sombras, triste llora,
Que el dolor la devora;
Cruel el llanto abraza sus mejillas;
En su noche, de luz consoladora
Ni un solo rayo brilla.
La han despreciado todos sus amigos,

Y se han vuelto implacables enemigos.

GHIMEL.

Por terribles cadenas oprimida,
Huye Judá, la vida
Buscando la paz entre las gentes,
Y la tranquilidad apetecida
Le niegan inclementes.
La estrechan con rigores
Por todas partes sus perseguidores.

DALETH.

De Sión están las vías enlutadas
Por que á las renombradas
Solemnidades la nación no asiste;
Las puertas todas yacen derrumbadas;
El Sacerdote triste
Gime, y la Virgen de amargura llena,
Entre sollozos da al viento su pena.

HE

Los despojos disfruta el enemigo,
Justísimo castigo
De inmensa muchedumbre de pecados;
Y sin patria, sin paz, sin un amigo,

Caminar maltratados,
Mira á sus pequeñuelos
Pobres cautivos en lejanos suelos.

UAU

La hija de Sión contempla con tristeza
Perdida su belleza
Cual carneros dispersos que no hallan
Pastos, así la flor de su grandeza
Por esto sufren, callan,
Y marchan maltratados, quizá heridos
Por sus perseguidores conducidos.

ZAIN.

Graba Jerusalem en la memoria
De su aflicción la historia,
Cuando por viles prevaricaciones
Perdidos ve sus bienes y su gloria,
Y á enemigas naciones,
Mirándola impotente,
Escarnecer la creencia de su gente.

HETH.

Enorme fué sin duda tu pecado
Que Dios ha castigado

Mandando errante vagues por el mundo:
Quien ayer te elogió, te ha despreciado,
Al ver tu cieno inmundo.
Tu misma, sollozando, siempre triste
Tu afrenta y tu vergüenza comprendiste.

TETH.

Con su inmundicia vil sus pies manchaba,
Loca, no meditaba,
Del pecado las negras consecuencias:
Hoy que profundo abatimiento graba
Su fruto en las conciencias,
No halla paz, ni consuelo;
Halla altiva la tierra y sordo el cielo

JOD

Del Santuario al tesoro mas precioso
Extiende codicioso
El enemigo temeraria mano,
En los sacros recintos orgulloso
Penetrará el pagano
¡El pagano á quien veda la ley santa
Hollar el templo con su impura planta!

CAPH

El pueblo todo estaba atribulado,
De buscar fatigado
El necesario pan para la vida,
Su más rico tesoro había dado
Por misera comida.
Señor, mi abatimiento
Mira: mírame esclava y sin sustento.

LAMED

Mirad los que cruzais por el camino,
Si existe otro destino
Como el mio, tan triste y desgraciado.
La implacable ira del furor divino
Mis campos ha talado
He quedado en la Edad profetizada
Cual viña por su dueño vendimiada.

THAN.

Perdóname, Señor, mis extravíos,
Condena mis desvíos
Cual mis maldades todas condenaste;
Mas descarga el furor en los impios
Cual en mí descargaste
De tu ira Omnipotente
El rayo que abrazó cruel mi frente.

Ahora todo se ha trocado en ella, el amargo llanto ha sucedido á la alegría, y su antigua beldad y hermosura, han sido convertidas en ruina y desolación. Sin embargo, al acercarme á esta ciudad descubrí no sé qué de misterioso, parece que al verla me decía: "yo fui la cátedra donde se enseñó al mundo por primera vez aquellas sublimes verdades, que hicieron cambiar de faz al universo; aquí mismo, El que es la eterna verdad enseñó de viva voz aquella doctrina divina, con la que fueron disipadas las tinieblas de los entendimientos; y aunque sentada ahora en las sombras de la muerte, tuve en mi seno al que es la Luz, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo."

Absorto en estas reflexiones penetré á la Santa Ciudad, á las siete de la mañana, por la puerta de Jafa y conducido á la casa de peregrinos, me recogí con intención de descansar; pero como estaba tan conmovido, al considerar que ya la dicha, por la que tanto tiempo había suspirado, estaba cumplida, no pude dormir un solo momento.

IV.

Fueran las tres de la tarde del mismo día 24, cuando me dirigí, acompañado del Sr. Urtaza, á la Iglesia del Santo Sepulcro; despues de haber atravesado unas callejuelas irregulares, en las que me era preciso andar con mucho cuidado, para no exponerme á caer; pues las piedras del piso son sumamente lisas: llegué á un callejón techado que tenía la apariencia de un subterráneo, y despues de haberlo atravesado vi una pequeña plaza, á la que bajé por unos cuantos escalones: enfrente se levanta la Iglesia del Santo Sepulcro, cuya fachada se compone de dos puertas góticas, de las cuales una está tapiada, y arriba de estas puertas dos ventanas del mismo orden; á un lado hay una torre arruinada en su parte superior, que servía antiguamente de campanario y ahora está sin uso; en el otro lado se encuentra una pequeña capilla que hace parte del Calvario, dedicada á Ntra. Señora de los

Ahora todo se ha trocado en ella, el amargo llanto ha sucedido á la alegría, y su antigua beldad y hermosura, han sido convertidas en ruina y desolación. Sin embargo, al acercarme á esta ciudad descubrí no sé qué de misterioso, parece que al verla me decía: "yo fui la cátedra donde se enseñó al mundo por primera vez aquellas sublimes verdades, que hicieron cambiar de faz al universo; aquí mismo, El que es la eterna verdad enseñó de viva voz aquella doctrina divina, con la que fueron disipadas las tinieblas de los entendimientos; y aunque sentada ahora en las sombras de la muerte, tuve en mi seno al que es la Luz, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo."

Absorto en estas reflexiones penetré á la Santa Ciudad, á las siete de la mañana, por la puerta de Jafa y conducido á la casa de peregrinos, me recogí con intención de descansar; pero como estaba tan conmovido, al considerar que ya la dicha, por la que tanto tiempo había suspirado, estaba cumplida, no pude dormir un solo momento.

IV.

Fueran las tres de la tarde del mismo día 24, cuando me dirigí, acompañado del Sr. Urtaza, á la Iglesia del Santo Sepulcro; despues de haber atravesado unas callejuelas irregulares, en las que me era preciso andar con mucho cuidado, para no exponerme á caer; pues las piedras del piso son sumamente lisas: llegué á un callejón techado que tenía la apariencia de un subterráneo, y despues de haberlo atravesado vi una pequeña plaza, á la que bajé por unos cuantos escalones: enfrente se levanta la Iglesia del Santo Sepulcro, cuya fachada se compone de dos puertas góticas, de las cuales una está tapiada, y arriba de estas puertas dos ventanas del mismo orden; á un lado hay una torre arruinada en su parte superior, que servía antiguamente de campanario y ahora está sin uso; en el otro lado se encuentra una pequeña capilla que hace parte del Calvario, dedicada á Ntra. Señora de los

Dolores, por ocupar el lugar en que se dice haberse retirado esta Santísima Señora, en el momento de la crucifixión de su Hijo querido: se sube á ella por ocho escalones.

Después de haber contemplado el exterior del edificio, penetré al interior del templo por la puerta principal, é inmediatamente se presentó á mi vista la piedra de la Unción, que dista como unos nueve pasos de la puerta, tiene como unos ocho piés de largo, por dos de ancho; allí postrándome, besé aquella sagrada piedra santificada con el contacto de mi amantísimo Salvador. Mas ¿cómo podré explicar la emoción que experimentó mi corazón al acercarme á este lugar santo? Aquí contemplaba á mi Dios muerto, y muerto por mi amor. ¡Cuántas lágrimas de ternura se derraman al visitar estos Santos Lugares! Ocho lámparas arden constantemente sobre este sitio.

Después de haber venerado la piedra de la Unción, como á unos doce pasos á la derecha está el Calvario, al que se sube por unos diez y ocho escalones; este

es el monte sacrosanto, que tuvo la dicha de sustentar el árbol de la cruz, durante el cruento sacrificio de la redención del mundo. Aquí me postré y adoré á mi amantísimo Redentor, en aquel mismo lugar en donde derramó raudales de sangre por el rescate de nuestras almas. Aquí se me representó por una parte el grande amor de Dios para con el pueblo judío y por otra la ingratitud de éste para corresponder á él; ántes de separarme quise leer los improperios que la Iglesia canta con amargura el viernes Santo durante la adoración de la cruz, y cuya traducción es como sigue:

Ingrato y obstinado pueblo mío,
Respóndeme legal y verdadero,
¿Que mal te hice severo,
O con que te afligió mi mano justa
Para correspondencia tan injusta?

¿Por que en tu cautiverio y aflicciones
De Egipto te saque con tanta gloria,
Llenandote de dichas y victoria
En las crueles y sangrientas aras
Hoy á tu redentor la cruz preparas?

¿Por que allá en el desierto te conduje
Por el espacio de cuarenta años,
Librandote de riesgos y de daños,
Y dándote el Maná en la tierra buena,
Me ofreces de la cruz la dura pena?

¿Que debió mi piedad hacer contigo?
¿Mi paternal amor, que hacer debía?
Respóndeme tu ciega infiel porfía:
Yo que debía hacer, que ya no hice,
¿O en que tu corazón no satisface?

Yo fiel y justo padre de familias
Te planté, como viña regalada,
Con tantos beneficios cultivada;
Pero tu siempre infiel, agreste y dura,
Solo me diste frutos de amargura

Allá cuando en la Cruz me vi sediento
El agua te pedí, y me la negaste
Del ácido vinagre me saciaste,
Y con ingrata acción y brazo osado
A briste con la lanza mi costado.

Yo esgrimi el duro azote por tu causa
Contra el Egipcio Pueblo, y sus primados
En tu pronta defensa castigados
Y tú con mano fiera em azotaste,
Y à la cruel justicia me entregaste.

Yo te saqué de Egipto, y de su yugo,

Dejando á Faraón y á sus soldados
Entre las rojas aguas anegados,
Y tú á los Sacros Jueces sin escusas
Me presentas, me entregas y me acusas.

Yo separé las aguas del mar Rojo
Abriéndote el camino mas seguro
Y tú con obstinado pecho duro
En injusta venganza,
Abriste mi costado con la lanza.

Yo delante tí por los caminos
En columna de nube te guiaba,
Que cierta dirección y luz te daba,
Y tú con modos perfidos é ingratos
Al juicio me conduces de Pilatos.

Yo en el inculta y áspero desierto
Te preparé el Maná dulce y sabroso,
Y tu brazo alevoso,
En acciones sacrilegas y osadas,
Con azotes me paga y bofetadas.

Yo de la dura piedra milagrosa
Hice manar el agua saludable,
Que mitigó tu sed intolerable,
Y tú á la mía ofreces
De vinagre y de hiel amargas heces.

Yo à los injustos Reyes Cananeos
Castigué por tu causa y tu defensa,

Y tú solo me pagas con la ofensa
De herirme la cabeza con la zaña
Del afrentoso golpe de la caña.

Yo el alto cetro real puse en tu mano,
Que autoridad te dió por todo el mundo,
Y tú siempre obstinado sin segundo,
Con pérvida dureza,
Coronaste de espinas mi Cabeza,

Yo ensalsé tu poder sobre otros pueblos,
Yo te hice respetar de extrañas gentes,
Que tributos te dieron reverentes
Y tú morir me hiciste, infiel y falso
De la afrentosa Cruz en el cadalzo.

Ingrato y obstinado Pueblo mío
Respóndeme legal y verdadero,
¿Que mal te hice severo,
O con que te afligió mi mano justa,
Para correspondencia tan injusta.?

La superficie de este santo monte, tiene unos cuarenta y seis piés cuadrados; se haya dividida en dos capillas separadas por un arco. Una de ellas es donde tendieron la cruz para crucificar y clavar á mi Señor Jesucristo, cumpliéndose lo que el Salmista habia predicho: "taladra-

ron mis manos y piés y se desencajaron mis huesos." En este lugar está erigido un altar de mármol, en el que hay un cuadro representando este acontecimiento: todos los dias se ofrece en él, el santo sacrificio de la Misa por los Padres Franciscanos; pues este sitio pertenece á los latinos.

El otro Santuario, pertenece á los griegos cismáticos, y es donde estuvo enarbolada la cruz, durante el tremendo sacrificio; aquí se encuentra el agujero que sostuvo al sacrosanto madero. Una plancha de plata cubre este sitio, dejando descubierto el agujero. Segun la tradición, Nuestro Señor Jesucristo quedó mirando al Occidente y los dos ladrones estaban atrás, de manera que las tres cruces formaban un triangulo.

Debajo del Calvario, en una capilla subterránea, se encuentra el Sepulcro de Adán. Que el primer hombre, fué sepultado en este lugar lo afirman escritores de eminente autoridad, entre los que se cuentan algunos Doctores de la Igle-

sia, como son: San Ambrosio, San Epifanio y San Juan Crisóstomo. Esta capilla tiene como unos quince pasos de longitud por ocho de latitud; está dividida en dos partes por una pared, que se comunican por una puerta; en una de ellas enseña la tradición que fué hallado el cráneo de Adán. La concavidad donde se cree haberse encontrado dicho cráneo, queda perpendicular al agujero en el que fué colocada la Santísima Cruz. En dicha capilla fueron sepultados los reyes católicos de Jerusalem, Godofredo de Bouillon y Balduino su hermano.

Saliendo de la capilla de Adán tomé á la derecha y me dirigí á la capilla de los Improperios, llamada así por que en ella se conserva un trozo de columna sobre la cual estuvo sentado mi Señor Jesucristo, cuando recibió de los verdugos los mayores ultrajes é improperios, poniéndole un manto sobre sus espaldas, colocando en su Santísima cabeza la corona de espinas y dándole en sus manos una caña por cetro. Habiendo besado con reverencia aquella columna, en don-

de el Rey Inmortal de cielos y tierra quiso ser tratado como rey de burlas por mi amor, me dirigí, caminando siempre á la derecha á la capilla de Santa Elena y á la de la Invención de la Santa Cruz, las cuales se encuentran como á veinte pasos de la de los Improperios; se bajan como unos treinta escalones de piedra; á la entrada al lado izquierdo vi un lugar muy elevado en donde estaba orando Sta. Elena, para que el Señor le concediera la dicha de hallar el precioso tesoro de la Cruz. A la derecha hay una escalera de doce escalones, los que bajé; es una gruta subterránea en la que fué encontrado el signo de nuestra redención. Me postre en este lugar, rezando un Padre Nuestro, para ganar la indulgencia plenaria que está concedida.

A muy poca distancia de estos lugares, como á unos cuatro ó cinco pasos, se encuentra la capilla de la división de las vestiduras, por ser donde los soldados sorteáron la túnica del Señor. Continué el camino siempre á la derecha y llegué á uno como pasadizo muy oscuro, en cu-

yo fondo hay una piedra; se asegura que esta es una cárcel donde los judíos obligaron al Señor á tomar algún descanso, para que pudiese subir la cumbre del Gólgota, no porque le tuviesen compasión, sino por temor de que muriese en el camino, perdiendo por esto el placer de crucificarle con la mayor ignominia. Muy inmediato á este lugar, se encuentra el sitio donde el Señor se apareció á la Magdalena en traje de hortelano; aquí hay un magnífico cuadro sobre un altar, representando dicho pasaje; en el pavimento está un mosaico de mármol de forma circular destinado á señalar el lugar donde se verificó dicha aparición. Como á nueve pasos de aquí ví una capilla en donde se encuentran tres altares; en el altar de enmedio está el depósito del Santísimo Sacramento; en el que está al lado de la Epístola se haya un trozo de la columna de la flagelación y en el del lado del Evangelio se veneraba un fragmento de la verdadera cruz; pero este fué robado por los cismáticos. En esta capilla es donde tienen los padres franciscanos el coro,

donde diariamente se reza el oficio divino.

Habiendo salido de esta capilla, atravesé la de la Magdalena, desde donde contemplé la magnífica rotunda, cuyo círculo forman dieciocho columnas que sostienen una galería y cúpula magestuosa. En su centro se encuentra un catafalco de mármoles amarillos y blancos; dentro de él se contiene la Sagrada tumba del Señor, y una pequeña cámara que se nombra del "Angel" en cuyo centro so levanta un pedestal que sostiene una piedra de dieciocho pulgadas en cuadro; éste es el lugar en donde estaba sentado el mensajero del cielo que anunció á las mugeres la resurrección del Señor, cuando ellas se dirigían á embalsamarlo. De aquí pase por una puerta muy baja á la cámara sepulcral: á la derecha se vé una losa de mármol que ocupa toda la longitud del gabinete, tiene seis piés de largo y su elevación es como de doce pulgadas. Este es el mismo sitio, en el que fué colocado el cuerpo de mi Señor Jesucristo. ¡Que impresiones tan opuestas experimenté al penetrar á este santísimo lugar!

Alí se me representó Aquel que es la vida, muerto; el Sol divino oscurecido, la hermosura afeada; las manos divinas que resucitaban los muertos, agujeradas por los clavos, de la misma manera aquellos santísimos piés que tantos pasos dieron para consolar á los afligidos; el costado sacrosanto perforado por la lanza y en fin exánime y muerto por nuestro amor. .. Aquí se me representó también aquella tiernísima Madre depositando el cuerpo de su adorado Hijo en el sepulcro y diciendo aquellas palabras que el P. Fray Luis pone en su boca: "¡Oh dulcísimo Hijo mío, ¿qué haré ahora sin tí? Tú eras mi hijo, mi padre, mi esposo, mi maestro y toda mi compañía. Ahora quedo como huerfana sin padre, madre sin hijo, viuda sin esposo y sola sin tal maestro y tan dulce compañía. Ya no te veré mas entrar por mis puertas, cansado de los discursos y predicación del Evangelio. Ya no limpiaré mas el sudor de tu rostro asoleado y fatigado de los caminos y trabajos. Ya no te veré mas sentado á mi mesa comiendo y dando de comer á mi

alma con tu divina presencia. Fenecida es ya mi gloria, hoy se acaba mi alegría, y comienza mi soledad!"

Pero estas impresiones de dolor vinieron á ser templadas por pensamientos de regocijo; pues me parecía que se escuchaba aún la voz del Angel que me decía lo que á las mugeres: "Consolaos, porque es Jesús á quién habeis visto morir entre tormentos, no está aquí, pues ha resucitado glorioso *surrexit, non est hic*. (1)

Después de haber visitado el Santísimo Sepulcro, me dirigí á la sacristía, para esperar la procesión que diariamente se hace por los religiosos que habitan en el convento que tienen contiguo al Santo Sepulcro. A las cuatro salió toda la comunidad: yo me hice muy amigo de un excelente Padre llamado Fray Daniel Mayoz, quien habiéndome dado una vela (que aun ahora conservo como recuerdo de ésta felicísima peregrinación) recorrí todos aquellos Santos Lugares que acababa de visitar: durante la procesión

(1) S. Marcos, cap. 16 v. 6.

se cantaron himnos relativos á los acontecimientos que allí tuvieron lugar se incensaron los altares, y concluimos en el altar del Santísimo Sacramento, en donde se cantó el *Tantum ergo*.

El 25 de Mayo dije misa en la Iglesia de San Salvador, que hace las veces de parroquia; acompañado del Sr. Urtaza y de un dragomán llamado Rafael que hablaba el castellano, me dirigí á visitar los tribunales que mi Señor Jesucristo anduvo el día de su pasión. Después de haber andado unas callejuelas muy angostas, llegué á una plazuela en donde se encuentra una torre, que se llama de David, por ocupar el lugar del palacio de este rey. De allí me dirigí a la casa de Anás que queda en una de las pendientes del Monte Sión, hacia la parte meridional. Actualmente hay aquí un convento de monjas armenias, y una Iglesia, que ocupa el sitio en donde mi Señor Jesucristo fué custodiado antes de ser presentado al Ex-sumo sacer-

dote. Antes de entrar á la Iglesia se encuentra un salón, en cuyo fondo á la derecha, se vé el lugar del interrogatorio, donde mi Señor Jesucristo recibió aquella terrible bofetada del criado del Pontífice, por haberle respondido diciendo: "que se preguntara sobre su doctrina á los que El había enseñado, la cual había predicado, no en secreto, sino publicamente en las sinagogas y en el templo." De la casa de Anás, me dirigí al palacio de Caifás; está extramuros de la ciudad, y sobre el mismo monte Sión. Antiguamente había aquí una Iglesia que Santa Elena había dedicado al príncipe de los Apóstoles San Pedro, para honrrar la memoria del arrepentimiento y lágrimas de este Santo: después tomó el nombre del Salvador por consideración á lo muchísimo que el Señor padeció en aquel lugar. Actualmente se compone de un patio que tiene unos corredores tapiados, que hacen las veces de átrio; en el lado izquierdo queda una devotísima capilla en cuyo

presbiterio al lado de la Epístola ví un aposento muy estrecho y oscuro, en donde mi Señor Jesucristo pasó la noche atado, después de haberle traído de la casa de Anás. Ala salida de la capilla á la derecha, se me mostró el sitio que ocupaba San Pedro, cuando tuvo la desgracia de negar á su Maestro.

De aquí me dirigí al Pretorio de Pilatos; ahora está convertido en cuartel turco; el pátio de que habla el Evangelista S. Márcos, destinado para azotar á los delincuentes que no gozaban los fueros romanos, queda enfrente del Pretorio, en cuya entrada ó frontispicio se leen aquellas palabras del salmo 181 *‘Introibimus in tabernaculum ejus: adorabimus in loco, ubi steterunt pedes ejus.’* “Entraremos en su tabernáculo; le adoraremos en el lugar, donde estuvieron sus piés.” En este pátio recibió mi Señor Jesucristo cinco mil azotes, de manos de los verdugos; sin embargo de ordenar la ley de Moisés que no excedieran de cuarenta; porque no cai-

ga (dice la ley) tu hermano delante de tí feamente despedazado” Pero en la causa de este mansísimo cordero, fueron violadas todas las leyes. El arco en que Pilatos presentó al Señor diciendo: “Mirad aquí el hombre” atraviesa la calle comunicando el Pretorio con el palacio de Pilatos. Este palacio, está convertido en un convento de hijas de Sión, que se ocupan en educar á las niñas y asistir á los enfermos.

En seguida, fuí á visitar el palacio de Herodes, que se encuentra á la derecha, siguiendo la vía dolorosa; no ví sino unas paredes en ruinas; fué aquí en donde el Señor fué conducido á la presencia de Herodes, que esperaba ver alguna maravilla de las que se contaban de El. En este palacio fué vestido el Señor, con una túnica blanca, y tratado como si fuera loco.

Después de visitar los Tribunales, me dirigí á la Iglesia del Apóstol Santiago, llamada así por que está construida en el mismo lugar en donde este Após-

tol bebió el caliz, que le prometiera Jesucristo.

Este templo está muy cerca de la casa de Anás; su construcción es magnífica: tiene una cúpula, que aunque no muy elevada, está graciosamente acabada. En el interior del templo, á la izquierda, ví una pequeña cámara tapizada de azulejos, en donde me enseñaron el lugar en que fué degollado Santiago por orden de Herodes Agripa.

De aquí pasé á visitar el santo Cenáculo, que es el más célebre y sagrado de todos los monumentos del monte Sión; el primer templo del cristianismo en donde el Señor obró aquellos sublimes misterios, Este divino Señor, no queriéndonos dejar huérfanos, pues estaba próximo á dejar este mundo, habiéndonos amado tiernamente, nos amó hasta el fin. Los hombres lo separaban de sus hijos; pero El inventa un medio de estarse con nosotros todos los días, hasta la consumación de los siglos. é instituye el adorable sacramento de la Eucaristía, en el cual nos dejó

en alimento su sacratísimo cuerpo y preciosísima sangre, para unirse mas y mas con nosotros, ¡Oh fineza del amor de Jesucristo! ¡Oh incomprensible bondad! Al considerarme en aquel mismo lugar, yo, aunque indigno sucesor de los Apostóles en el ministerio de los altares, parecía que escuchaba estas palabras de la boca de mi dulce Jesús, próximo á morir: "haced esto en memoria de mí" La sala donde el Señor celebró tan grandes misterios; es de bóveda, está sostenida por dos columnas y se sube á ella por veinte escalones de piedra. Aquí mismo fué donde el Señor se apareció dos veces á sus discípulos, despues de resucitado, estando cerradas las puertas. Aquí echaron suertes los Apóstoles, para ver quien era el destinado para ocupar el lugar del traidor Judas, cayendo la suerte sobre S. Matías. Aquí recibieron el Espíritu Santo en lenguas de fuego, los Apóstoles y discipulos del Señor, en el día de Pentecostés. Aquí recibieron el diaconado S. Estéban y otros

seis discípulos del Señor; y aquí por último se celebró el primer concilio presidido por el Apóstol S. Pedro, en el que fué consagrado Santiago el menor, obispo de Jerusalem. Tan augusto y sagrado Santuario está hoy en poder de los turcos que lo han convertido en mezquita. Muy cerca de este lugar está el sepulcro de David, el cual no permiten los musulmanes sea visitado.

A las dos de la tarde del mismo día 25 de Mayo, víspera de la Ascensión, me fuí con toda la comunidad de los franciscanos al monte Olivete, para cantar las vísperas y maitines, en aquel mismo lugar en donde el Señor subió á los cielos. ¡Qué impresión tan agradable me causó la lectura de los hechos de los Apóstoles, en los cuales se refiere la Asención del Señor; con la consideración de que estaba en el mismo lugar, me parecía ver á mi Señor Jesucristo, despidiéndose y extendiendo su diestra santísima, para bendecir á sus discípulos: lo mismo que á estos siguiendo con los ojos y el corazón, á su querido Maestro.

El 26 por la mañana, día de la Ascención, dije Misa en el Olivete, en una pequeña mezquita, construida en el mismo lugar en donde la tradición enseña que se verificó la Ascención; dentro de esta mezquita se ve impresa en una roca la planta del pié izquierdo de mi Señor Jesucristo. Antiguamente se veía la del pié derecho pero los musulmanes la cortaron para llevarla á la mezquita de Omar. En efecto, allí se me mostrò una, pero á esto no le di mucho crédito. Después de la Misa de función, que el Padre Vicario cantó, me dirigí con toda la comunidad al lugar "Viri galilæi" llamado así por que en él estaban los Apóstoles con los ojos levantados al cielo, cuando repentinamente se les aparecieron dos varones vestidos de blanco, que les dijeron: "varones galileos: ¿que estáis mirando al cielo? Este Jesús que á vuestra vista ha subido al cielo, así vendrá como lo habeis visto ir" (1) Este lugar dista como unos docientos pasos al Septentrion del

(1) Hechos de los Apóstoles cap. 1.º v. 11

sitio donde se verificó la Ascensión. Descendiendo de la mezquita, al lado izquierdo, ví un magnífico convento edificado por una señora francesa, en el mismo lugar donde ansiosos los discípulos le pidieron al Señor que los enseñara á orar, y en donde mi Señor Jesucristo les enseñó aquella breve y misteriosa oración del Padre Nuestro. Entónces se creyeron felices, porque sus súplicas serían atendidas por Dios, puesto que habian aprendido esta oración de los lábios de su Unigénito Hijo Jesucristo. Yo al considerarme en aquel lugar, animado de la misma confianza exclamé levantando los ojos al cielo: "Padre nuestro que estás en los cielos".....Antes de entrar á la capilla se ve un magnífico patio que hace las veces de átrio, en donde está escrito el Padre Nuestro, en veinticuatro idiomas Bajando un poco de este lugar encontré una capilla subterránea, en donde los Apóstoles, ántes de separarse compusieron el símbolo de nuestra fé.

El 27 dije Misa en el Santo Sepulcro, y después acompañado de mi buen amigo

Fr. Daniel Mayóz, del Sr. Úrtaza. y del dragomán Rafael, fui á visitar la famosa mezquita de Ómar. Esta fué edificada por el Califa Omar, sucesor de Mahoma en el mismo lugar que ocupaba el magnífico templo del Señor, que Salomón construyó: antiguamente estaba rigurosamente prohibido á los cristianos el penetrar á esta mezquita, pero ahora se permite su entrada dando una pequeña cantidad de dinero. El edificio es octágono, y está construido sobre una plataforma que se eleva seis piés sobre el nivel de la plaza; descuellá una cúpula que termina en una linternilla; las paredes están revestidas de mármoles negros y blancos: para entrar á ella fué preciso descalzarme, lo mismo hicieron mis compañeros, pues los musulmanes no permiten que entre nadie con calzado, porque dicen que trae uno inmundicia, de la cual es preciso purificarse. En el interior, se ven magníficas columnas de mármol, jaspe y pórfido que sostienen la majestuosa cúpula, cuya cornisa está tapizada de mosaicos. Dices que en el centro está la


piedra en la que se recostó Jacob cuando tuvo la visión misteriosa de la escala por la cual subían y bajaban los ángeles. Después de haber visitado este lugar, me dirigí al templo de la Presentación, llamado así porque en este lugar estaba construido el templo de Zorobabel, en el que presentó la Santísima Virgen al niño Jesús, que fué recibido por el santo anciano Simeón, que lleno del Espíritu Santo exclamó: "Ahora sí, Señor, despide á tu siervo en paz; porque han visto mis ojos tu salud". (1) La construcción de este templo es suntuosa, y puede competir con los santuarios mas celebrados de Palestina. Después de haber rezado un Padre Nuestro, para ganar la indulgencia que está concedida, subí á la muralla de la ciudad por una escalera de piedra que está en la puerta Dorada, tan célebre por haber entrado por ella el Salvador el Domingo de Ramos; lo primero que se presentó á mi vista, fué el valle de Josafat, cuyo nombre tremendo, recuerda al cris-

[1] S. Lucas, cap. 3 v. 29.

tiano que allí acudiremos todos los mortales, al son de las trompetas en el último día de los siglos, para recibir del Justo Juez de vivos y muertos, el premio eterno, ó la eterna condenacion. Que este juicio debe verificarse en este lugar, lo manifiesta claramente el Profeta Joel por estas palabras: "Juntaré todas las naciones, y las conduciré al valle de Josafat, y allí disputaré con ellas (1) Absorto estaba con este pensamiento sombrío y hubiera querido permanecer mas tiempo; pero como ya era el medio día, me fué preciso abandonar este sitio, que tanta materia me daba para mas dilatadas reflexiones. Muy cerca de este lugar, está el santuario en donde nació la Santísima Virgen. Fué erigido sobre el solar de la casa que perteneció á S. Joaquin y Santa Ana: que estos esposos virtuosísimos poseían una casa en Jerusalem y que en ella nació la Santísima Virgen, lo afirma la constante tradición y autores de grande reputacion.

[2] Joel cap. 3. v. 2.

V

 las tres de la tarde del mismo día 27, emprendí mi peregrinación para el mar Muerto y río Jordan, que es una de las mas penosas, por el excesivo calor que allí reina, acompañado como siempre del Sr. Urtaza, del dragoman Rafael y dos genizaros; salí por la puerta de Jafa, y después de haber caminado tres horas, por entre montañas desnudas de toda vegetacion, las cuales formaban cañadas que á la vista espantaba el quererlas medir, y en donde encontraba multitud de grutas habitadas antiguamente por los anacoretas, de quienes se escribieron grandes elogios por Filon Platónico y Josefo. Repentinamente aparecieron á mi vista dos torres que parecian salir de los abismos: era el monasterio de San Sabás, cuya vista horroriza á los que no son aficionados á gustar de las soledades y dulzuras del sagrado recinto

del cláustro. Habiendo sido conducido al monasterio, quise ver lo mas notable que habia en él, salí á recorrerlo; y se me mostró una capilla, donde está el sepulcro de San Juan Damasceno, la morada de San Sabás y multitud de grutas habitadas ahora por monjes cismáticos que dicen siguen las reglas de San Basilio.

El 28, á las tres de la mañana, salí para el mar Muerto; el camino era peligrosísimo, á cada paso estuve á punto de desbarrancarme, y viendo el peligro inminente que corría, me bajé del caballo, haciendo lo mismo mis compañeros. Serian las ocho de la mañana, cuando llegué al mar Muerto, que cubre el valle de Siddim en el que estaban aquellas ciudades nefandas, cuyos crímenes resonaron hasta el cielo, por los cuales vino la justa indignación lloviendo sobre ellas un fuego abrasador y reduciendolas á cenizas. Las aguas de este mar, son mortíferas, pues no contienen ningún pez y sobre la tierra parece que se ven como pavas. Continué mi camino, y á las nue-

ve y media de la mañana estaba sobre las riberas del Jordán, en el mismo lugar donde la tradición enseña fué bautizado mi Señor Jesucristo. Mi compañero se bañó; pero yo no pude hacerlo, por que estaba muy fatigado. Al estar en este santo lugar, contemplaba á mi amantísimo Salvador, dejándose bautizar por S. Juan; al Espíritu Santo en forma de paloma, posado sobre su divina cabeza, y al Eterno Padre diciendo: "Este es mi hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias" (1) Este río también me recordaba el tránsito del pueblo de Dios á pié enjuto, retrocediendo las aguas hacia su nacimiento. (2) En este mismo río recibió la salud del cuerpo, Naaman, general del ejército del Rey de Ciria; hombre de grande estimación, rico y valeroso, cuya salud la consiguió bañándose siete veces en el Jordán, por mandato del Profeta Eliseo. [3] Las Santas Escrituras hablan repetidas veces de este río, tratan-

(1) San Mateo cap. 3. v. 16 y 17.

(2) Josué cap. 3. v. 4.

[3] Rey. cap. 5 v. 8.

do de las guerras de los Israelitas con los Madianitas y Moabitas, Su anchura en la parte en que estábamos, seria de unos cuarenta pasos; su orilla estaba poblada de multitud de árboles. Habiendo comido y descansado un poco, partí para Jericó, á las tres de la tarde. Jamás habia sentido tanta fatiga como en esta peregrinación, pues el calor era sofocante: eran las cinco cuando llegué á Jericó. Esta ciudad se compone de algunas cabañas con grandes corrales de palos espinosos y cardos, que los chacales asaltan de noche; alojado en una casa rusa, construida para los peregrinos, descansé un poco, y me fuí á visitar la fuente de Eliseo que dista como un cuarto de hora de camino. Se llama de Eliseo, porque este Profeta convirtió sus aguas de malsanas, en saludables según consta en el libro de los Reyes. (1) Esta fuente está situada en una especie de cañada muy pintoresca, al pié de la montaña que se llama de la cuarentena, por haber ayunado en ella m

[1] 6. de los Reyes 2. 19, hasta el 20.

Señor Jesucristo cuarenta días, siendo después tentado por el demonio: pero por mucho que fuese mi deseo de subir allá, era muy tarde para satisfacerlo; habiendo bebido una poca de agua, que me pareció muy agradable, regresé á Jericó. ¡Cuántas imágenes se me presentaron á la vista de esta ciudad, pues me parecía, escuchar aún el sonido estrepitoso de las trompetas que los sacerdotes hacían resonar; ver el ejército de los israelitas, dando vueltas en torno de la ciudad, y oír los gritos de victoria, de los soldados de Josué al derrumbarse las murallas!

Este suelo también fué honrado con la presencia de mi Señor Jesucristo, obrando en él multitud de prodigios, entre ellos, la curación del ciego de nacimiento, y la conversión de Zaqueo, rico publicano, según nos refiere el santo Evangelio.

El día 29 de Mayo muy temprano, emprendí mi marcha para Jerusalem. Después de haber subido unas montañas estériles y parduzcas, que formaban abismos espantosos, ví á la derecha las ruinas de una antigua posada, á la que ha-

ría alusión Jesucristo en la parábola del samaritano: poco después descubrí una especie de portada en la que hay una fuente llamada de los Apóstoles, porque allí acostumbraban estos descansar y refrescarse con sus aguas. Como á media legua de este lugar, se encuentra Betania, que se halla en el desfiladero meridional del monte Olivete.

Allí me bajé de la cabalgadura para visitar el sepulcro de Lázaro, y la casa de esta familia, tan amada del Salvador. Este sepulcro está á la puerta septentrional de la ciudad, para verlo fué preciso descender por unos escalones de piedra; llegué primeramente á una gruta subterránea, de la cual bajé todavía otros seis escalones á otra gruta, que es la cámara sepulcral: para hacer todo esto, fué preciso encender dos hachas, pues estas grutas carecen absolutamente de luz. Al estar en este lugar, parecía que escuchaba la voz de Jesucristo que decía: "Lázaro ven fuera," y la muerte dejando libre su presa á la voz omnipotente del Señor, me representaba á Lázaro saliendo sano del sepul-

cro, después de cuatro días de muerto.

El lugar que ocupaba la casa de Marta, en donde tantas veces se hospedó el Salvador, está muy cerca de este lugar: ahora no es más que un pequeño solar. Aquí estaba hospedado el Señor antes de hacer su entrada triunfal á Jerusalem. Regresé á esta ciudad, á las nueve de la mañana.

VI

EL 30 de Mayo, dije Misa en el Santo Sepulcro después de haber pasado toda la noche en el monasterio que tienen los padres franciscanos contiguo á esta Iglesia. ¿Cómo podré manifestar lo que sintió mi corazón aquella noche, la más feliz que he pasado en mi vida? El humano lenguaje no tiene palabras con que poderlo referir, pues los recuerdos de lo mucho que allí padeció mi Señor Jesu-risto se aglomeraron en mi alma. ¡Allá, me decía á mi mismo, estuvo preso mi amantísimo Salvador; allí fueron sortea-

das sus vestiduras; mas allá fué desnudado de su túnica; allí fué clavado sobre la cruz en la que exhaló el último suspiro! ¡Oh consumacion de amor por parte de Dios! y ¡oh consumacion de iniquidad por parte de los hombres!

A las dos de la tarde del mismo día 30 de Mayo, empecé mi viaje para Belén, acompañado del Sr. Urtaza y de un lego llamado Fray Francisco Argote; salí por la puerta de Jafa, dejé á la izquierda el Haceldama ó campo de sangre que fué comprado con las treinta monedas que Judas devolvió á los principes de los Sacerdotes, y despues de haber andada un camino muy pedregoso, llegué á una especie de cisterna, donde la tradicion dice se detuvieron los magos, para dar de beber á sus camellos; aquí mismo vieron reaparecer aquella estrella milagrosa que se les habia ocultado desde su aproximacion á Jerusalem. Poco despues llegué á un terreno en forma de cuchilla, á cuya derecha ví un monasterio de monjes griegos cismáticos, que se dice está construída, en el mismo lugar en donde fué cor-

cro, después de cuatro días de muerto.

El lugar que ocupaba la casa de Marta, en donde tantas veces se hospedó el Salvador, está muy cerca de este lugar: ahora no es más que un pequeño solar. Aquí estaba hospedado el Señor antes de hacer su entrada triunfal á Jerusalem. Regresé á esta ciudad, á las nueve de la mañana.

VI

EL 30 de Mayo, dije Misa en el Santo Sepulcro después de haber pasado toda la noche en el monasterio que tienen los padres franciscanos contiguo á esta Iglesia. ¿Cómo podré manifestar lo que sintió mi corazón aquella noche, la más feliz que he pasado en mi vida? El humano lenguaje no tiene palabras con que poderlo referir, pues los recuerdos de lo mucho que allí padeció mi Señor Jesu-risto se aglomeraron en mi alma. ¡Allá, me decía á mi mismo, estuvo preso mi amantísimo Salvador; allí fueron sortea-

das sus vestiduras; mas allá fué desnudado de su túnica; allí fué clavado sobre la cruz en la que exhaló el último suspiro! ¡Oh consumacion de amor por parte de Dios! y ¡oh consumacion de iniquidad por parte de los hombres!

A las dos de la tarde del mismo día 30 de Mayo, emprendí mi viaje para Belén, acompañado del Sr. Urtaza y de un lego llamado Fray Francisco Argote; salí por la puerta de Jafa, dejé á la izquierda el Haceldama ó campo de sangre que fué comprado con las treinta monedas que Judas devolvió á los principes de los Sacerdotes, y despues de haber andada un camino muy pedregoso, llegué á una especie de cisterna, donde la tradicion dice se detuvieron los magos, para dar de beber á sus camellos; aquí mismo vieron reaparecer aquella estrella milagrosa que se les habia ocultado desde su aproximacion á Jerusalem. Poco despues llegué á un terreno en forma de cuchilla, á cuya derecha ví un monasterio de monjes griegos cismáticos, que se dice está construída, en el mismo lugar en donde fué cor-

tado el árbol que sirvió para hacer la cruz. Casi al llegar á Belén ví unas cisternas que se nombran de David, porque de ellas quiso beber el rey profeta en una de las batallas con los filisteos, y habiéndole llevado el agua la derramó ofreciéndole á Dios este sacrificio. Habiendo entrado á la ciudad fuí conducido al monasterio de los padres franciscanos; aquí tuve el gusto de tratar á un padre mejicano, llamado Fray Bernardino Romero, el cual me recibió con mucha amabilidad, como á su compatriota.

La ciudad de Belén está construida en una pequeña colina; sus casas son todas de bóveda, lo mismo que las de Jafa y Jerusalem, y sus callejuelas irregulares. El número de sus habitantes es de cinco mil, de los cuales la mitad son católicos. Se destaca entre todos los edificios la Iglesia de la Natividad, que ocupa el lugar del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Este templo fué obra del magnánimo corazón de la Santa Emperatriz Elena, tiene cinco naves sostenidas por cuarenta y ocho columnas de

mármol, de órden corintio. La santa cueva en donde la Santísima Virgen dió á luz al Sol divino de justicia, queda debajo del presbiterio; bajé á ella por unos escalones de mármol; tiene treinta y ocho piés de largo, once de ancho, y nueve de elevacion; al lado izquierdo de la escalera ví el lugar de la natividad, el cual está señalado por una estrella de plata, á cuyo alrededor hay esta inscripcion *Hic de Virgine Maria Jesus Christus natus est.* "Aquí nació Jesucristo de la Virgen María." En este lugar hay un pequeño altar formado de una plancha de mármol sostenida por dos columnas: entre estas dos columnas y debajo del altar, me postré para besar el augusto sitio, que designa la inscripcion. ¡que alegría tan grande experimenté al considerarme en este santo lugar! Aquí contemplaba la hora felicísima por la que suspiraban todas las gentes: la esperada de todos los siglos, la prometida en todos los tiempos y la cantada y celebrada en las Escrituras divinas, en que una Virgen daría á luz al Redentor del mundo. Aquí

consideraba á Aquel que tiene por habitacion los cielos envuelto en pañales. y recostado en un pesebre de bestias! Enfrente de este lugar hay una pequeña gruta, en la cual está un altar dedicado á los Santos Reyes, por ser el sitio en donde estos ofrecieron al niño el oro, la mirra y el incienso.

Visité tambien otros santuarios subterráneos, que se comunican con la sagrada cueva de la natividad, y son la capilla de San José, donde estaba este santo, cuando el ángel le reveló el nacimiento del Salvador; la de los santos Inocentes, en donde fueron sepultados gran parte de ellos; la de San Gerónimo, en donde se retiró este Santo y compuso aquellas obras que le merecieron el renombre de Padre y Doctor de la Iglesia; la capilla de Santa Paula y Eustoquia, en donde se retiraron estas santas bajo la direccion del Santo Doctor, y finalmente la de San Eusebio de Cremona, en donde fué sepultado. Todos estos lugares los visité durante la procesion que se hace

todas las tardes á estos Santuarios.

Despues me dirigí al pueblo de los Pastores, que dista como media legua de Belen, llegué á un extenso valle, donde tuvo lugar la historia de Ruth la cual contrajo matrimonio con Booz, rico y acaudalado vecino de Belen. En el mismo valle se encuentra la gruta que ocupaban los pastores que velaban sus rebaños cuando el ángel les anunció el nacimiento del Salvador. En esta gruta se halla un altar en el que celebran los griegos cismáticos, quienes robaron este lugar á los católicos.

El 31 de Mayo dije Misa en el altar de los Reyes, y despues me fuí á visitar la gruta de leche, llamada así, porque la tradicion dice que en ella se refugió la Santísima Virgen, cuando huía de la persecucion de Herodes, y allí dió de mamar al niño Jesús. La tierra de esta gruta tiene la propiedad de producir abundancia de leche á las madres y nodrizas que la tomen desleida en agua.

De aquí empecé mi peregrinacion

para visitar las balsas de Salomon, acompañado del Sr. Urtaza y de Fray Francisco Argote. Caminando hacia el Occidente, como á una hora de Belen llegué á los famosos estanques de Salomon y á la fuente Sellada, de que hace mencion en el Cantar de los cantares; la cual brota de una especie de venero, y de aquí corre y se derrama á los estanques que son tres grandes albercas destinadas á recibir el exceso de agua de la fuente. De aquí se surte de agua Jerusalem en tiempo de sequedad.

En el tránsito del camino, volviendo á Belen ví un valle pequeño muy fértil cercado de montañas, es el "Hortus conclusus" de Salomon. Eran las cuatro de la tarde, cuando di mi último adios á Belen, para dirigirme al pueblo de S. Juan. Nos acompañó á esta peregrinacion el padre guardian del monasterio de San Juan, llamado Fray Javier González, que se encontraba casualmente en Belen,

Como á una hora y media de caminar entre cerros, encontré una fuente, en la

que se dice bautizó San Felipe al Eunuco de la reina de Canlace. En este lugar, se ven las ruinas de una Iglesia dedicada al Santo Diácono. De aquí comencé á subir un cerro en cuya bajada se halla la patria del Bautista que aparece pintorescamente situada. Una magnífica Iglesia ocupa el lugar de la natividad del Santo Precursor. El monasterio está construido contiguo á la Iglesia; cerca de él, han edificado los religiosos una espaciosa y decente casa para los peregrinos. El santuario es de los más hermosos de Palestina, tiene bellísimos relieves, representando la vida del Santo Precursor; su forma es de una cruz perfecta, en el lado del Evangelio está el lugar donde dice la tradicion nació el Bautista; es una gruta subterránea revestida de preciosos mármoles, á la cual se baja por unos cuantos escalones del mismo mármol. Debajo de la mesa del altar hay un mosaico de mármol con una franja al rededor y una instrIPCION que dice: *Hic Præcursor Domini natus est* "Aquí nació el Precursor del Señor."

La poblacion, que al presente tiene este pueblito, es miserable y en su mayoría, musulmana y de muy malos sentimientos.

El 1º de Junio, me dirigí al paraje conocido con el nombre de la Visitacion, para celebrar la santa Misa; este lugar está situado en la pendiente de una colina, donde San Zacarías y Santa Isabel tenían una casa de campo; á esta casa vino la Santísima Virgen para visitar á su prima, segun nos refiere San Lucas en el capitulo 1º v. 39: "*Y en aquellos dias levantándose Maria, fué con prisa á la montaña á una ciudad de Judá, y entró en la casa de Zacarías, y saludó á Elisábeth.*" ¡Qué consoladores pensamientos, y qué tiernas afecciones se despertaron en mi alma durante el tremendo sacrificio, al considerar que tenia en mis manos aquel fruto bendito del vientre de María, fruto todo de bendición, en quien se halla lo que la infeliz Eva buscó, y no halló en el fruto del paraíso; pues por Jesucristo vida nuestra en este pan Eucarístico, nos ha-

ceamos semejantes á Dios! Por este fruto bendito dió saltos de gozo el Bautista en el vientre de su madre!

En este mismo lugar resonó por primera vez el *Magnificat*, pronunciado por los angélicos labios de la Madre de Dios; en donde vaticina, que por esta dicha tan grande que le hizo el Todopoderoso, la llamarán bienaventurada todas las generaciones. Yo, vivamente conmovido al considerarme en la misma casa en que se halló María, y en donde pronunció tan divino cántico, exclamé lleno de una dulce alegría. *Magnificat anima mea Dóminum*.....

Despues de haber vuelto al monasterio para tomar algun alimento, emprendí mi viage al desierto de San Juan, que dista como hora y media de este pueblo: á esta peregrinacion me acompañó el Padre Fray Javier González, guardian del convento, que me habia manifestado bastante cariño; en el camino se me mostró un trozo de peñasco: segun la tradicion, el santo precursor predicaba

frecuentemente en él, á las turbas que lo seguían.

Este desierto presenta una vista muy pintoresca. La cueva en donde pasó el Bautista la mayor parte de su vida, está en el interior de una roca; tendrá unos doce piés de longitud, por ocho de latitud. En frente de la cueva, mana una cristalina fuente que sale de la misma roca. En este lugar habita ahora un ermitaño francés.

Muy cerca de este punto está el sepulcro donde estuvieron los restos de San Zacarias y Santa Isabel. Habiendo descansado un poco, nos volvimos al pueblo del Bautista.

El 2 de Junio dije Misa en el lugar de la natividad de San Juan, me despedí del padre guardian, y regresé á Jerusalem, acompañado del Sr. Urtaza y de Fray Francisco.



VII.

El viérnes 3 de Junio dije Misa en el Calvario; á las tres de la tarde me fuí con la comunidad á rezar el Via-Grasis en el mismo camino que recorrió Nuestro Señor Jesucristo el día de su pasión, comenzando en el Petrorio, donde Pilatos pronunció la sentencia de muerte, que ahora está convertido en cuartel turco; en seguida retrocedimos como unos diez pasos, al lugar que ocupaba la escala santa, que fué donde cargaron al Señor con la cruz; para llegar á la tercera estacion, pisamos por debajo del arco del Ecce-Homo, en la esquina de la calle se ve una columna en el suelo, que señala el lugar de la primera caída; cuarenta pasos mas adelante se encuentra una calle que se termina en la Via-dolorosa es el lugar donde la Virgen Santísima encontró á su querido Hijo agobiado por el peso de la cruz; como á unos setenta

frecuentemente en él, á las turbas que lo seguían.

Este desierto presenta una vista muy pintoresca. La cueva en donde pasó el Bautista la mayor parte de su vida, está en el interior de una roca; tendrá unos doce piès de longitud, por ocho de latitud. En frente de la cueva, mana una cristalina fuente que sale de la misma roca. En este lugar habita ahora un ermitaño francés.

Muy cerca de este punto está el sepulcro donde estuvieron los restos de San Zacarias y Santa Isabel. Habiendo descansado un poco, nos volvimos al pueblo del Bautista.

El 2 de Junio dije Misa en el lugar de la natividad de San Juan, me despedí del padre guardian, y regresé á Jerusalem, acompañado del Sr. Urtaza y de Fray Francisco.



VII.

El viérnes 3 de Junio dije Misa en el Calvario; á las tres de la tarde me fuí con la comunidad á rezar el Via-Grasis en el mismo camino que recorrió Nuestro Señor Jesucristo el día de su pasión, comenzando en el Petrorio, donde Pilatos pronunció la sentencia de muerte, que ahora está convertido en cuartel turco; en seguida retrocedimos como unos diez pasos, al lugar que ocupaba la escala santa, que fué donde cargaron al Señor con la cruz; para llegar á la tercera estacion, pisamos por debajo del arco del Ecce-Homo, en la esquina de la calle se ve una columna en el suelo, que señala el lugar de la primera caída; cuarenta pasos mas adelante se encuentra una calle que se termina en la Via-dolorosa es el lugar donde la Virgen Santísima encontró á su querido Hijo agobiado por el peso de la cruz; como á unos setenta

cinco pasos de aquí, está el sitio donde los judíos, viendo vacilar á Jesús, por el enorme peso, obligaron á Simon Cirineo para que le ayudase; ochenta pasos adelante, está la casa de aquella heroica muger que limpió el rostro al Señor; esta casita tiene una puerta muy baja; á cien pasos de este lugar, está la puerta Judiciaria, por que pasaban los criminales que debian ajusticiarse en el Calvario; aquí cayó el Señor segunda vez; prosiguiendo el camino unos ochenta pasos, ví una columna; aquí fué el sitio donde el Señor consoló á las hijas de Jerusalem, que derramaban lágrimas de compasion. El lugar de la tercera caída, que corresponde á la novena estacion, se encuentra ocupado por casas, de modo que la rezamos, distante como unos treinta pasos de este lugar. Las otras cuatro estaciones están dentro de la Basilica del Santísimo Sepulcro, de la cual ya hablé.

De aquí me fuí, acompañado de mi dragoman Rafael, al antiguo muro del templo de Salomon, para presenciar el llanto que allí tienen los judíos todos los

viénes. A mi llegada no habia uno solo, pues los policías turcos les habian impedido que se reunieran, porque invadian la calle y por allí tenian que pasar los principes rusos; pero viendo que tardaban, los dejaron reunir; inmediatamente empezaron á leer las Escrituras, unos postrados, otros en pié, algunos en continuo movimiento, las mugeres en el lado izquierdo, y los hombres en el derecho; allí todos con el corazon oprimido por la tristeza, exhalaban profundos suspiros, le piden al Señor mitigue sus males; y se acuerde de ellos, enviándoles al deseado de las naciones, para que los liberte de la opresion en que se hallan, y repitiendo la oracion del Profeta exclaman: "Acuédate oh Señor de lo que nos ha sucedido: mira y considera nuestra ignominia. Nuestra heredad ha pasado á manos de extranjeros, en poder de extraños se hallan nuestras casas. Nos hemos quedado como huérfanos, privados de su padre: están como viudas nuestras madres. A precio de dinero bebemos nuestra agua, con dinero compramos nuestra

leña. Nuestros padres pecaron y ya no existen y nosotros llevamos las iniquidades de ellos Por eso nuestro corazón ha quedado melancólico: por esto se han entenebrecido nuestros ojos. A causa del Monte Sion que fué destruido, raposas anduvieron por él. Mas tú, oh Señor, permanecerás eternamente, tu solio de generación en generación. ¿Por qué nos olvidarás para siempre? ¿nos desampararás por muchos días? vuélvenos, oh Señor, á tí, y nos volveremos, renueva nuestros días como al principio, mas arrojando, nos has desechado. te has enojado terriblemente contra nosotros.“ [1] No se puede ver este espectáculo sin experimentar profunda emoción.

El día 4 quise decir Misa en la gruta de la Agonía: salí por la puerta de S. Estéban, llamada así, porque por ella sacaron los judíos al santo Diácono cuando lo apedreaban; á la salida de la puerta ví una roca, en la que está señalada la figura de un cuerpo humano: en ella cayó San Estéban,

[1] Oración de Jeremías cap. 5.

cuando entregó su alma al Señor. Bajando de este lugar, está el sepulcro de la Santísima Virgen, el cual no pude visitarlo, porque estaban los griegos en sus oficios. A muy poca distancia está la gruta consagrada con el preciosísimo sudor de sangre del Redentor, es llamada de la Agonía por la tan extraordinaria que allí pasó Jesús: esta cueva recibe la luz, por una especie de linternilla; conserva su primitivo estado; para evitar su ruina, hay levantados unos pilares de piedra: su figura es circular, y tendrá unos cincuenta y cuatro piés de circunferencia. En el sitio en que se cree oró mi Señor Jusucristo; hay un altar, donde se encuentra un cuadro representando la agonía de Jesús, y debajo de este altar, se ve un mosaico que contiene esta inscripción: *Hic factus est sudor ejus sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram.* “Aquí tuvo un sudor como gotas de sangre que corría hasta la tierra,” ¿Que lengua podrá referir lo que allí sufrió el

corazon amante de Jesus? Estos sufrimientos le obligaron á decir: "Padre mio, si se puede, aparta de mí este caliz;" pero no obstante, el amor que nos tiene triunfa de la naturaleza que los resiste, y lo hace exclamar: "Hágase tu voluntad y no la mia." Mas ¿quién fué la causa, me decia á mí mismo, de los padecimientos de mi amantísimo Salvador, sino nuestras iniquidades, que le llenaron de tanta amargura? "*Torrentes iniquitatis conturbaverunt me.*" Mas ¿qué consolador era para mí, el contemplar á mi amantísimo Salvador en el misterio de su agonía! ¡Cuan dulce me es, exclamé, el inclinarme hácia tí, oh dulcísimo Jesus, cuando tú te dignas bajar hasta mí; el ofrecerte mis trabajos cuando tú los experimentas; mi sensibilidad, cuando la justificas con tu ejemplo; y el derramar mis lágrimas en tu seno cuando veo correr las tuyas! ¡Un Dios padeciendo y afligido! Ah! he aquí quien es mi Dios, á quien bendeciré en mi destierro y por quien mi

corazón suspira. Quiero buscarlo, no en el cielo, sino en el lugar de sus padecimientos; no entre los resplandores de la gloria, sino en la gruta de la agonía, sabiendo y conociendo mis enfermedades y mis trabajos "*scientem infirmitatem.*"

A muy poca distancia de la gruta de la Agonía, se encuentra el huerto de Gethsemaní; se halla situado en la base del monte Olivete; forma un cuadrilongo de docientos pasos de longitud y ciento cuarenta de latitud: está cercado de un muro de nueve piés de alto; allí se conservan ocho olivos que se dicen contemporáneos de Nuestro Señor Jesucristo, atestiguando esto su tamaño, grosura y la constante tradicion. Un devoto Viacrucis con un magnífico relieve de mármol representando la oracion de Jesucristo, ejecutado por el famoso escultor Canova y multitud de variados árboles hermosean este sagrado recinto. Al retirarme, pedí al lego que cultiva el huerto, una pequeña rama de uno de los

ocho olivos, y me la regaló con muy buena disposicion.

El día 5 dije misa en San Salvador, y despues me diriji á la iglesia del Santo Sepulcro, para verla por última vez. ¡Que duro me parecia el separarme de aquel Santo lugar; allí donde mi alma habia recibido tantos consuelos, y donde mi corazon habia quedado satisfecho, allí donde mis ojos habian derramado lágrimas tan dulces, donde mi Salvador derramó su sangre por mi amor! ¡Oh! de buena gana, me decia á mí mismo, moraría aquí todos los dias de mi vida, pues he encontrado el lugar de mi descanso!

En la tarde quise ir á visitar los sepulcros de los Reyes y de los Profetas, y la gruta de Jeremías. Salí por la puerta de Damasco, y despues de haber andado un camino muy pedregoso, como á un cuarto de hora, bajé por una pendiente á una especie de patio cuadrado formado en la peña, á golpe de pico; estas paredes tendrán quince piés de elevacion. En una de las cuatro paredes se ven adornos en relieve formando hojas de parra con

uvas, y otras figuras. A la izquierda está un pasadizo por el que pasé para penétrar á una sala abierta en la misma peña: en las paredes de dicha sala hay unas gavetas atravesadas, en las que se ponian los atahudes, que eran de piedra, adornados de arabescos. De estos atahudes, ví algunos fragmentos. Esta sala se comunica con otras siete, por medio de unas puertas de piedra. Todas estas salas son las que se conocen con el nombre de "Sepulcros de los Reyes." Como á un cuarto de hora, de este lugar, se encuentran los conocidos con el nombre "de los Profetas;" son del mismo género que los anteriores, aunque con menor magnificencia.

Del lado de la puerta de Damasco, queda tambien la gruta que habitó Jeremías, despues que fué destruida la ciudad, y en donde compuso sus memorables lamentaciones, que la Iglesia nuestra madre canta con amargura en los lúgubres dias de la Semana Mayor. Dicha gruta tiene setenta piés de ancho, y treinta de alto, está sostenido por unas

pilastras que se construyeron para evitar su ruina. Aquí habita ahora un musulman, á quien fué preciso pagarle por dicha visita.

VIII.

EL dia 6 de Junio á las tres de la tarde le di mi último adios á la ciudad de Sion, para dirigirme á Nazareth. Salí por la puerta de Damasco, y despues de caminar una legua, ví á la izquierda un camino que conduce á la cumbre de un monte en donde se encuentra el sepulcro de Samuel: despues de dos horas de camino, llegué á Rama de la tribu de Benjamin. Me alojé en una hospedería edificada para los peregrinos por el Patriárca de Jerusalem. De esta casa cuida un Sacerdote dependiente del patriarcado que hace las veces de cura. Muy cerca de este pueblo, está un lugar que se llama Elvir, en donde se ven las ruinas de una Iglesia que fué dedicada al Niño

Jesus, perdido y hallado en el templo. Segun la tradicion, aquí fué donde la Santísima Virgen y Señor S. José echaron de menos al Niño Jesus, cuando regresaban á Nazareth, y de este lugar, se volvieron á Jerusalem buscándolo.

El dia 7 salí de Rama para Siquem que es la segunda jornada: caminé nueve horas por un camino muy pedregoso; ví hácia la derecha, al salir de Rama, el monte Betel, tantas veces nombrado en los libros santos; en él se detuvo el patriarca Jacob, cuando caminaba á la Mesopotamia, para evitar los resultados de la cólera de su hermano Esaú, y aquí quedándose dormido vió en el sueño aquella escala, por la que subian y bajaban los ángeles. A este mismo monte subia todos los años el Profeta Samuel, para administrar la justicia. Entre Rama y Betel, estaba el pueblo de la Profetisa Dèbora que juzgaba á Israel. Como á unas cuatro leguas de camino; comencé á subir una montaña muy elevada que se canoce con el nombre de Silo, en donde estuvo, el Arca del testamento trescientos

pilastras que se construyeron para evitar su ruina. Aquí habita ahora un musulman, á quien fué preciso pagarle por dicha visita.

VIII.

EL dia 6 de Junio á las tres de la tarde le di mi último adios á la ciudad de Sion, para dirigirme á Nazareth. Salí por la puerta de Damasco, y despues de caminar una legua, ví á la izquierda un camino que conduce á la cumbre de un monte en donde se encuentra el sepulcro de Samuel: despues de dos horas de camino, llegué á Rama de la tribu de Benjamin. Me alojé en una hospedería edificada para los peregrinos por el Patriárca de Jerusalem. De esta casa cuida un Sacerdote dependiente del patriarcado que hace las veces de cura. Muy cerca de este pueblo, está un lugar que se llama Elvir, en donde se ven las ruinas de una Iglesia que fué dedicada al Niño

Jesus, perdido y hallado en el templo. Segun la tradicion, aquí fué donde la Santísima Virgen y Señor S. José echaron de menos al Niño Jesus, cuando regresaban á Nazareth, y de este lugar, se volvieron á Jerusalem buscándolo.

El dia 7 salí de Rama para Siquem que es la segunda jornada: caminé nueve horas por un camino muy pedregoso; ví hácia la derecha, al salir de Rama, el monte Betel, tantas veces nombrado en los libros santos; en él se detuvo el patriarca Jacob, cuando caminaba á la Mesopotamia, para evitar los resultados de la cólera de su hermano Esaú, y aquí quedándose dormido vió en el sueño aquella escala, por la que subian y bajaban los ángeles. A este mismo monte subia todos los años el Profeta Samuel, para administrar la justicia. Entre Rama y Betel, estaba el pueblo de la Profetisa Dèbora que juzgaba á Israel. Como á unas cuatro leguas de camino; comencé á subir una montaña muy elevada que se canoce con el nombre de Silo, en donde estuvo, el Arca del testamento trescientos

cincuenta y un años. A la bajada de este monte, hay una fuente abundantísima; despues atravesé un valle que sube de Occidente á Oriente, habiendo terminado este valle, empecé á subir por un camino muy suave á una altura en cuya cima comienza el vasto campo en que los hermanos de José apacentaban sus rebaños. Al fin de dicho campo está una cisterna profunda, rota y por consiguiente seca. Este es el pozo de Jacob que nos recuerda el suceso de la Samaritana, que nos refiere el amado discípulo (1) en el que nos descubre la infinita misericordia de Dios, para convertir á los pecadores, Como á un cuarto de hora de este sitio, ví un monumento que encierra los restos de José el hijo querido de Jacob. De aquí pasé por entre medio del monte Garizim y del Etal, en cuyo estrecho está Naplusa, la antigua Sichem. Pocas ciudades gozan de mas romántica situación que Naplusa. Sus edificios; parecen elevarse por entre un bosquecillo de flores

[1] 8, Juan cap. 4º

de toda especie, rodeada de bosques y jardines y regada por deliciosos arroyos. En esta ciudad fué donde aconteció el rapto de Dina hija de Jacob, y en donde tomaron terrible venganza los hermanos de ella. Aquí pernoté; es muy molesta la multitud de mosquitos que se encuentra en ella, pues á pesar de todas las precauciones que tomé, fui terriblemente picoteado por estos insectos. La poblacion es de ocho mil habitantes, entre los cuales hay muy pocos cristianos.

El 8 de Junio á las tres de la mañana salí de Naplusa; á unas dos horas de caminar entre cerros llegué á Sebaste, antigua Samaria que fué la capital de dicho reino: está situada en una montaña aislada y circundada por un grande valle: en sus alrededores se ven abundantes viñas. En dicha ciudad tenia su palacio Herodes Antipa, y todavía se ven las ruinas de este edificio. Aquí fué donde el tirano rey hizo decapitar al Bautista, para complacer á la bailarina Salomé. En el sepulcro del Santo Pre-

cursor se ven las ruinas de una Iglesia del tiempo de las cruzadas. Como á unas cuatro leguas de este lugar, subiendo y bajando varias pendientes, llegué á Betulia, célebre en los fastos de la historia; á cuya ciudad libertó Judith del sitio con que la amenazaba Holofernes, general del ejército de Nabucodonosor, rey de los Asirios, como se nos refiere en el libro de Judith. (1) Despues de haber trasmontado unas montañas, como á una hora de camino, llegué á un pueblo que se llama Ginin. Se afirma que de aquí salieron aquellos diez leprosos de que habla el Evangelio, pidiendo á mi Señor Jesucristo se apiadara de ellos [2] Habiendo partido de aquí, atravesé una inmensa llanura; era la de Esdrelon, conocida en la Escritura, con el nombre de Jezrahel ó gran campo. A la derecha se vé el monte Gelboé, maldecido por David, por haber muerto en él, Saul y Jonatás. En este campo estaba Jezrahel,

(1) Judith. cap. 23 y 24.

(2) S. Luc. cap 27 v. 11.

en el cual se comieron los perros á la impia Jezabel,

A lo léjos se veia el monte Hermon en cuya talda está Nain, donde mi Señor Jesucristo resucitó al hijo de la viuda. En la misma derecha se me representaba el Tabor, en donde se verificó el suceso admirable de la transfiguracion del Señor, en presencia de sus discípulos, Pedro, Santiago y Juan. Despues de haber atravesado el torrente Cison, comencé á subir una montaña desnuda de toda vegetacion. Antes de llegar á Nazareth, á la derecha ví un horrible despenadero; fué allí donde quisieron precipitar al Señor sus mismos paisanos.

IX.

NAZARETH está situada en una altura; sus casas agrupadas en una pendiente, son de la misma construccion que las de Jerusalem: sobresale entre todas ellas el templo edificado en el mismo lugar que ocupaba la santa casa, que fué milagrosamente trasportada por los ángeles en

cursor se ven las ruinas de una Iglesia del tiempo de las cruzadas. Como á unas cuatro leguas de este lugar, subiendo y bajando varias pendientes, llegué á Betulia, célebre en los fastos de la historia; á cuya ciudad libertó Judith del sitio con que la amenazaba Holofernes, general del ejército de Nabucodonosor, rey de los Asirios, como se nos refiere en el libro de Judith. (1) Despues de haber trasmontado unas montañas, como á una hora de camino, llegué á un pueblo que se llama Ginin. Se afirma que de aquí salieron aquellos diez leprosos de que habla el Evangelio, pidiendo á mi Señor Jesucristo se apiadara de ellos [2] Habiendo partido de aquí, atravesé una inmensa llanura; era la de Esdrelon, conocida en la Escritura, con el nombre de Jezrahel ó gran campo. A la derecha se vé el monte Gelboé, maldecido por David, por haber muerto en él, Saul y Jonatás. En este campo estaba Jezrahel,

(1) Judith. cap. 23 y 24.

(2) S. Luc. cap 27 v. 11.

en el cual se comieron los perros á la impia Jezabel,

A lo léjos se veia el monte Hermon en cuya talda está Nain, donde mi Señor Jesucristo resucitó al hijo de la viuda. En la misma derecha se me representaba el Tabor, en donde se verificó el suceso admirable de la transfiguracion del Señor, en presencia de sus discípulos, Pedro, Santiago y Juan. Despues de haber atravesado el torrente Cison, comencé á subir una montaña desnuda de toda vegetacion. Antes de llegar á Nazareth, á la derecha ví un horrible despenadero; fué allí donde quisieron precipitar al Señor sus mismos paisanos.

IX.

NAZARETH está situada en una altura; sus casas agrupadas en una pendiente, son de la misma construccion que las de Jerusalem: sobresale entre todas ellas el templo edificado en el mismo lugar que ocupaba la santa casa, que fué milagrosamente trasportada por los ángeles en

el año de 1294. Este Santuario es de tres naves; debajo del altar mayor queda una gruta, á la que bajé por diez y seis escalones de mármol; en el fondo de la gruta hay un altar, y debajo de él se lee esta inscripcion: "Verbum caro hic factum est" "Aquí el Verbo se hizo Carne." Multitud de lámparas arden constantemente en este lugar.

El día 9 muy temprano, despues de haber dicho Misa en el altar de la Anunciacion, me dirigí al convento para visitar al Padre Fray Guadalupe Gonzalez Valdivia, mexicano, que, hace cuatro años: se encuentra en aquellos Santos Lugares. Acompañado de este buen padre, fui á visitar el Santuario donde estaba el taller en que Señor San José se ocupaba en la carpintería, ganando con el sudor de su rostro el pan para alimentar al niño Jesus y á su inmaculada Esposa. Que Señor San José se ejercitaba en el oficio de carpintero, nos lo manifiesta el Evangelista San Mateo, quien refiere, que admirados los Nazarenos de la sabiduría de Jesus, decian: "¿No es el

hijo del carpintero?" Este taller fué santificado tambien con el sudor del rostro divino de Jesús, quien ayudaba á su padre putativo en las fatigas de su oficio. Ahora hay en este lugar una pequeña capilla en donde se ofrece todos los dias el Santo sacrificio de la Misa.

De aquí fui á visitar aquella Sinagoga, donde Jesús explicó los sagrados libros, probando su divinidad por los textos de Isaías, segun nos refiere San Lucas. [1] Ahora en este lugar está la Parroquia de griegos católicos.

El 10, despues de haber celebrado en un altar dedicado á Señora Santa Ana, me dirigí acompañado del Padre Gonzalez a una preciosa capilla que está casi en el centro de la ciudad, dentro de la cual hay una grande piedra, que tendrá unos nueve piés de largo. La tradicion afirma que sobre esta comió diferentes veces mi Señor Jesucristo con sus Apóstoles, durante su predicacion por la Galilea; por eso esta capilla se llama de "Mensa Christi"

(1) S. Lucas, cap. 6.

X.

EL 13 de Junio salí de Nazareth para el Carmelo; á media legua de camino, se encuentra un collado á la izquierda, en donde hay un pueblo compuesto en su mayor parte de cismáticos; se conoce con el nombre de Safa, patria del Zebedeo, padre de los Apóstoles Santiago y Juan. De aquí al Carmelo caminaría como seis horas. Llegué á Caifa, á cuyo Sudoeste queda el Carmelo; que es una cordillera que se extiende hasta el mar, formando un pequeño promontorio, en donde se haya el monasterio, que es el mejor que se encuentra en Palestina; su parte exterior está revestida de piedra labrada, y lo demás está construido de cal y canto. La vista que se goza desde el terrado del monasterio es hermosísima, y seria necesario que una pluma poética la describiese con todos los encantos con que la naturaleza la presenta. Por una parte se distinguen por entre las elevadas montañas de la Galilea,

las azuladas cumbres del Anti-Líbano; por la otra, se ven inmensas praderas cubiertas de viñas, olivos é higueras. Cerca del mar, la ciudad de Acre, en la cual fué humillado Napoleón I teniendo que retirarse con gran pérdida de su ejército.

El 14 de Junio, dije Misa en la gruta de San Elías, que está debajo del presbiterio de la capilla del convento; tendrá unos quince piés de largo, y doce de ancho. Aquí se ocultó el Profeta, para sustraerse de las persecuciones de Achab y Jezabel. Por la tarde fui á visitar un gran salon labrado á pico sobre la roca, que se llama la "Escuela de los Profetas" porque en ella recibia Elías á los principales del pueblo. En este lugar, habita ahora una familia turca.

Habiendo concluido mi peregrinación por la que tanto había suspirado, le dí gracias al Todopoderoso por tan inmensos beneficios como me había prodigado.

Mas ¿cómo manifestar el sentimiento tan doloroso que experimenté al dejar la Palestina? El humano lenguaje carece de palabras con que poderlo referir, pues todos aquellos Santos lugares en donde recibí tantos consuelos, se presentaron á mi memoria, conmoviéndome de tal manera, que no pude contener las lágrimas: solo una consideración podía mitigar mi pesar, y era la esperanza de que este Dios, tan bondadoso para conmigo me concediera algun día la dicha de morar allí los postreros años de mi existencia, y mis restos colocados en aquel valle en que se dejará ver el Juez supremo, aguardarán allí su venida, que será el día en que resucitando glorioso reine con El por toda la eternidad.

Antes de separarme, traje á la memoria, aquellos sentidos versos de Fray Luis de León:

Quando presos pasamos
Los rios de Babilonia sollozando,
Un rato nos sentamos
A descansar llorando,
De ti dulce Sión, nos acordando.

Allí, de descontentos,
Colgamos de los sáuces levantados
Los dulces instrumentos,

Que en Sion acordados
Solian tañer á Dios salmos sagrados
Colgámoslos de enojos
Al ver que aquellas bárbaras naciones
Tuviesen cruel antojo
De oír cantar canciones
A quien llorar hacen mil sin razones.
Ellos, como se vieron
Cerca de Babilonia en su región,
"Canta y tañe, dijeron,
Y no cualquier cahción,
Sino uno de los cantos de Sión.

Con amargos extremos
Les respondimos: "¿Presos en cadena
Nos mandáis que cantemos
Salmos en tierra ajena
De Dios y de toda cosa buena?"
Si yo mientras viviere
De ti, Jerusalem, no me acordaré
Doquiera que estuviere,
Que ausente me hallare,
De mi me olvide yo si te olvidare

Si en tal prisión y mengua
Puesto por mi canción fuere cantada,
La voz ronca y la lengua
Al paladar pegada
Quede, de haber cantado, castigada.
Si estuviere contento
Sin tí, Sion, mi bien y mi alegría,

Con áspero tormento
Pague el placer de un día
Con mil años de pena el alma mía

Ten ¡Oh Señor! memoria,
De los hijos de Edón en la alegría,
De tu Ciudad y gloria
Vengando en aquel día
Su furia, crueldad y tiranía.

Castiga á estos feroces
Guerreros, que venciendo, no contentos,
Dicen á grandes voces:
"Derribad los cimientos;
Asolad, asolad los fundamentos"

¡Oh, Babilonia triste!
Dichoso el que te diese el justo pago
Del mal que nos hiciste,
Y dijera: "Yo hago
En nombre de Sion aqueste extrago"

Y en la justa venganza,
Más bendito será quien más llevare
Por rigor la matanza
A los niños que hallare
Con piedras sin piedad despedazare.

El día 15 de Junio á las doce del día me
embarqué en Caífa en un vapor austriaco
para Port Saíd, y di mi último adios á aque-
lla tierra bendita.

Indice

Mes de Octobre par el P. Pontillo.

El Salmo Miserere,

Itinerario de Paris a Jerusalem
por el P. Pontillo,

